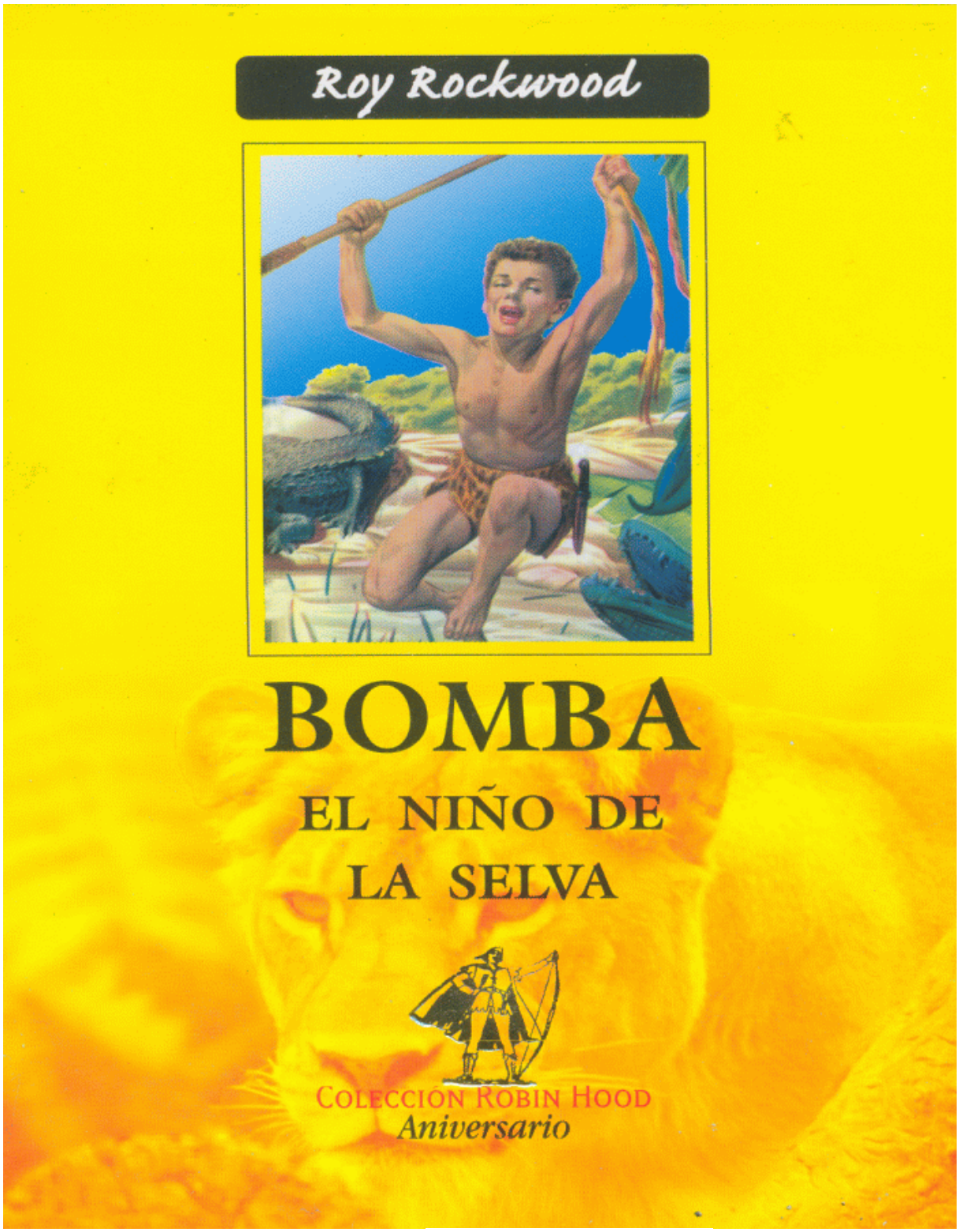
BOMBA EL NIÑO DE LA SELVA
ROY ROCKWOOD



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO 1
UNA SALVACIÓN MILAGROSA

Bomba se detuvo súbitamente en la parte más densa de la gigantesca jungla. Un momento antes había estado abriéndose paso con sorprendente agilidad por entre las malezas, evitando fácilmente las lianas que pendían de las ramas de los árboles y las raíces que sobresalían del suelo. De pronto se quedó tan inmóvil como si se hubiera convertido en una estatua de piedra.

En lo alto del límpido cielo ardía el sol con singular fiereza, aunque sus rayos eran desviados por el espeso follaje de manera que debajo de los árboles reinaba una suave penumbra. Pero si el resplandor del sol quedaba así excluido, su calor se hacía sentir, y espesas nubes de vapor se elevaban perezosamente de la exuberante vegetación empapada por las lluvias recientes.

Desde cierta distancia llegaron los chillidos de los loros y los monos; pero, excepto esos sonidos, la jungla estaba envuelta en el silencio.

No había sido así un momento antes. Desde la dirección hacia la cual se dirigía Bomba, el viento acababa de traer algo que era nuevo para la selva y vagamente familiar para el muchacho: un sonido que éste había oído sólo dos veces, y cada una de esas veces estaba grabado indeleblemente en su memoria.

La primera fue cuando Casson derribó al salvaje jaguar con su palo de hierro o "rifle", como el anciano lo llamaba. La bestia se hallaba acurrucada sobre la rama de un árbol bajo el cual Bomba se había sentado para descansar. El muchacho no vio a la fiera, cuyo enorme cuerpo estaba aplastado contra la rama.

No tuvo idea alguna del peligro hasta que vio la expresión de sobresalto que se reflejó en los ojos de Casson y oyó su grito de advertencia. De inmediato se levantó de un salto. En el mismo instante atacó el jaguar. Pero Casson se llevó el palo de hierro a la cara y del extremo del mismo salió una llamarada a la que acompañó un ruido parecido al de un trueno.

La fiera dio una voltereta en el aire y cayó al suelo, tocando con una de sus garras la pierna de Bomba en el momento en que éste saltaba hacia un lado. El jaguar estuvo debatiéndose por un momento y luego se quedó completamente inmóvil.

Cuando Bomba se hubo asegurado de que la bestia estaba muerta, se acercó a ella y la examinó con gran curiosidad. Había visto a los nativos matar animales con sus flechas, y esperaba ver un proyectil clavado en el cuerpo del jaguar. Mas no vio otra cosa que un diminuto orificio en el centro de su frente.

Había interrogado a Casson con gran curiosidad pero el anciano no estaba aquel día de humor para hablar y no le dio explicación alguna. Empero, la forma en que apretó a Bomba contra su pecho indicó claramente hasta qué punto lo había emocionado la milagrosa salvación.

La segunda vez que Bomba presenciara los terribles efectos del palo de hierro fue cuando una gigantesca anaconda levantó su horrible cabeza frente a él y se lanzó hacia adelante para envolverlo con su abrazo mortal. De nuevo había disparado Casson; pero esta vez, en lugar de una fuerte detonación, se oyó un estampido ensordecedor, y el palo estalló en mil pedazos. Casson había caído de espaldas. La enorme serpiente, asustada por el ruido y golpeada por uno de los fragmentos de hierro, se alejó apresuradamente. Bomba, que había escapado sólo con algunos rasguños, logró llevar al desmayado Casson a la choza en que vivían, y allí estuvo tendido el anciano durante muchos días, atendido por el muchacho, quien le aplicó las sencillas curaciones que aprendiera de los nativos.

Casson se había recobrado al fin, pero nunca volvió a ser el mismo. La explosión dañó su cabeza, y su memoria, que ya fallaba a veces, desapareció casi por completo. En ciertas

oportunidades recordaba fugazmente su antigua vida, pero esto ocurría muy de cuando en cuando. La mayor parte del tiempo estaba envuelto en un mutismo absoluto, y Bomba se sentía más solitario que nunca.

Pero todo esto había ocurrido varios años atrás, y el estampido del palo de hierro se había borrado casi de la memoria de Bomba. Ahora acababa de oírlo nuevamente y se aceleraron los latidos de su corazón.

El ruido provenía de un punto situado más o menos a media milla de distancia. ¿Quién habría disparado el palo? Sabía el muchacho que ninguno de los nativos tenía un arma de esa especie. ¿Podría ser un hombre como Casson, un hombre con piel blanca como la del anciano y la suya?

¡Un hombre blanco! Algo extraño hizo estremecer al muchacho. No supo si sería un recuerdo, un presentimiento o simplemente su instinto. Pero, fuera lo que fuese, se apoderó por completo de su ser.

¡Era necesario que descubriese quién había disparado el palo de hierro!

La ley primordial de la jungla es que cada uno se ocupe sólo de lo que le concierne. Nunca se recibe bien al que se entromete en los asuntos ajenos. Bomba había aprendido a respetar esa ley.

Por lo general se habría desviado inmediatamente del punto del cual provenía el sonido que acababa de oír, internándose más aún en la selva. Lo más probable era que rondase el peligro en el sitio donde se había hecho el disparo. Su mente relacionaba el arma con animales de presa y enemigos peligrosos. Ya había bastantes dificultades en la jungla sin necesidad de que buscara una más.

¿Por qué entonces abandonó su cautela usual y comenzó a dirigirse hacia el sitio en que resonara la detonación?

No lo sabía. Un tumulto de pensamientos y anhelos inexplicables se produjo en su cerebro. Sintió un impulso irresistible que lo impelía en esa dirección, y el impulso llegaba de lo más recóndito de su alma.

Era un blanco el que había disparado el palo de hierro. El arma en sí despertaba su curiosidad. Le hubiera gustado ver de nuevo ese objeto misterioso que mataba a la distancia como por arte de magia.

Mas el deseo no era irresistible. De haber creído que era un nativo el que lo había hecho funcionar, no se habría arriesgado a acercarse a lo que podría ser una partida de hombres hostiles, quizá un grupo de los terribles cazadores de cabezas que de tanto en tanto invadían la región.

No. lo que lo dominaba era el ansia de ver a un hombre de piel blanca como la suya y la de Casson, y le era tan imposible resistirse a ese impulso como lo hubiera sido para una astilla avanzar contra la corriente del Niágara.

Claro está que el blanco podría ser hostil. El mismo palo de hierro podría disparar contra él. Mas el muchacho no lo creyó así. Casson había sido siempre muy bondadoso con él. Todos los blancos tendrían que serlo. ¿No eran acaso de su propia raza? ¿No era él su hermano?

Todos los anhelos que sintiera tan a menudo, los que nunca había podido analizar ni comprender, volvieron a presentarse con más intensidad que nunca cuando oyó de nuevo la detonación del rifle. No pudo ni quiso resistirse a ellos.

¡Era necesario que viese al hombre blanco!

Bomba presentaba un aspecto muy atrayente mientras se abría paso por la jungla, salvando las raíces y esquivando las numerosas enredaderas pendientes de los árboles, en marcha hacia el sitio del cual le llegara el sonido de la detonación.

No era más que un muchacho de unos catorce años, de estatura poco más que la ordinaria para esa edad, fornido y musculoso. Tenía ojos castaños, cabellos ondeados del

mismo color y dientes perfectos y blanquísimos. Su piel estaba muy oscurecida por la vida al aire libre y la caricia constante del sol.

Calzaba rústicas sandalias de factura casera y rodeaba su cuerpo un trozo de tela fabricada por los nativos y una pequeña piel, la de Geluk, el puma que tratara de comerse a Kiki y Woowoo, sus dos loros. Bomba lo había sorprendido en el momento preciso y lo había matado de un flechazo.

La piel del animal acentuaba aún más el parecido de Bomba a una pantera joven cuando, ágil y flexible, avanzó diestramente por entre las malezas.

Bomba vivía con un anciano naturalista llamado Cody Casson en el rincón más recóndito de la selva amazónica. Tan alejado de la civilización se hallaba ese sitio que rara vez lo visitaban los hombres blancos. De su pasado no sabía absolutamente nada, y Casson no le había dado explicación alguna respecto a su persona. Eso sí, impartió al muchacho los rudimentos de la educación, instruyéndolo especialmente en botánica e historia natural; pero sus enseñanzas habían cesado años atrás, cuando se debilitó la mente del anciano debido a los efectos producidos por la explosión del rifle.

Bomba no sabía nada del mundo ni de la raza blanca a la cual pertenecía, y aun era muy poco lo que conocía respecto a la vida de los nativos de la región. En efecto, no acostumbraban mezclarse mucho con los indios, y los supersticiosos habitantes del lugar se apartaban de ellos, pues, debido al extraño comportamiento de Casson, consideraban a éste como un hechicero peligroso.

Dos ojos observaban a Bomba cuando el muchacho se acercó a la parte más angosta del sendero que seguían. Eran dos ojos malignos en los cuales ardían fuegos rojos como la sangre. Pertenecían a una cooanaradi, la serpiente más terrible de la tierra.

El ofidio se hallaba tendido en su cubil, junto al sendero por el cual viajaba Bomba, con su cuerpo, de cuatro metros de largo enrollado en apretado círculo, y la cabeza enhiesta y balanceándose de lado a lado. Hermosa en su maldad, resplandecía con todos los colores del arco iris.

De haber sido una serpiente de cascabel u otro ponzoñoso habitante de la selva, se habría alejado por entre las malezas, satisfecha de evitar un encuentro con un ser humano que no lo atacara. Aun la boa o la anaconda es apática, y salvo cuando la urge el hambre, rara vez toma la iniciativa en el ataque.

Pero lo que hace tan terrible a la cooanaradi, aparte de su mortal veneno, es su ferocidad. No evita el ataque; por el contrario, siempre es la que comienza la lucha, y no se contenta cuando huye su enemigo, sino que lo sigue hasta alcanzarlo.

Mas aún no había necesidad de iniciar la persecución. Sin sospechar nada, su presa se acercaba hacia ella. Muy pronto estaría al alcance de sus colmillos. Los malignos ojos relucieron de satisfacción.

Un momento más tarde, cuando Bomba se hallaba apenas a tres metros de distancia, vio el peligro que lo acechaba.

No había tiempo para poner una flecha en su arco. Tampoco habría podido desenfundar su machete. Aun mientras la estaba mirando, la serpiente se lanzó al ataque.

Con la celeridad del rayo, Bomba giró sobre sus talones y echó a correr para salvar la vida.

CAPÍTULO 2
LOS HOMBRES DEL PALO DE HIERRO

En el momento en que Bomba daba su primer salto para alejarse, oyó tras de sí el ruido sordo de un cuerpo pesado al golpear en tierra. El reptil había fracasado en su primer ataque.

Mas esto no consoló mucho a nuestro héroe. Sabía el muchacho que la lucha recién comenzaba, que tras él se acercaba la muerte a gran velocidad.

Una sola mirada echó por sobre el hombro, pero le bastó para mostrarle el sinuoso cuerpo de su implacable enemigo que avanzaba velozmente por el sendero.

Bomba era rápido y ágil, y partió a gran velocidad. Pero conocía demasiado bien a su adversario para creer que podría aventajarlo. En una carrera larga, la resistencia de la serpiente duraría mucho más que la del fugitivo.

Empero, si las piernas del muchacho eran veloces, también lo eran sus reacciones mentales, y su cerebro funcionaba en esos momentos con la celeridad del rayo. Estaba recordando todas las revueltas y particularidades del sendero por el cual corría.

Había numerosos árboles; pero antes de que pudiese aferrarse a una rama y trepar a uno de ellos, la espantosa serpiente se le echaría encima, y aunque tuviese suficiente ventaja para soslayar el primer ataque, su enemigo podía trepar mucho más velozmente que él.

De haber habido cerca alguna corriente de agua, se habría lanzado a ella, aunque corriese el riesgo de ser devorado por algún caimán o hecho pedazos por las feroces pirañas. Cualquiera de los dos peligros habría sido posible; pero al menos hubiese tenido una oportunidad de salvarse, mientras que, si no podía escapar de la cooanaradi, su muerte era segura.

A veces, cuando llegaba a algún claro pequeño, torcía hacia derecha o izquierda a fin de desconcertar a su perseguidora. Esto produjo el efecto deseado en diversas oportunidades, y le sirvió para alargar la distancia entre ambos antes que el reptil se lanzara de nuevo en su persecución.

Ya le faltaba el aliento al muchacho, mas no por eso perdía su coraje y su claridad mental. De pronto vio algo que hizo renacer sus esperanzas.

Se trataba de una espesa masa de lianas entrelazadas que pendían de los árboles. Se abrían como un inmenso abanico con pequeños intersticios entre las resistentes ramas. Tras esta cortina se introdujo de inmediato y allí se quedó jadeante, esperando a su enemiga.

La cooanaradi se hallaba a menos de seis metros de distancia, avanzando a tremenda velocidad, con los ojos enrojecidos por la furia. Al aproximarse, Bomba acercó el rostro a la cortina de lianas y lanzó un grito.

Ocurrió lo que esperaba. La serpiente, enfurecida ante el reto, levantó el cuerpo y se arrojó contra la cara de su enemigo. Bomba esquivó el ataque y las fauces del reptil se cerraron para quedar enredadas en el laberinto de lianas en el cual se habían hundido sus colmillos.

La serpiente se agitó enloquecida, tratando de liberarse; pero ya Bomba había saltado hacia el otro lado de la cortina. Sus manos se movieron rápidas, entrelazando las ramas diestramente alrededor del movedizo cuerpo, hasta que tuvo a su enemiga enredada en una red de la que no podría escapar.

Sólo cuando estuvo seguro de su victoria se detuvo Bomba y se quedó jadeante a cierta distancia, observando los inútiles esfuerzos de la cautiva.

La astucia y el valor habían triunfado sobre el demonio de la selva. Acababa el muchacho de salvarse milagrosamente de una de las muertes más terribles, y debía su escapada solamente a la rapidez de sus piernas y a su agilidad mental.

Bomba estaba empapado por la transpiración de pies a cabeza. Sus pulmones parecían a punto de estallar y respiraba dificultosamente. Pero había ganado la batalla y se sentía lleno de júbilo.

Empuñó su machete, un arma formidable de doble filo que cortaba como una navaja y medía cincuenta centímetros de largo. Mas al cabo de un momento de reflexión volvió a enfundar el acero. Si tiraba un tajo a la serpiente podría cortar algunas lianas que la apresaban, hiriendo solamente al reptil, el cual quedaría entonces en libertad.

No. la misma jungla terminaría su obra. Pronto pasarían por allí los cerdos salvajes, y para ellos la carne de serpiente era un manjar de los más sabrosos. También estaban los buitres. Bomba levantó la vista hacia una abertura entre las copas de los árboles y vio a una de esas aves de rapiña volando en círculos y descendiendo cada vez más, atraída ya por ese instinto misterioso que indica a los comedores de car[r]oña el sitio en que ha muerto algún ser.

Y hasta el buitre debía apresurarse, pues de otro modo alguna bandada de hormigas gigantes llegaría hasta el cuerpo del reptil y acabaría con él en pocos minutos.

Debido a la emoción del peligro reciente, Bomba había olvidado por el momento el objeto de sus preocupaciones. Ahora volvió a predominar en su mente con renovada fuerza.

¡El hombre blanco del palo de hierro! Podría encontrarlo todavía. ¿O era ya demasiado tarde?

Lanzó una última mirada a su cautiva para asegurarse de que estaba bien segura. Luego, una vez satisfecho en cuanto a ese detalle, reanudó su viaje apresuradamente.

Mas no siguió el mismo camino en el cual encontrara a la cooanaradi. Sabía que esos reptiles solían viajar por parejas, y no tenía el menor deseo de enfrentarse a la compañera de la que tan a punto estuvo de causar su muerte.

Así, pues, hizo un amplio rodeo, aunque lamentó amargamente la necesidad de tomar tal medida, pues ahora lo asaltó el temor de no poder encontrar al hombre del palo de hierro. Caía ya la tarde, y, a menos que lo hallara antes de que se hiciera de noche, fracasaría en su tentativa.

Esta posibilidad llegó a asumir en esos momentos las proporciones de un desastre.

Bomba no podría haber explicado por qué le interesaba tanto encontrar al hombre blanco. Lo importante era que debía ir en su busca sin pérdida de tiempo.

No había ningún camino marcado en la dirección hacia la cual debió marchar, y con frecuencia tuvo que abrirse paso por la maleza con ayuda de su machete. La tarea era pesada y agotadora, y transcurrió casi una hora antes de que captara el aroma de carne asada que le indicó que se hallaba cerca de algún ser humano.

Comenzó entonces a avanzar con más cuidado, pues no estaba seguro de cómo sería recibido, y deseaba explorar el terreno desde un sitio ventajoso antes de aventurarse a revelar su presencia.

Unos minutos más de cautelosa marcha y oyó sonido de voces, algunas de las cuales reconoció como pertenecientes a los nativos. Pero había entre ellos otras lenguas, y con profunda emoción se dio cuenta de que hablaban el mismo idioma que usaban él y Casson y que hasta entonces no había oído en otros labios. Algunas de las palabras no pudo entenderlas, pero las más sencillas le fueron enteramente familiares.

El placer lo hizo estremecer. Aparentemente, no llegaba demasiado tarde. Allí se encontraba el hombre blanco. Podría verlo, devorarlo con sus ávidos ojos, y hablar quizás con él.

Un momento más tarde llegó al borde de un claro que se ensanchaba hasta formar un vallecillo de considerables dimensiones.

Se dejó caer de rodillas y avanzó cautelosamente hasta un árbol enorme que se elevaba al borde del claro. Echándose luego boca abajo, apartó con sigilo las malezas y asomó la cabeza por la abertura.

De inmediato vio que estaba frente a una numerosa partida de individuos. En el centro del claro había una rústica tienda de campaña alrededor de la cual numerosos nativos se

ocupaban de las tareas propias del campamento. Se veía una hoguera bastante grande y dos o tres cocineros indios estaban asando algunos trozos de carne recién cortada.

Bomba favoreció a los indios con una mirada fugaz. Sus ojos se fijaron de inmediato en dos hombres, uno alto y delgado, el otro bajo y musculoso, que estaban sentados sobre dos tocones y conversaban animadamente. Uno de ellos se entretenía limpiando un palo de hierro. El otro estaba desollando el cuerpo de un animal del tamaño de un ternero en el cual reconoció Bomba a un tapir. Evidentemente, era ésta la víctima sacrificada por el disparo que oyera.

Los dos hombres tenían el rostro bronceado pero por la abertura del cuello de sus camisas pudo ver el muchacho que ambos eran tan blancos como él y Casson.

De nuevo experimentó una emoción profunda y tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener un grito de contento.

Escudriñó los dos rostros con atención. Ambos denotaban inteligencia y bondad. ¡Cuánto se diferenciaban de los nativos que los rodeaban! Para Bomba eran como dos visitantes de otro mundo.

Los dos blancos reían y bromeaban, sintiéndose al parecer de muy buen humor. No había en ellos nada que despertara el temor. Bomba sintió que en su corazón se despertaba un sentimiento de confraternidad hacia ellos.

Impulsivamente, se levantó para entrar en el claro. Luego volvió a echarse en tierra. Lo dominaba la timidez propia de todo el que ha sido criado en la selva. Anhelaba mostrarse, mas no le era posible hacerlo.

Por suerte, el problema se solucionó por sí solo. Su súbito movimiento había sido observado por la mirada penetrante de uno de los indios, el cual dio la alarma de inmediato.

Los dos blancos empuñaron sus palos de hierro y se pusieron de pie sin perder un instante.

¡La suerte estaba echada! Bomba se levantó de un salto y entró en el claro.

CAPÍTULO 3
ENEMIGOS SIGILOSOS

Los dos blancos lanzaron una exclamación de sorpresa al ver a Bomba que avanzaba hacia ellos con las manos en alto y mostrándoles las palmas en señal de amistad. Inmediatamente bajaron las armas.

-¡Es un niño indio! -comentó el más bajo de los dos, dejando escapar una carcajada.

-¡No es indio! -contestó el otro, estudiando al muchacho con atención-. Mira su cabello, sus ojos, sus facciones... Es tan blanco como nosotros o no me llamo Gillis. Míralo bien, Dorn.

-Parece que estás en lo cierto, viejo -concedió Jake Dorn, después de observar al recién llegado durante un momento-. ¿Pero qué estará haciendo por aquí? No sabía que hubiera otros blancos en mil millas a la redonda.

-Tampoco lo imaginaba yo -repuso Ralph Gillis-. Pero parece que estábamos en un error. Probablemente pertenece a algún otro campamento de buscadores de goma que se hallan cerca.

-Pero mira sus ropas, si es que así podemos llamarlas -objetó Dorn, frunciendo el ceño con expresión intrigada-. Jamás vi a un muchacho blanco vestido de esa manera. No tiene encima más que un taparrabos y la piel de un puma.

-Pronto resolveremos el misterio -manifestó Gillis. Se volvió hacia Bomba para decirle en tono bondadoso-: Ven aquí, muchacho.

El aludido avanzó tímidamente.

-¿Cómo te llamas? -le preguntó Gillis.

-Bomba -fue la respuesta.-Bomba -repitió el hombre mirándolo perplejo-. Me parece un nombre muy raro para un muchacho blanco. ¿Eres blanco, verdad?

-Sí -contestó Bomba con orgullo, mientras apartaba la piel de puma para exhibir su pecho.

-Y como entiendes lo que decimos, debes ser americano o inglés -continuó Gillis-. ¿Qué otro nombre tienes?

-No tengo ningún otro -repuso el muchacho-. Soy Bomba. Los hombres cambiaron una mirada de asombro.

-¿Y tu familia? -inquirió Dorn.

-No sé qué quiere decir esa palabra -respondió Bomba, al cabo de un instante de reflexión.

-¡Vaya, que me maten! -exclamó Gillis-. La familia la forman tu padre y tu madre.

-No los tengo -dijo Bomba-. Nunca los vi ni oí hablar de ellos.

–-¡Pobrecillo! -murmuró Dorn.

-Pero debes tener a alguien que viva contigo y te cuide -dijo Gillis.

-Sí. Vivo con Cody Casson.

-¿Quién es él y dónde está? -preguntó el más alto de los blancos.

-Es un anciano y vive en una choza que está muy lejos de aquí -Bomba señaló el sur con la mano.

-¿Es pariente tuyo? -preguntó Dorn.

-No sé qué quiere decir eso -fue la respuesta. Desesperado, Gillis se llevó las manos a la cabeza. -¡El muchacho no conoce su propia lengua! -exclamó. -Claro que la conozco -replicó Bomba-. Aquí está. Y la sacó para ilustrar gráficamente su aseveración.

Los dos hombres rompieron a reír alegremente y el muchacho, aunque un tanto intrigado, rió con ellos. Le agradaba haber dicho algo que les causaba hilaridad. Los dos eran muy buenas personas. Cada vez se sentía más atraído hacía ellos. Gillis volvió a interrogarle.

-¿Cuándo llegaste a esta selva? -preguntó.

-Siempre he estado aquí -repuso el muchacho.

-¿Pero no recuerdas haber vivido en otra parte? -insistió Gillis-. ¿No recuerdas haber venido por el océano?

-¿Qué es el océano?

-Es como un río, pero miles de veces más grande -explicó el blanco.

Bomba sacudió la cabeza.

-No -dijo-. Nunca vi ninguna corriente de agua que no pudiera cruzar a nado.

-¿Nunca oíste hablar de Inglaterra a o Norteamérica? intervino Dorn.

-No. Aquí no hay animales que tengan esos nombres.

Los dos hombres cambiaron una mirada de pena.

-¡Un hijo inocente de la naturaleza! -exclamó Gillis-. ¿Cómo puede explicarse esto?

-¡Que me registren! -respondió el otro-. Me parece que lo único que podemos hacer es buscar al tal Casson e interrogarle. El muchacho debería ser trasladado a la civilización para que viva como debe.

-Es verdad-asintió Gillis-. Aunque no veo cómo podemos hacer nada por el momento, pues nuestro camino va en dirección opuesta y ya estamos muy atrasados. Tenemos que llegar a la costa a tiempo para alcanzar el barco. Pero más adelante nos ocuparemos del asunto o haremos que las autoridades lo investiguen. Por ahora parece que esa carne está asada, y tengo un apetito de lobo. Nuestro joven visitante también comerá con nosotros, si es que quiere aceptar la invitación.

Bomba accedió gustoso, no sólo porque estaba hambriento, sino también porque así tendría una oportunidad de estar en compañía de los blancos. Le habría agradado quedarse con ellos para siempre. La sola idea de separarse de sus nuevos amigos lo llenaba de tristeza.

Los dos hombres sacaron de sus mochilas cuchillos y tenedores y ofrecieron un cubierto a Bomba. Pero el muchacho no sabía usarlos, jamás los había visto, y comió la carne desgarrándola con los dientes y los dedos, tal como era su costumbre, mientras que observaba maravillado la destreza con que sus amigos utilizaban esos utensilios tan raros.

Comprendió que el sistema debía ser mejor que el suyo. Lo empleaban los blancos y él, por ser de la misma raza, debería adoptarlo también. Antes de llegar a la mitad de la comida, tendió las manos para tomar el cuchillo y tenedor y trató de imitar a sus nuevos amigos. El esfuerzo no fue muy exitoso, pero ellos adivinaron su intención y hemos de decir en su favor que no se rieron de su torpeza.

Mientras comían, los dos hombres interrogaron constantemente al muchacho, enterándose de muchas cosas y llegando a respetar el coraje de Bomba y su fe en sí mismo. Se asombraron al oír su relato de cómo había atrapado a la cooanaradi, y no lo habrían creído si la sencillez con que lo narró Bomba no hubiese sido prueba palpable de su sinceridad. El muchacho no se ufanaba de su hazaña, no hizo más que narrar el incidente como si no tuviera particular importancia y fuese sólo un episodio común de los que ocurrían a diario en la jungla.

-¿Por qué no nos llevamos con nosotros al muchacho si él quiere acompañarnos?-sugirió Gillis a su compañero. Así lo llevaríamos a la civilización y al mismo tiempo tendríamos un valioso aliado en nuestra partida. Mataríamos dos pájaros con una sola piedra.

-Es verdad -asintió Dorn y. volviéndose hacia Bomba, le preguntó-: ¿Te gustaría ir con nosotros?

Latió con fuerza el corazón del muchacho y el placer brilló en sus ojos. ¡Por cierto que deseaba ir! Pero casi en seguida se nublaron sus ojos y se calló la alegría que le inundaba el pecho.

-No podría dejar a Casson -manifestó-. Se moriría si lo dejara solo.

-El muchacho es muy leal y no debemos tentarlo -expresó Gillis-. Pero tarde o temprano veremos al tal Casson y quizá podamos sacarlos a los dos de la jungla. Este asunto es de lo más raro.

Encendió un fósforo para acercarlo a su pipa y Bomba dio un respingo al ver la llama.

-¿Nunca viste uno de éstos'? -le preguntó Dorn, muy sorprendido.

-No. Yo hago el fuego así.

Sacó de su pequeño morral un palito y una tacita confeccionada con madera, hizo girar rápidamente el palito y al cabo de un momento consiguió hacer saltar una chispa.

-¡Maravilloso! -exclamó Dorn, muy admirado.

Bomba se sintió complacido ante su admiración, pero en lo más íntimo de su ser sabía que el sistema de los blancos era más rápido y mejor. Miró los fósforos con profundo interés, y Gillis, con una sonrisa le regaló la caja, la cual tomó el muchacho de inmediato y guardó en el morral que llevaba al cinto. Ahora podría hacer fuego como los blancos. Se dijo que cada vez se parecía más a ellos.

Gillis le mostró su rifle. Era un palo de hierro mucho mejor del que había tenido Casson, y Bomba lo examinó con gran curiosidad.

No entendía en absoluto el principio del arma, pero conocía su poder. El tapir muerto era evidencia del mismo, así como su recuerdo de la manera en que un palo similar había matado al jaguar.

-Te mostraré cómo funciona -se ofreció Gillis, notando el interés que mostraba el muchacho por el arma.

Bomba asintió encantado. Eso era lo que deseaba desde que llegara al campamento, pero era demasiado tímido para pedirlo por su propia cuenta.

Ralph Gillis tomó una tarjeta y la fijó contra el tronco de un árbol a unos quince metros de distancia mientras el muchacho lo observaba atentamente. Luego el blanco se llevó el arma al hombro y apuntó con cuidado. Bomba, al recordar lo que ocurriera cuando Casson había disparado contra la anaconda, se apartó apresuradamente.

Se oyó una detonación y los ojos penetrantes del muchacho notaron que la tarjeta temblaba levemente.

-Ven -dijo Gillis, haciéndole seña de que lo siguiera, y Bomba marchó con él hacia el árbol, donde vio un orificio pequeño que no había estado antes en la tarjeta. Pero en vano buscó señales de que ésta estuviera chamuscada.

-¿Por que no la quemó el fuego? -quiso saber.

El hombre lo miró perplejo, y al fin rompió a reír al comprender lo que quería significar.

-No fue el fuego que salió del cañón lo que golpeó contra la tarjeta -explicó-. Fue una bala como ésta.

Sacó de su canana uno de sus cartuchos, mostrándoselo a Bomba, quien lo examinó con curiosidad.

-¿Por qué no vi esto cuando disparaste el palo de hierro? -inquirió.

-Salió con demasiada rapidez para que pudieras verlo -repuso Gillis.

-Tú podrías ver mi flecha si yo disparara mi arco -manifestó el muchacho.

-Eso es diferente. La flecha es más grande y no tiene tanta velocidad. Además, no va con tanta derechura hacia el blanco -dijo Gillis.

-Va directamente -aseveró Bomba.

-¿Quieres decir que tú podrías hacer blanco en la tarjeta? -preguntó Dorn en tono incrédulo.

-Sí.

-Veamos si eres capaz de hacerlo.

Bomba sacó una flecha de su carcaj, la puso en el arco y, sin tomar puntería aparente, estiró la cuerda y la soltó.

Sus dos nuevos amigos lanzaron un grito de sorpresa al ver la flecha clavada en el centro de la tarjeta.

-¡El muchacho es una maravilla! -exclamó Gillis.

-¡Robin Hood no le llevaba ninguna ventaja!

–¿Quién era Robin Hood? -quiso saber Bomba-. ¿Y por qué no me llevaba ventaja?

-Ya veo que tendremos que hablar con más claridad -rió Dorn-. Robin Hood era el arquero más famoso del mundo, y al decir que note llevaba ventaja quise significar que tú eres tan certero como lo fue él.

Bomba sintió que se le henchía de orgullo el corazón ante las felicitaciones de los dos hombres. Sus palabras le parecieron la música más dulce que oyera en su vida.

Caía ya la noche, y la selva comenzó a despertar. De los cubiles en los que descansaran durante el calor del día salieron las bestias salvajes, bostezaron, se desperezaron e iniciaron luego su nocturno viaje en busca de comida. La muerte recorría la selva.

Mientras estaba sentado junto a la tienda de sus dos amigos, Bomba levantó la cabeza dos o tres veces y husmeó el aire.

-¿Qué ocurre? -le preguntó Gillis con curiosidad.

-Hay jaguares cerca -repuso el muchacho.

Los dos hombres empuñaron sus rifles y se volvieron hacia la selva que los rodeaba.

-Yo no veo ninguno -observó Gillis al cabo de un momento.

-Ellos nos ven a nosotros -declaró Bomba.

La tranquila aseveración hizo estremecer a los dos blancos.

-¿Cómo sabes que están por aquí cerca? -inquirió Dorn.

-Los huelo -fue la respuesta.

-¿Por dónde están? -quiso saber Gillis.

-Por todas partes.

CAPÍTULO 4
BOMBA SALVA El CAMPAMENTO

Los hombres se levantaron de un salto al oír estas palabras y sus ojos recorrieron la selva en todas direcciones.

-¡Y el muchacho habla de esto tan tranquilamente como si no tuviera importancia! -exclamó Jake Dorn.

-Quisiera saber si se da cuenta realmente de lo que dice -gruñó Gillis. Se volvió hacia Bomba para preguntarle-: Dime, ¿qué te hace creer que los jaguares nos rodean?

-Los huelo y los oigo -respondió el muchacho-. Primero los oí desde muy lejos. Luego se acercaron y venían gruñendo. Ahora están muy próximos y ronronean. Los oigo.

-Pues oyes mucho más que yo -dijo Gillis al cabo de un momento, después que él y su camarada hubieron aguzado el oído para ver si captaban algo-. Pero me han contado historias maravillosas respecto al olfato y el oído de los que viven mucho tiempo en la jungla, y quizá el muchacho tenga razón. Si es así, tendremos que defendernos. ¿Cuándo comienza la juerga? -preguntó a Bomba, apretando la empuñadura de su rifle.

-No sé lo que es una juerga -repuso Bomba.

-¿Cuándo nos atacarán los jaguares? -inquirió Dorn.

-No lo harán hasta pasado mucho rato. Esperarán hasta que caiga por completo la oscuridad y vengan muchos más.

-¡Qué perspectiva más agradable! -refunfuñó Gillis.

-Huelen la sangre del tapir-continuó el muchacho-. Luego se acercan y ven a muchos hombres. Mucha carne para los jaguares.

-Dejaremos de lado esos detalles tan poco edificantes- dijo

Dorn. estremeciéndose-. Parece que tendremos que defender la vida, y tú y yo hemos de llevar la peor parte, Gillis. Estos nativos no sirven para nada.

-Yo ayudaré -manifestó Bomba.

–¡Caramba, y es muy capaz! -exclamó Gillis-. Tiene el coraje de un gato montés. Pero mucho me temo que el arco y la flecha no servirán de mucho contra fieras tan terribles.

-Tengo mi machete -le recordó Bomba, sacando a medias el reluciente acero que llevaba en la vaina.

-¡Que me maten si el pequeño no está pensando en luchar contra ellos cuerpo a cuerpo! -exclamó Gillis admirado.

–No lo deseo, pero lo haré si es necesario -declaró Bomba-. Es mejor matar que ser matado. Pero esperen, se me ocurre algo.

Mientras hablaba, sus ojos habían estado recorriendo los árboles que bordeaban el claro, y se reflejó en ellos una expresión de alegría cuando se posaron en un árbol de hojas triangulares bastante grandes.

Señaló un cubo que se hallaba cerca de uno de los bultos. -Présteme eso -dijo.

-¿Para qué lo quieres? -inquirió Dorn.

-No lo molestes con preguntas -intervino Gillis-. El muchacho tiene una idea, y ahora que lo conozco estoy dispuesto a dejarlo obrar a su antojo. Aquí tienes -agregó. entregando el cubo a Bomba.

-Ahora echen más leña al fuego-pidió el muchacho-. Los jaguares se apartarán de la luz. Tengo que ir hasta el borde del claro y no los quiero tener muy cerca.

Gillis impartió varias órdenes a los nativos y éstos amontonaron más leña sobre la hoguera que habían dejado apagar casi por completo y la cual comenzó a arder con renovados bríos, ampliando la zona iluminada hasta más allá de los bordes del claro.

Hecho esto, Bomba tomó el cubo y partió hacia el árbol que había visto, protegido ahora por la luz.

¿No sería mejor que uno de nosotros te acompañara? -preguntó Dorn. con cierta ansiedad-. No está bien que te dejemos ir solo.

-No -respondió Bomba-. Este trabajo tengo que hacerlo solo. Ustedes pueden tener listos los palos de hierro. Pero todavía no los necesitarán.

Se llevó el cubo y marchó sin vacilar en dirección a la selva. La abundante maleza se cerró tras él, ocultándolo, aunque el resplandor de! fuego permitió a los otros que lo vieran de tanto en tanto.

Bomba se dirigió hacia el árbol que buscaba y, al llegar a él, dejó el cubo en el suelo y desenfundó su machete.

Clavó la hoja de acero en el tronco tan profundamente como se lo permitió su fuerza. Luego corrió el machete hacia abajo. haciendo una cortadura vertical. Retiró entonces su arma, levantó el cubo, lo sostuvo junto al tajo y esperó.

Al cabo de un momento comenzó a manar de la herida una savia pegajosa que se fue haciendo cada vez más abundante. Muy pronto caía en una corriente continua hacia el interior del cubo.

Era terrible esperar allí pacientemente, sabiendo que los ojos verdosos de las bestias lo estaban observando desde los alrededores, y que sólo el resplandor del fuego les impedía atacarlo. Pero Bomba había aprendido a tener paciencia en la dura escuela de la selva, y se quedó tan inmóvil como una estatua, con el cubo en una mano y el machete en la otra, hasta que el receptáculo estuvo casi lleno.

Lo apartó entonces, inclinándolo para que la savia pegajosa fuera derramándose lentamente sobre las hojas que cubrían el suelo, y dio una vuelta completa en derredor del campamento.

Los buscadores de caucho lo veían cada tanto durante su recorrida, observando su avance en respetuoso silencio.

-¿Qué crees que se propone ese muchacho? -preguntó Dorn.

-Parece que estuviera haciendo algún encantamiento por los alrededores -murmuró Gillis-. Debe ser algo que ha aprendido de los médicos brujos de la región. ¡Es impresionante!

Los dos hombres se sintieron enormemente aliviados cuan-do Bomba salió al fin de entre las sombras, dejó en el suelo el cubo vacío y se sentó sobre un tocón próximo al fuego.

-¿Qué hiciste? -le preguntó Gillis.

El muchacho levantó el cubo.

-Toca -dijo, indicando el interior del recipiente.

Gillis puso el dedo en el fondo del cubo, y al retirarlo vio que lo tenía cubierto de una sustancia amarillenta y pegajosa. Le molestaba, y trató de quitársela con un trapo, pero descubrió que era casi imposible librarse de ella.

-Se pega como si fuera cola de carpintero -murmuró-. ¿Qué es y de dónde la sacaste?

–Del árbol. Clavé mi cuchillo en el tronco y lo lastimé. El árbol lloró. Estas son sus lágrimas.

-¡Cielos! -exclamó Dorn-. ¡El muchacho es un poeta!

-Es verdad -asintió su compañero-. Lo que quiere decir es que hizo una incisión en el árbol y extrajo esta savia gomosa. ¿Pero por qué lo hiciste y qué fue de la savia? -preguntó, volviéndose hacia Bomba.

–La derramé sobre las hojas que cubren el suelo alrededor de todo el campamento repuso el muchacho-. Es bueno para nosotros y malo para los jaguares.

Los dos hombres se miraron asombrados.

-¿Entiendes tú lo que quiere decir? -preguntó Dorn a su camarada.

-No -repuso Gillis-. Es como si hablara en griego. ¿Por qué es malo para los jaguares? -preguntó a Bomba.

-Los jaguares pisan sobre ella-explicó el muchacho-. Las hojas se pegan a sus patas. Tratan de sacárselas sacudiendo las patas, pero las hojas no se despegan. Luego tratan de quitárselas restregándolas contra sus cabezas. Las hojas se pegan entonces a sus hocicos. La goma se les mete por los ojos. Es muy dolorosa y los deja ciegos. Los jaguares se asustan. No ven adónde van. Se olvidan de los blancos y la carne. Lloran. Escapan. Eso es todo.

Los dos blancos se miraron completamente atónitos. -¡Eso es todo! -exclamó Gillis cuando hubo recobrado el habla-. ¡Cielos, me parece más que suficiente!

-Ya lo creo-asintió Dorn-. Muchacho, me descubro ante ti.

Como en ese momento tenía la cabeza descubierta, Bomba se sintió algo intrigado ante sus palabras; pero adivinó que los dos hombres aprobaban su proceder, y se alegró profundamente. Él también era blanco, y había logrado hacer alegrar a sus hermanos.

Empero, le pareció conveniente agregar una palabra de advertencia.

-Deben tener listos los palos de hierro -dijo-. Casi todos los jaguares se detendrán al pisar la goma. Pero algunos de ellos, quizá dos o tres lograrán pasar y llegar hasta el campamento.

-Probablemente podamos hacerles frente -manifestó Gillis-. Por lo menos lo intentaremos. Sólo desearía tener más leña para mantener vivo el fuego. Pero no habíamos contado con un posible ataque, y ahora sería muy peligroso internarse en la selva en busca de más madera. Tendremos que arreglar-nos lo mejor posible con la que tenemos.

Debido a que tenían que hacer durar la leña, sólo les fue posible mantener un fuego muy moderado, y al transcurrir las horas tuvieron que alimentarlo cada vez menos.

A medida que se empequeñecía la zona iluminada se hicieron cargo de que sus enemigos se acercaban cada vez más y esperaban solamente el momento más oportuno para atacarlos.

Se habían preparado lo mejor posible para la defensa. Se advirtió del peligro a los nativos y éstos tenían listas sus lanzas y flechas, aunque lo más probable era que echaran a correr cuando llegase el momento de defender la vida.

A eso de la medianoche se oyó un súbito rugir procedente de un lado del campamento. El sonido se repitió casi en seguida por el otro extremo. Se oyó el ruido de cuerpos pesados que rodaban entre las malezas y golpeaban contra los árboles. La cautela natural de la raza felina parecía haber sido abandonada por los jaguares en el momento en que los Dominó un terror pánico. Los gruñidos y rugidos se elevaron de tono hasta convertirse en un alboroto estruendoso que hizo temblar de miedo a los nativos, pero que los blancos comprendieron perfectamente.

¡Estaba haciendo efecto la artimaña de Bomba!

Pero, aunque se sintieron jubilosos por el éxito del plan, no descuidaron ni por un momento su vigilancia.

Fue una suerte para ellos que así lo hicieran, pues unos minutos más tarde voló por el aire un enorme cuerpo amarillento que cayó a menos de cinco metros de Gillis y se acurrucó para dar un segundo salto.

Dos rifles hablaron al mismo tiempo que Bomba soltaba una flecha. El jaguar se estremeció de pies a cabeza. rodó hacia un costado y se quedó inmóvil.

Mientras miraban todavía al animal muerto. se oyó otro rugido proveniente de la dirección opuesta y otro jaguar cayó detrás de Gillis ***y*** Dorn. Los blancos se volvieron como movidos por un resorte y dispararon sus armas, pero lo hicieron con tanto apresuramiento que erraron el tiro o sólo consiguieron herir levemente a la fiera. Antes de que pudiesen disparar de nuevo el jaguar se les echaría encima. Ambos empuñaron los rifles por el caño, disponiéndose a esperar el ataque llenos de horror.

Con la celeridad del rayo desenfundó Bomba su machete. La bestia se lanzó en ese momento sobre sus presuntas víctimas.

CAPÍTULO 5
LA DERROTA DE LOS JAGUARES

Voló por el aire una larga hoja de acero reluciente que se clavó hasta la cruz en la garganta del jaguar.

El herido animal cayó en el sitio donde un momento antes habían estado Gillis y Dorn y quedó tendido en el suelo. Tiró dos o tres manotazos desesperados a su garganta en un vano intento de quitarse el machete. Pero el arma se había clavado profundamente, y los esfuerzos de la fiera fueron inútiles. Hizo luego unos movimientos convulsivos y quedó muerto.

Asombrados ante el súbito fin del enemigo, los dos hombres se acercaron al animal con gran cautela y lo tocaron con las culatas de sus armas. Mas el jaguar no se movió. El machete había hecho bien su obra.

Los ojos de Dorn se fijaron en el mango del arma, y el hombre se inclinó para retirarla de la herida, aunque tuvo que hacer un gran esfuerzo para lograr su propósito. Cuando la hubo sacado la mostró a su atónito compañero

-¿Cómo llegó esto aquí? -preguntó Gillis.

-Es mío -expresó Bomba, aproximándose y tendiendo la mano.

-¿Tuyo?-exclamó Dorn-. ¡Vamos, si no estabas lo bastante cerca para atacar al jaguar!

-Lo arrojé -manifestó el muchacho, mientras limpiaba el machete en la hierba para volver a ponerlo en la vaina.

-¡Cielo santo! -balbuceó Dorn-. ¡Lo... lo arrojó!

-¡Y con tanta puntería como disparó la flecha! -exclamó Gillis-. Y con tal fuerza que te costó trabajo extraerlo. ¡Muchacho, eres una maravilla! Nos has salvado la vida.

-Me alegro de haberlos ayudado -dijo Bomba, mostrando sus blancos dientes en una sonrisa de felicidad-. Pero ahora debemos poner los jaguares cerca del borde del claro para que los otros los vean.

-¿Con qué motivo? -preguntó Gillis-. ¿Es para que los otros se los coman y no tengan luego tanto interés por nosotros?

-No -contestó Bomba-. Los otros no los comerán. Se pelean entre sí y se matan los unos a los otros cuando están enfadados, pero no se comen mutuamente. Si los ponemos al borde de la selva, cuando los vivos vean a éstos que están muertos, sabrán que este lugar no es saludable para los jaguares y se retirarán.

-Me parece muy razonable -manifestó Gillis-. Y aunque el plan no dé resultado, se hará lo que diga este muchacho. Confieso que me tiene asombrado. Si no hubiera estado aquí esta noche, tú y yo habríamos muerto, amigo Dorn.

-No hay duda de que salvó al campamento -asintió Dorn, volviéndose luego para ordenar a los nativos que arrastraran los pesados cuerpos de las bestias hacia los sitios indicados por Bomba.

A medida que transcurría el tiempo se hizo evidente que el espectáculo de los animales muertos atemorizó a otros jaguares que hubieran podido intentar atacar el campamento. En la jungla resonaban, como todas las noches, las notas estridentes de los insectos, el chillido de los monos y, de vez en cuando, el bufido distante de una anaconda.

Pero los jaguares parecían haberse retirado. Los agudos oídos de Bomba no captaban ya los gruñidos ahogados de los carnívoros ni el suave pisar de sus patas acolchadas. Tampoco su olfato le indicó su presencia en los alrededores.

Al cabo de una hora, el muchacho relajó su tensa actitud, se desperezó y bostezó.

-Se han ido -dijo.

-¿Estás seguro? -inquirió Gillis.

-Se han ido -repitió Bomba-. Y se lo dirán a los otros. No volverán. Dormiré.

-Descansa, muchacho -dijo Dorn-. Te has ganado bien el reposo. No sé qué habríamos hecho sin ti.

-Traeré algunas mantas para que te eches sobre ellas -terció Gillis.

-No -repuso el muchacho-. Dormiré aquí mismo. Se echó al suelo, cerca del fuego, y un momento más tarde estaba profundamente dormido.

Para los dos blancos no hubo reposo aquella noche. Estaban demasiado nerviosos para poder cerrar los ojos. Así, pues, se quedaron sentados con los rifles a mano hasta que los primeros albores del día se mostraron por el este. Recién entonces comprendieron que el peligro había pasado, al menos por esa noche, y después de poner de guardia a dos de los nativos, se echaron en sus mantas para caer en profundo sueño.

Bomba fue el primero en despertar, y por un momento le costó trabajo comprender dónde estaba. Se incorporó algo inquieto, miró a su alrededor y vio los cuerpos de los jaguares, recordando entonces los acontecimientos de la noche anterior.

Se había portado muy bien en circunstancias que podrían haber apabullado a hombres grandes. Hizo frente a la muerte cara a cara, y estuvo a punto de perder la vida. Pero la fortuna, que favorece a los valientes, estuvo de su parte, y no tenía un solo rasguño. Atrapó a la cooanaradi; mató un jaguar y alejó a los otros. Era natural que se sintiera lleno de júbilo.

Pero muy por encima de la satisfacción que le producía su propia seguridad estaba la de haber salvado a los blancos. Sin él, era seguro que habrían muerto. De tal modo estableció su derecho a ser considerado como un hermano.

Había avanzado mucho en veinticuatro horas y tenía frente así las puertas de un nuevo mundo. Pudo cruzar el abismo que lo separaba de su propia raza; logró llevar a la práctica algunos de sus sueños, responder a muchas de sus preguntas, resolver varios de los misterios que numerosas veces lo atormentaran.

Mas no ignoraba que aún tenía mucho camino que recorrer. ¡Cuánto sabían los blancos! ¡Cuán diferente era su mundo! ¡Cuán superiores le parecían! ¡Cuán ignorante era él comparado con ellos!

Pero aprendería interrogando a Casson. Éste debía saber todo lo que sabían los otros blancos. En ese momento le dio un vuelco el corazón al comprender que Casson parecía haber olvidado todo o casi todo lo que supiera en otro tiempo. Poco podía esperar del hombre con quien vivía.

Estaba absorto en estas meditaciones cuando Gillis abrió los ojos. El blanco miró a Bomba y recordó de inmediato los acontecimientos pasados.

-¿Cómo se siente nuestro héroe esta mañana? -preguntó con una sonrisa jovial.

-¿Qué es un héroe? -preguntó Bomba con su acostumbrada franqueza.

-¡Vaya, tú lo eres! -respondió Gillis-. Un héroe es un hombre o un muchacho que no se asusta.

-Pero anoche estuve muy asustado -manifestó Bomba.

-Me parece que todos lo estuvimos. Bueno: entonces un héroe es alguien que, aunque se sienta asustado, nunca permite que el temor lo domine, y continúa la lucha hasta la muerte. Y eso es lo que habrías hecho anoche si hubiera sido necesario. Pero se hace tarde y tendremos que emprender la marcha.

Despertó a su camarada, dio algunas órdenes a los nativos y muy pronto se inició la preparación del desayuno.

Esta vez Bomba tomó el cubierto desde el principio, y se sintió muy complacido al descubrir que podía manejarlo mucho mejor que la noche anterior.

-Bien, muchacho-dijo Gillis, después que hubieron comido con muy buen apetito-, tendremos que liar el petate y emprender la marcha. Como te dijimos anoche, nos agradaría mucho que nos acompañaras. Todavía piensas que no puedes hacerlo, ¿eh?

-Me agradaría mucho -contestó el muchacho, y su mirada era mucho más elocuente que sus palabras-. Pero Casson es viejo y está enfermo. Conmigo ha sido siempre muy bueno. Yo tengo que conseguir alimento para él, y se moriría si lo dejara solo.

-Entonces no insistiremos -declaró Gillis en tono apesadumbrado-. Pero no creas que te olvidaremos. Volveremos a buscarte o enviaremos a alguien para que te saque a ti y a Casson de esta selva y los lleve adonde pertenecen. Mientras tanto, quisiéramos hacer algo para demostrarte cuánto te agradecemos tu ayuda. Salvaste nuestras vidas, y deseamos retribuirte como se debe.

-No tienen por qué darme nada -manifestó Bomba con sencillez-. Los ayudé con mucho gusto.

-De todos modos, tendrás que aceptar algo -intervino Dorn-. ¿Pero qué podemos darte? Tienes todo el alimento que necesitas y no creo que el dinero te sirva para nada.

-¿Qué es el dinero? -preguntó Bomba.

Los dos hombres rompieron a reír.

-Lo más importante del mundo fuera de esta selva -manifestó Gillis. Sacó de su bolsillo una moneda de oro y la hizo girar sobre la rústica tabla que servía de mesa-. Esto es dinero.

-Es muy bonito -expresó Bomba.

-Mucha gente opina lo mismo -observó Gillis secamente-. Algunos venderían su alma por obtenerlo.

-¿Qué es el alma? -inquirió Bomba.

-No te metas en honduras, Gillis -rió Dorn.

-Por cierto que así me ocurre con este signo de interrogación en forma de ser humano -replicó su camarada-. El alma es la mejor parte de nosotros, la que hace que los hombres seamos buenos, prudentes y valerosos, lo que nos diferencia de los animales.

-¿Entonces yo tengo un alma? -preguntó el muchacho.

-Por cierto que sí -repuso Gillis-. Y una de las mejores, si es que quieres saber mi opinión. Pero nos desviamos del tema. Queremos darte algo que te agrade. Me gustaría saber qué podría ser.

Se pasearon sus ojos por los alrededores y vieron una armónica que había en uno de los bultos que llevaran consigo para traficar con los nativos.

-¿Te gustaría esto? -preguntó a Bomba, tomándola y entregándosela.

El muchacho la examinó con gran curiosidad. Le agradaba el brillo del metal.

-¿Qué es? -preguntó.

-Te lo demostraré -dijo Gillis.

Tomó la armónica de manos del muchacho, se la llevó a los labios y ejecutó unos cuantos acordes de un aire popular. Bomba se mostró asombrado y complacido.

-¡Es como un pájaro! -exclamó-. ¡Canta!

-Prueba tú mismo -le dijo el hombre, entregándosela-. Sopla dentro de ella y vuelve a aspirar.

Así lo hizo Bomba, y aunque las notas que produjo eran algo discordantes, lo llenaron de gozo. El también podía hacer música como los blancos.

-Guárdala -dijo Gillis, muy complacido ante la alegría del muchacho-. Es tuya.

-Eres muy bueno al darme esto -respondió Bomba, lleno de agradecimiento. Era el primer regalo que le habían hecho en su vida.

-Seríamos muy desagradecidos si te diéramos sólo eso -manifestó Dorn. Se volvió hacia su amigo-. ¿Qué te parece si le damos un revólver? Ya viste cuánto le interesan las armas de fuego.

-Es verdad -asintió su camarada, y entró en la tienda para salir a poco con un revólver de cinco tiros-. Aquí tienes, Bomba. Te gustó el palo de hierro grande. Pues bien, éste es un palo de hierro pequeño, pero produce el mismo efecto que los grandes.

-¿Me darás eso? -exclamó el muchacho, incapaz de creer en lo que veía.

-Claro que sí -dijo Gillis-. Te mostraré cómo funciona. Abrió el revólver y Bomba dejó escapar una exclamación de desaliento.

-¡Lo has roto! -dijo apenado.

-No tiene importancia-repuso el blanco-. Hay que abrirlo así para cargarlo. Mira, así se hace.

Puso cinco cartuchos en el tambor, mientras Bomba lo observaba con profundo interés. Luego cerró el arma y miró a su alrededor en busca de un blanco.

Fijó la vista en uno de los jaguares muertos y descargó el revólver en su cuerpo, gatillando con tanta rapidez que las detonaciones parecieron una sola explosión ininterrumpida.

-Ahora ve a mirar al jaguar -dijo a Bomba-. Encontrarás en él cinco agujeros que no tenía antes.

El muchacho confirmó esta aseveración de inmediato. Todavía le parecía cosa de magia, y se sintió muy emocionado al pensar que el arma sería suya.

-Déjame que yo también le haga cinco agujeros al jaguar -pidió.

Gillis cargó el arma y le dio instrucciones acerca de la manera como debía empuñarla, apuntar y disparar, aunque él y Dorn se cuidaron muy bien en colocarse detrás del muchacho.

En manos del muchacho el arma no fue tan certera, y sólo consiguió Bomba hacer un agujero en el cuerpo del jaguar, pues los otros cuatro tiros erraron el blanco debido a su desconocimiento del arma y al hecho de que no tuvo en cuenta el movimiento de retroceso de la misma.

-Está muy bien para un principiante -comentó Gillis-. Con la vista que tienes, serás un perfecto tirador tan pronto como te acostumbres al revólver y hayas practicado un poco. Sólo desearía disponer de más tiempo para enseñarte; pero Casson puede darte algunas lecciones, y dentro de poco dispararás con esto con tanta puntería como con tu arco.

Numerosas cajas de cartuchos acompañaron el regalo, y Bomba las guardó cuidadosamente en su morral, sintiéndose tan opulento como Creso. Por cierto que fue muy afortunado el momento en que se encontró con los blancos.

Pero el placer que le producía su tesoro se vio empañado cuando, poco después, se completaron los preparativos y la partida se dispuso a iniciar su viaje.

Los mismos buscadores de caucho, a pesar de ser hombres valerosos, se sintieron muy emocionados al estrechar la mano a Bombay despedirse de él. Se sentían muy atraídos hacia ese muchacho que se presentara de manera tan extraña y a quien, sin duda alguna, debían sus vidas. Era trágica su soledad en esa gran selva donde vivía acompañado solamente por un anciano.

-Volverás a tener noticias nuestras -prometió Gillis-. No nos olvidaremos de ti. Regresaremos o enviaremos a alguien en tu busca.

-Así lo espero -replicó Bomba.

Se despidieron al fin y los blancos reanudaron su viaje por la jungla. El muchacho se quedó mirándolos hasta que las malezas los ocultaron de su vista.

El mundo le pareció de pronto completamente vacío. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Se quedó donde estaba durante largo rato, esforzándose por dominar el dolor que atenaceaba su corazón. Luego se volvió hacia el sur. Tenía que volver al lado de Casson. Al menos le quedaba su viejo amigo.

No era la primera vez que Bomba se había alejado por un día entero de la choza que habitaba en compañía del anciano naturalista. Él era el encargado de procurar los alimentos, y sus excursiones de caza lo llevaron a menudo muy lejos de la vivienda. Pero siempre se sentía intranquilo cuando así ocurría, y regresaba lo antes posible, pues Casson no estaba en condiciones de quedarse solo más de lo estrictamente necesario.

Después de asegurarse de que el revólver, la armónica y los fósforos estaban a buen recaudo en su morral, Bomba partió en su viaje de regreso.

Renovadas sus fuerzas por el descanso de la noche y el abundante desayuno, avanzó a buen paso durante las dos primeras horas de camino. Luego sus esfuerzos comenzaron a hacer mella en sus energías y aminoró el paso, aunque continuaba avanzando con bastante rapidez

si se considera que en gran parte del trayecto tenía que abrir un camino en la espesura con ayuda de su machete.

En el camino pasó por el sitio en que atrapara a la cooanaradi. Sólo quedaba el esqueleto de la serpiente, y por la limpieza con que habían pelado los huesos, el muchacho adivinó que eran las hormigas las responsables de su muerte.

Poco más adelante encontró las cenizas de una hoguera. Los rescoldos estaban todavía calientes y por los alrededores se veían restos de carne asada. Evidentemente, se habían detenido a comer allí algunos nativos que estaban cazando por los alrededores.

El espectáculo no era desusado, y el muchacho no se preocupó en lo más mínimo. Los indios de los alrededores, aunque no eran amigos de ellos, no se mostraban hostiles. Se sentían inquietos ante la presencia de los blancos, a quienes consideraban como intrusos; pero hasta el momento se habían contentado con dejarlos en paz, y Casson y Bomba, por su parte, se mantenían alejados de ellos todo lo posible.

Así, pues, Bomba no se sintió alarmado cuando vio a un indio que avanzaba por un sendero de la selva que cruzaba el camino por el cual iba él. Llegaron a la encrucijada al mismo tiempo, y el indio se volvió para mirar al muchacho.

Bomba sintió que su corazón le daba un vuelco en el pecho. Acababa de ver el símbolo pintado en ocre sobre el pecho del nativo. ¡Era el de los cazadores de cabezas, la feroz tribu de la Catarata Gigante!

CAPÍTULO 6
EN LA CUEVA DEL PUMA

Jamás se había encontrado Bomba cara a cara con un miembro de la tribu de cazadores de cabezas. Sólo muy de tanto en tanto se presentaban esos salvajes guerreros en la región donde vivían él y Casson.

Pero cuando lo hicieron habían dejado tras ellos una estela de muerte y destrucción. Eran terriblemente crueles. Buscaban cabezas tal como los pieles rojas norteamericanos buscaban cabelleras con las cuales adornar sus tiendas y dar pruebas de valor.

Uno de esos espantosos trofeos colgaba del cinturón del indio que contemplaba en ese momento a Bomba con una mueca tan feroz que hizo estremecer al muchacho.

Pero Bomba no dio la menor señal de aprensión, pues había aprendido en la selva a dominar sus emociones. Por el contrario, sonrió amablemente y levantó las manos con las palmas hacia adelante en señal de paz y buena voluntad.

-¿Buena caza, hermano? -preguntó en el lenguaje que, con ciertas variaciones, era común de todas las tribus de la región y que él conocía perfectamente.

El indio le respondió con un gruñido ambiguo mientras lo estudiaba con ojos en los que no se veía la menor señal de cordialidad.

-¿Tú eres el muchacho blanco?

-Sí.

-¿Vives con el hombre blanco que tiene cabello largo y camina con un palo? -continuó interrogándole el indio. Bomba asintió.

-El hombre blanco es mala medicina -dijo el salvaje, frunciendo el ceño, mientras que su mano apretaba su lanza con más fuerza.

-Es buena medicina -lo contradijo Bomba.

-Es un ser malvado -fue la respuesta-. Atrae el mal sobre mi gente. Hay enfermedades y mueren muchos. El jefe Nascanora está muy enojado. Habló con sus médicos brujos, y éstos dijeron que siempre habrá enfermedades mientras viva el hombre blanco.

Bomba se sintió dominado por la aprensión.

-El viejo hombre blanco es un hombre bueno -protestó enérgicamente-. No hace daño a nadie. Él curaría a tu gente en lugar de hacerles mal. Ha estado aquí muchos años. Es hermano de ustedes. Tiene buen corazón.

-Es un ser malvado -repitió el otro obstinadamente-. Así lo dicen nuestros médicos brujos. Ellos lo saben bien. La tribu tendrá muchas dificultades si no muere el hombre blanco.

Bomba trató de ordenar sus ideas. Se le ocurrió que tal vez ese hombre era quizás un asesino elegido por la tribu para cumplir sus propósitos. De ser así, él tendría que enfrentársele para salvar la vida de Casson.

Pero si el indio no estaba solo, si tenía compañeros en los alrededores, el asunto cambiaba de aspecto. En tal caso tendría que apelar a la astucia y la estrategia.

-Mi hermano viene de muy lejos -dijo, cambiando de tema-. El hogar de su gente se encuentra cerca de la Catarata Gigante. ¿Por qué se ha alejado mi hermano tanto de su gente para cazar a solas?

-No estoy solo -fue la respuesta-. Muchos de los míos están por aquí cerca. Vendrán si los llamo.

Bomba se había enterado de lo que deseaba saber. El hombre no era más que un miembro de una partida numerosa. La noticia no le resultó nada tranquilizadora, pero le indicó cuál era su situación. A toda costa debía evitar un combate en esos momentos.

Tenía al cinto su revólver cargado y a pesar de que no conocía bien el arma no podía errar el tiro a tan corta distancia. Pero la detonación atraería a los compañeros del indio, que probablemente no se hallaban lejos.

Así pues, resistió el impulso de sacar el revólver, y sin demostrar el menor temor, sonrió al otro, lo saludó con la mano y continuó su camino. Un momento más tarde lo había tragado la selva.

El indio había hecho un movimiento instintivo con su lanza, pero se contuvo y se quedó indeciso. El aplomo del muchacho lo había desconcertado.

En cuanto estuvo seguro de que el nativo no podía verlo, Bomba dejó de lado su actitud descuidada y avanzó con toda la rapidez de que era capaz. Debía llegar a su choza lo más pronto posible y poner sobre aviso al anciano Casson, el cual sería presa fácil de los indios si éstos lo tomaban de sorpresa.

No había adelantado mucho cuando oyó a sus espaldas un grito agudo al que respondieron otros desde varias direcciones.

De inmediato comprendió su significado. El indio acababa de llamar a los compañeros que estaban cerca. Se reunirían dentro de un momento, cambiarían ideas, y luego, como una jauría de lobos furiosos, emprenderían la persecución.

Bomba era tan fuerte y ágil como una pantera joven, y si el camino hubiera estado libre de obstáculos es probable que se hubiese alejado fácilmente de los cazadores de cabezas. Pero tenía la desventaja de verse obligado a abrirse camino en muchas partes. Con gran frecuencia le fue necesario emplear su machete para poder continuar la marcha, y esto le robó un tiempo precioso. Sus enemigos, por el contrario, podían seguir sin la menor dificultad el mismo camino abierto por él con tanto trabajo. Era una de las ironías de su situación el hecho de que tuviese que facilitar el paso a sus perseguidores. En verdad, los ayudaba para que lo alcanzaran.

En tales condiciones, no tardaría mucho en caer en manos de sus enemigos. Ya su oído le advertía que estaban muy cerca.

Pero continuó huyendo, espoleado por la desesperación. Le faltaba aliento y llegaba ya a los límites de su resistencia. El fin estaba muy próximo.

Al mirar desesperadamente de un lado para otro, vio una abertura en el costado de una colina pequeña que se elevaba un poco a la derecha de la dirección hacia la que iba.

Sus perseguidores estaban muy próximos. En cualquier momento aparecería a la vista el que fuera a la cabeza.

Sin vacilar, Bomba volvió hacia la cueva y se lanzó en ella de cabeza, cayendo tendido en el piso de la misma.

Allí se quedó en la penumbra, respirando jadeante. A poco oyó a sus perseguidores que pasaron siguiendo la dirección que él llevara un momento antes, y lanzó un suspiro de alivio al darse cuenta de que sus pasos se perdían a la distancia. Por el momento estaba salvado.

Pero sabía que su situación continuaba siendo precaria. Sus enemigos no tardarían mucho en darse cuenta de que se hallaban sobre una pista falsa. Echarían de menos el ruido de sus pasos y las marcas de su machete en los matorrales. Volverían entonces sobre sus pasos y registrarían todos los sitios en que él pudiera estar oculto. Naturalmente, era imposible que pasaran por alto la cueva.

Tan pronto como hubo recobrado el aliento, se puso de pie y estudió el refugio que, por el momento al menos, había sido su salvación. Lo que no pudieron ver sus ojos se lo indicó el tacto.

La cueva no tenía otra salida que la abertura por la cual entrara. Pero en la parte trasera, oculto a medias por una saliente en la roca, había un pequeño intersticio. Al principio le pareció imposible que la ranura diera paso a su cuerpo. Pero colocándose de costado y conteniendo la respiración, pudo al fin pasar por ella y encontrarse en otra cueva más pequeña que la primera.

Al fin respiró más tranquilo. Podía acurrucarse en el angosto pasaje detrás de la ranura y no ser visto por los que se asomaran a la entrada de la cueva. Y aunque se hiciera un cuidadoso registro y se descubriese su refugio, estaría en una fortaleza natural. No podrían llegar a él las lanzas o flechas. Los indios eran demasiado corpulentos para pasar por la

ranura, y si alguno trataba de hacerlo, estaría a merced de las armas con que contaba el muchacho.

No acababa de apagarse el primer entusiasmo de Bomba, cuando se dio cuenta éste de que sus enemigos regresaban. Oyó sus voces y los gruñidos de rabia que lanzaban por haber perdido a su presa.

Acurrucado en su refugio, oyó que los pasos se aproximaban cada vez más.

De pronto resonó una exclamación gutural en la que había una nota de triunfo, y Bomba se dio cuenta de que habían descubierto la entrada de la cueva.

El grito fue seguido por el silencio más absoluto, el cual Bomba no tuvo dificultad en interpretar.

Sus enemigos sabían que si se hallaba allí estaría desesperado y se defendería hasta morir. Ninguno de ellos estaba ansioso de ser el primero en entrar y enfrentarse con él. No había necesidad de apresurarse. Si se encontraba allí, no podría escapar.

Así, pues, se acercaban sigilosamente, quizás desde ambos costados, de manera de esquivar las flechas que pudiese dispararles el muchacho, únicas armas con las cuales lo creían equipado.

Durante varios minutos continuó el silencio. Bomba adivinó que los ojos feroces y penetrantes de los salvajes atisbaban desde la entrada, tratando de atravesar la oscuridad que era casi absoluta en la parte trasera de la cueva.

Luego oyó un ruido sibilante y cayó al interior una antorcha encendida que iluminó por completo el recinto.

Aparentemente, el refugio estaba casi vacío. Si el fugitivo se había escondido allí, parecía evidente que debía haber escapado por alguna otra salida.

Para descubrir esa otra salida, si es que la había, varios salvajes se apiñaron en el interior de la cueva, y uno de ellos recogió la antorcha a fin de efectuar un examen detenido.

No acababa de hacerlo cuando los compañeros que quedaran en el exterior elevaron sus voces, produciendo una algarabía terrible. Algo los había atemorizado.

Los indios salieron apresuradamente, y se oyeron a poco los chasquidos de las ramas y malezas al huir toda la partida hacia la espesura.

Bomba se preguntó qué habría ocurrido. ¿Es que vendría otro terror a suceder al primero?

Escuchó con gran atención, pero no oyó más que el ruido cada vez más distante que hacían los indios al huir.

Transcurrieron los minutos sin que sucediera nada. La incertidumbre se hacía insoportable.

Con gran lentitud, Bomba levantó la cabeza para espiar sobre la barricada que le servía de defensa.

Todo lo que vio fue una sombra, pero fue ésta suficiente para helarle la sangre en las venas. La sombra que descansaba sobre el suelo a la entrada de la cueva era la de un puma gigantesco, uno de los más fieros habitantes de la jungla amazónica.

¡Había regresado el dueño de la guarida!

CAPÍTULO 7
MOMENTOS DE TERROR

Durante un momento el corazón de Bomba pareció dejar de latir.

De nuevo se ocultó tras su barrera, mientras trataba de ordenar sus ideas en presencia del nuevo peligro.

Se le había ocurrido que la cueva podría ser el cubil de algún animal salvaje, mas en su primer momento de apuro no vaciló en refugiarse en ella.

Ahora comprendía que estaba atrapado. Había muy pocas posibilidades de que la bestia permaneciera en el exterior por mucho tiempo. Tarde o temprano entraría en la cueva para descansar hasta que llegara la noche, y cuando entrara no tardaría en descubrir su presencia.

Por la posición en que se hallaba Bomba, el animal no podría verlo, pero su olfato le indicaría inmediatamente que había un intruso en su cubil. Claro está que no podía llegar hasta él. Su enorme cuerpo no podría pasar por la angosta abertura. Pero una vez que se convenciera de este detalle, se aprestaría a sitiar a su cautivo hasta que éste se muriera de hambre.

Una vez más se aventuró el muchacho a espiar por la fisura. La sombra había cambiado de forma. Al principio había estado de pie. Ahora estaba echada en el suelo, aunque con la cabeza en alto, esperando quizá el regreso de los indios que huyeran al llegar él.

Bomba observó al animal con gran atención, aguardando el momento en que se levantara para entrar en la cueva. Debido a la posición que ocupaba, el muchacho podía usar sus armas sólo con gran dificultad. El pasaje era tan angosto que no tenía espacio para estirar su arco, de manera que sus flechas le resultarían inútiles. Y la ranura estaba situada de tal manera con respecto a su cuerpo que sólo podría usar su machete o su revólver con la mano izquierda.

En cuanto a arrojar el machete, como lo hiciera con el jaguar, no le era posible echar el brazo atrás como para tener el impulso necesario a fin de que el arma hiciera el efecto deseado. Además, estaba tan poco familiarizado con el revólver que con la mano izquierda le sería imposible hacer puntería.

Le dio un vuelco el corazón cuando se dio cuenta del aprieto en que se hallaba. Parecía condenado a morir como una rata en la trampa.

Mientras así consideraba su situación, la sombra se movió. De inmediato se ocultó Bomba en su refugio, acurrucándose en él, temeroso de que la bestia oyera los latidos de su corazón.

Oyó las patas acolchadas del puma cuando éste entró en la cueva. Luego sobrevino un momento de silencio al que siguieron un resoplido y un gruñido ronco.

La bestia había husmeado la proximidad de un ser humano. Bomba adivinó que relucían sus ojos con fiereza cuando miró a su alrededor para buscar al intruso.

Luego se oyeron de nuevo sus pasos que se acercaban a la fisura.

Resonó un estruendoso rugido y la bestia se lanzó violentamente contra la pared de roca, como si quisiera derribarla con el peso de su cuerpo.

Tres veces se repitió el ataque. Luego, como si comprendiera la inutilidad de sus esfuerzos, el animal desistió. Dejó de rugir para gruñir furiosamente cuando trató de introducir el cuerpo por la angosta abertura.

Se esforzaba furiosamente por pasar, pero se lo impedía su enorme corpachón. Así chasqueado, introdujo una de sus patas por la abertura y la movió hacia todos lados, tratando de aferrarse a lo que hubiera en el interior del pasaje y sacarlo para tenerlo al alcance de sus terribles colmillos.

Bomba se alejó lo más posible, y pudo así escapar de la poderosa garra que habría hecho trizas su cuerpo.

Una y otra vez trató la bestia de alcanzar a su presa, pero fueron vanos todos sus esfuerzos.

Desistió al fin y comenzó a pasearse por la cueva lanzando rugidos que en el reducido recinto resultaban ensordecedores. Luego se dispuso a sitiar al intruso. Le decía su instinto que tarde o temprano su acorralado enemigo tendría que morir de hambre o salir al encuentro de una muerte más rápida pero más espantosa.

Bomba se sentía agotado y deprimido. Había escapado a la terrible garra sólo por escasos centímetros.

Su única posibilidad de salvación parecía residir en la perspectiva de que el puma se durmiera. Entonces podía deslizarse por la fisura y huir de la cueva o tener al menos espacio suficiente para defender la vida con su machete o su revólver.

Pero desechó esta leve esperanza aun en el momento de concebirla. Aunque el animal se quedara dormido, su sueño era tan liviano que hasta la caída de una hoja lo despertaría. Lo atacaría aun antes de que él hubiera podido salir por la abertura. Así no podría salvarse.

Y al temor por su vida se agregaba la desesperación de lo que podría ocurrirle al indefenso Casson ante el peligro que se avecinaba. Aun en ese momento los cazadores de cabezas debían ir en camino hacia la solitaria choza.

Transcurrió una hora. Habían cesado los gruñidos, pero Bomba oía claramente la respiración de la bestia que montaba la guardia.

Al fin se aventuró a mirar hacia la cueva. Con gran precaución acercó un ojo a la abertura de la pared. Allí estaba tendida la enorme bestia, con los ojos fijos en su dirección.

¡Pero esos ojos feroces no eran una amenaza para Bomba! El asombro y el alivio se reflejaron en el rostro del muchacho.

Abrió la boca y dejó escapar un murmullo suave que se elevaba y descendía como una extraña melodía salvaje.

Fue extraordinario el efecto que este sonido produjo en el puma. El animal se levantó de un salto. La furia se borró de sus ojos, y apareció en ellos una mirada de placer y cariño. Luego comenzó a ronronear.

-¡Polulu! -exclamó Bomba-. ¡Polulu! Soy Bomba..., tu amigo Bomba.

El ronroneo se elevó de tono, y la enorme bestia se acercó para restregar su cuerpo contra la pared.

Bomba no titubeó más. Se abrió paso por la fisura sin la menor vacilación, aunque le costó trabajo pasar, pues el puma se restregaba ya la cabeza contra su cuerpo, tratando al mismo tiempo de lamerle las manos.

-¡Polulu! ¡Polulu! -murmuró el muchacho, acariciando la enorme cabeza-. ¿Por qué no adiviné que eras tú? No me habría escondido de ti. Asustaste mucho a Bomba.

Polulu ronroneó con más fuerza y restregó su cabeza contra Bomba con tanto entusiasmo que estuvo a punto de derribarlo. Luego se echó en el suelo y rodó sobre sí mismo para demostrar el placer que le producía el encuentro.

Durante los últimos dos años había existido entre ambos un profundo afecto que comenzó en cierta oportunidad en que el gigantesco puma había quedado atrapado en un árbol que al caer le fracturó una de sus patas traseras aprisionándolo bajo su peso.

Bomba había encontrado al pobre animal en el momento en que éste sufría mucho y se mordía la pata herida. El muchacho se sintió lleno de compasión. Poseía una facultad especial para hacerse amigo de los animales, y el puma adivinó que el muchacho no quería hacerle daño.

Bomba le llevó alimento y agua. Luego se dispuso a liberar la pata aprisionada. Hecho esto, le arregló el hueso y le ató fuertemente el miembro para que curara, mientras que el puma se sometía al tratamiento, pues comprendió instintivamente la bondad de su salvador.

Habían transcurrido muchos días antes de que pudiera levantarse y caminar, y durante ese período Bomba le dio de comer y lo cuidó con profundo cariño. Para el momento en que

terminó la curación, el puma quería tanto a Bomba como puede querer un gato a un amo bondadoso.

Desde aquella época se habían encontrado repetidas veces en la jungla, y siempre se alegraron de verse. En ciertas oportunidades Polulu iba acompañado por sus salvajes hermanos, los cuales habrían atacado al muchacho de no haberlo defendido la agradecida bestia, advirtiendo a los suyos que el muchacho era su amigo.

Durante varios minutos estuvo Bomba acariciando al animal, el cual respondió con el mismo afecto y dando manifestaciones de placer.

Luego comprendió el muchacho que debía partir sin más demora, y dando una palmada a la enorme cabeza, se levantó y salió de la cueva.

Polulu se mostró decepcionado ante lo breve de su visita, e hizo como si quisiera seguirle. Pero Bomba le hizo señas que se quedara, y el animal obedeció humildemente. En la mirada de sus ojos pudo ver Bomba que se reflejaba la pena y la desolación.

A pesar del alivio que sentía el muchacho ante lo inesperado de su salvación en el momento en que la muerte le parecía segura, continuaba preocupado por el tiempo precioso que perdiera en la cueva. Ahora debía redoblar su velocidad, al mismo tiempo que estaba alerta por si se presentaban los cazadores de cabezas en su camino.

Llegó a orillas de una ancha corriente de agua que cruzaba la jungla en su tortuosa marcha hacia el mar. Si la cruzaba a nado se ahorraría un amplio rodeo por tierra y ganaría por lo menos una hora.

Por lo general habría tomado la ruta más segura, con cuyos peligros estaba ya familiarizado y a los que podía hacer frente con facilidad. Muchos de los ríos estaban infestados de caimanes, y jamás se habría atrevido a hacer frente a uno de esos saurios si podía evitarlo.

El muchacho nadaba con la habilidad de un pez. Pero los caimanes eran muy veloces en su elemento. Y, en el agua, la única arma que Bomba podría emplear con efectividad sería su machete, el cual sería una defensa muy pobre contra una bestia tan terrible.

Sabía, empero, que a esa hora del día los caimanes solían tomar sol en alguna de las innumerables islas que salpicaban el río. A poca distancia podía ver a una de ellas, y sobre sus arenas advirtió numerosas formas oscuras que parecían troncos diseminados al azar.

Tomó la decisión sin pérdida de tiempo. Se arriesgaría a cruzar a nado.

Tan silenciosamente como una sombra se introdujo en el río, y, nadando con una suavidad tal que apenas si movía el agua, avanzó hacia la orilla opuesta.

Había salvado ya más de la mitad de la distancia que lo separaba de su objetivo y comenzaba a felicitarse por el éxito de su empresa cuando oyó un fuerte chapoteo a sus espaldas.

Algo acababa de entrar en el agua.

Miró por sobre el hombro y le dio un vuelco el corazón. ¡Acababa de ver la cabeza y las enormes fauces de un caimán que se le acercaba velozmente!

CAPÍTULO 8
LAS FAUCES DE LA MUERTE

Al ver al saurio, Bomba sintió por un momento que se le paralizaban los músculos. La fuerza pareció haberlo abandonado súbitamente.

Pero esto duró sólo un instante. Casi enseguida se sobrepuso de su terror y el instinto de conservación le hizo reanudar su avance con la velocidad de una flecha.

Sabía que no podría alcanzar la costa antes de que el espantoso animal se le echara encima. Pero se esforzaría hasta el último momento. Como recurso final, tenía su machete.

¿Pero de qué le serviría el acero frente a las poderosas quijadas llenas de afilados cuchillos? Una dentellada cortaría una de sus piernas con extraordinaria facilidad, o, si las fauces se cerraban sobre su cuerpo, lo partirían en dos como si se tratara de una ramilla.

Sus brazos y piernas funcionaban con la fuerza de pistones. Avanzaba por el agua casi sin tocarla. Pero tras él se acercaba el monstruo que podía nadar con mucha más velocidad que él.

No obstante, Bomba continuó la carrera con la vista fija en la costa que cada vez se acercaba más, aunque el muchacho tenía la convicción de que sus pies jamás llegarían a pisar tierra nuevamente.

Los fuertes músculos de sus brazos parecían a punto de romperse. Respiraba con dificultad. La sangre se le iba a la cabeza, produciéndole la impresión de que la haría estallar en cualquier momento.

Una mirada rápida por sobre el hombro le indicó que el caimán ganaba terreno. La distancia entre ambos se había acortado notablemente.

En esos momentos recordó Bomba los acontecimientos más salientes de su vida. Una idea le arrancó un sollozo. Pensaba en el pobre Casson que quedaría solo para hacer frente a los peligros de la jungla, al jaguar, al sucurujus, a la temible boa constrictor, y a los enemigos humanos quizá más terribles, que estaban decididos a destruirlo.

Otro pensamiento pasó por su cerebro. Era un anhelo profundo, aunque vagamente comprendido, que provocó en su alma una agonía terrible.

¡Los hombres blancos! Ahora no sabría nada respecto a ese mundo misterioso al cual regresaban ellos. Nada sabría. Nada sabría.

Las palabras se repitieron en su cerebro, mientras que sus doloridos músculos seguían esforzándose para robar unos momentos más a la eternidad de la muerte.

Echó otra mirada tras de sí. El espantoso saurio estaba más próximo y sus horribles dientes brillaban a la luz del sol. ¡Ya se le echaba encima! Bomba recogió las piernas instintivamente para escapar a la dentellada. Su mano se tendió hacia su machete.

¿Que era lo que sus ojos veían en su camino? El corazón del muchacho latió con renovada esperanza al descubrir un objeto chato que flotaba casi al alcance de su mano. Era una rústica balsa formada por cuatro troncos unidos con una cuerda de hierbas. Probablemente pertenecía a los caboclos, los cuales la habrían abandonado para emplear alguna balsa nueva o una canoa.

¿Podría llegar a ella? El caimán estaba muy próximo y se preparaba ya para echársele encima. A cada momento esperaba Bomba sentir la presión de los terribles dientes y ser arrastrado debajo de la superficie hacia el fondo del río, donde el saurio podría comérselo a su gusto.

El muchacho apeló a todas sus energías e hizo un último esfuerzo. Un poderoso impulso lo llevó unos metros más adelante. Era necesario que se aferrara de esa balsa. En ella estaba su seguridad. Lo amenazaba la muerte, y como cualquier otra criatura de la selva, se esforzaba por salvar la vida.

Un momento más y las abiertas fauces se cerrarían sobre su cuerpo, terminando así con su existencia.

La balsa estaba ahora sólo a dos centímetros de sus dedos... ¡un centímetro! ¡La tocaba ya! Se asió a ella, levantándose, volvió a caer, hizo un último esfuerzo y logró al fin tenderse sobre la primitiva embarcación.

Aun así estuvo a punto de perder la partida. En el momento mismo en que se tendía sobre la balsa se cerraron las mandíbulas del caimán con un ruido seco. El saurio se echó sobre la embarcación, inclinándola de tal modo que el muchacho tuvo que asirse del borde de la misma para no volver a caer al agua.

De nuevo renovó la bestia el ataque. Esta vez arrojó su cuerpo sobre la balsa y sus dientes se cerraron a escasos centímetros de las piernas de Bomba.

Sobre los troncos había una pesada pala que servía para dirigir la embarcación. Bomba la tomó con ambas manos y aplicó un terrible golpe al hocico del animal.

El caimán pareció sufrir bastante los efectos del golpe, pero continuó sus esfuerzos para subir a la frágil estructura. Luego Bomba le clavó la pala en las fauces abiertas y la empujó hasta incrustársela profundamente en la garganta.

Se oyó un gruñido de dolor e ira y el caimán cayó hacia atrás, tiñendo el agua con la sangre que manaba de su herida. Ya no le quedaban deseos de luchar. Estuvo nadando por un momento alrededor de la almadía, mirando con furia el banquete humano con que pensara regalarse, y luego se hundió en las profundidades del río.

Bomba había ganado, mas a costa de un terrible esfuerzo. Se sentó en la balsa completamente agotado e incapaz de mover siquiera un dedo.

Pero si su cuerpo estaba exhausto, su mente continuaba en actividad. Las mismas ideas que lo atormentaran unos momentos antes volvieron a presentarse a su mente con un aspecto más halagador.

¡Los hombres blancos! Volvería a verlos. Y si no era a Gillis y a Dorn, por lo menos conocería a otros de su raza.

Mientras estaba allí tendido, con el cuerpo reluciente por el agua, podría habérsele tomado por un nativo de la región. Su cuerpo fuerte y sus ágiles músculos podrían haber pertenecido a un caboclo de los que viajaban con frecuencia por el río.

Mas no así sus ojos. La expresión soñadora que los nublaba en esos momentos era la herencia de la raza blanca: la lucha de un alma por elevarse más arriba de las cosas físicas, el anhelo de algo más alto que una simple existencia animal.

¡Y era blanco! ¡Lo sabía! Aquellos hombres, esos seres de otro mundo, lo reconocieron como tal. Ellos también lo admitían. Ellos debían saberlo todo. Cuando estuvo en su compañía no se sintió ajeno a ellos como le sucedía cuando estaba en contacto con los indios. Se sentía a sus anchas frente a los blancos. Una corriente de mutua simpatía los había unido de inmediato.

Pero ahora se habían ido. ¿Cuándo volvería a verlos? Eran sus amigos. Le habían hecho regalos. Tocó los presentes con gran suavidad. Pero los hombres se habían ido. ¿Adónde? A algún lugar misterioso que él no hubiera podido imaginar, a un sitio donde los blancos hablaban y reían a menudo, golpeándose mutuamente las espaldas en señal de amistad.

Debía ser un país muy acogedor, se dijo Bomba, mientras miraba el río y la selva donde había tan pocos amigos. A él también le hubiera agradado charlar y reír y dar palmadas sobre las espaldas de los blancos.

Nunca había hablado mucho. Cody Casson era muy reticente. Tampoco reía con frecuencia, pues el anciano era un hombre melancólico.

Le habría agradado cambiar la vida de la tranquila choza, hablar y reír con Casson. Mas si no pudo hacerlo antes, ¿cómo conseguirlo ahora? El viejo no era ya el mismo; había olvidado todo lo que sabía; era como un niñito al que se debía cuidar y proteger del peligro.

El recuerdo de Casson puso punto final a sus meditaciones. Una vez más volvió a ser Bomba, el muchacho de la jungla, con toda la astucia de los animales de la selva. Ya no se

mostraban soñadores sus ojos; ahora brillaban alertas como los del viejo Geluk, el puma cuya piel cubría el cuerpo del muchacho.

Con la paleta que tan bien le sirviera para librarse del caimán, empujó rápidamente la balsa hacia un pequeño cabo en el que deseaba desembarcar.

Poco después saltaba a tierra. A su vista se extendía un ygapo, enorme pantano de varias millas de amplitud. Debía cruzarlo para poder llegar a su choza. La única otra alternativa era dar un rodeo por una ruta larguísima. Pero la idea de que Casson podría estar en peligro en esos momentos urgió al muchacho a correr el riesgo de aventurarse por el pantano.

No obstante, le desagradaba la región. Vagamente la imaginaba habitada por malos espíritus. Los altos árboles que se elevaban en grupos aislados proyectaban largas sombras sobre las aguas cenagosas, dándoles una apariencia lúgubre y siniestra. Aquí y allá, del pegajoso barro sobresalían enormes helechos. En ese fúnebre lugar no se oían los chillidos de los loros o los monos. No había allí más que hojas muertas y cieno traicionero, y el canto de los pájaros no interrumpía el melancólico silencio. Casi podría decirse que era un fragmento perdido perteneciente a un mundo desaparecido.

Bomba se abrió paso rápidamente por el ygapo, deprimido por el presentimiento de que el peligro acechaba en los alrededores de su choza. En una mano sostenía firmemente su fiel machete, mientras que en la otra empuñaba el revólver que le regalaran los blancos.

Sus ojos recorrían los pocos trazos de tierra firme en busca de señales de peligro. Era poco probable que hubiese por allí bestias salvajes, las que preferían la selva y los terrenos secos; pero el muchacho sabía que los reptiles podrían salir súbita-mente de las aguas o caerle encima desde uno de los árboles.

Empero, no tuvo necesidad de emplear sus armas mientras atravesaba el pantano. Recién cuando se acercaba al otro lado del ygapo se detuvo un instante al llegar a su olfato el olor inconfundible del humo.

¡Fuego!

Al principio no se sintió alarmado. Probablemente era una hoguera encendida por Casson fuera de la choza.

Pero un momento más tarde se dio cuenta de que la cantidad de humo que llevaba la brisa hasta el pantano no podría provenir de una fogata ordinaria. De inmediato reanudó la marcha con mayor apresuramiento.

Al llegar al otro extremo del ygapo ascendió a terreno más alto y experimentó gran alivio cuando sus pies pisaron tierra firme.

El muchacho echó a correr en procura de la choza. El humo denso que veía le preocupaba cada vez más. Ya no recordaba a sus amigos Gillis y Dorn. Sólo podía pensar en Casson. ¿Llegaría a tiempo al lado del anciano?

Tardó poco en llegar ala arboleda que bordeaba el claro que él y Casson abrieran en la selva para levantar su vivienda.

Al salir de entre los árboles una sola mirada le indicó que sus temores estaban plenamente justificados.

¡Las llamas estaban devorando la choza!

CAPÍTULO 9
SALVADO DE LAS LLAMAS

En dos saltos estuvo Bomba frente a la choza en llamas. Al avanzar a todo correr, gritó roncamente:

-¡Casson! ¡Casson! ¿Dónde estás?

Un gemido fue la única respuesta que obtuvo. Pero no era necesario que oyera más, pues de inmediato comprendió que su único amigo y camarada estaba atrapado en el interior de la vivienda. Era posible que ya estuviere perdido.

Bomba obró sin pérdida de tiempo. El taparrabos se le había mojado por completo durante su paso por el pantano. Se lo quitó apresuradamente y se lo ató sobre la nariz y la boca. Sabía que era fatal respirar ese demonio rojo al que los hombres llamaban fuego.

Una vez que tuvo el paño sobre la nariz, saltó hacia la entrada de la choza incendiada.

Por un momento le pareció que todo el mundo era un infierno de llamas. El terrible calor chamuscó sus carnes. Pero al fin consiguió pasar. El interior de la vivienda estaba lleno de humo y el calor era casi insoportable. El muchacho se sintió cegado por las lágrimas que afluían a sus ojos. Sólo le fue posible buscar a tientas, tropezando a cada momento, mientras llamaba a Casson con voz apenas audible.

Llegó un momento en que abandonó toda esperanza y se dijo que él y su amigo perecerían juntos. Luego sus manos tocaron algo que se movía.

¿Podría sacar a Casson de la choza antes de que las frágiles paredes se derrumbaran aplastándolos a ambos?

Aun mientras se formulaba esta pregunta, levantó en sus fuertes brazos el cuerpo exánime de Casson.

Semiahogado, casi ciego y con gran dificultad, avanzó a tropezones en la dirección en que creía que se hallaba la entrada. Se llevó por delante una pared y retrocedió, cayendo casi con su carga.

Con los pulmones a punto de estallar y los ojos doloridos a causa del humo, recobró el equilibrio y buscó de nuevo la salida.

Apretó la nariz y la boca de Casson con el mismo trapo que le tapaba las suyas y siguió andando a tientas hasta que al fin halló la puerta. Hizo una breve pausa, reunió todas sus energías, y se lanzó luego por entre las llamas hacia el aire libre.

El muchacho tendió a Casson en el suelo, a bastante distancia de la estructura en llamas, y con un movimiento rápido se quitó el taparrabos del rostro. Arrojó el paño que ya comenzaba a arder y lo aplastó con sus pies calzados de rústicas sandalias.

Luego se pasó la mano por sobre los ojos llenos de lágrimas y se inclinó para examinar a Casson. El viejo naturalista estaba consciente, y miró al muchacho con expresión de ruego.

-Estoy bien -jadeó al recobrar el aliento-. No te preocupes por mí. Salva la choza.

Débil como estaba, se levantó a medias, apoyándose sobre un codo, y miró hacia el único hogar que conocía.

Bomba lo empujó con una mano para que se volviera a tender.

-Bomba apagará el fuego -dijo en el tono conciliador que se emplea con un niño atemorizado-. Tú quédate tranquilo.

Sin más demora, el muchacho puso manos a la obra para salvar la casa que les había dado albergue durante tantos años.

Por fortuna, la parte principal del fuego se había radicado hasta el momento en una sola parte de la choza. Bomba tomó el cubo que usaban para hervir carne y empezó a hacer numerosos viajes hasta el arroyo que corría a pocos metros de distancia, vaciando el recipiente sobre la parte que aún quedaba intacta de la casa.

Cuando hubo empapado bien los costados libres del fuego, comenzó a trabajar con su machete, derribando una de las paredes ardientes y apagando luego el fuego con una enorme rama de palmera que usaba Casson para limpiar el interior de la vivienda.

Era una tarea dura y cansadora. Más de una vez se dijo el muchacho que perdía tiempo inútilmente. No sólo existía el peligro de que el fuego destruyera la choza, también existía la posibilidad de que se incendiara la selva hacia la parte trasera de la casa.

Muchos de los árboles cercanos eran cauchos, y al recordar esto Bomba reanudó la lucha con renovadas fuerzas. Gillis y Dorn buscaban esas plantas para la Corporación Cauchera Apex..., aunque el muchacho no sabía qué significaban estas palabras.

Bomba ignoraba que existían millones de plantas de caucho en toda la selva amazónica. Lo único que sabía era que los blancos las consideraban muy valiosas. Bien, entonces, protegería a esos árboles del fuego hasta que Gillis y Dorn se presentaran a reclamarlos. Era bueno poder hacer algo por esos blancos que habían sido tan bondadosos con él.

Así, pues, para salvar a los árboles y a su hogar, trabajó afanosamente mientras Casson lo observaba con ojos en los que brillaba una expresión desesperada.

Tardó mucho en conseguirlo, pero al fin llegó el momento de la victoria. La mitad de la choza había sido derribada o consumida por las llamas y la última chispa quedó extinguida.

Muy fatigado, con la piel chamuscada en una docena de partes, el muchacho se arrojó al suelo al lado de Casson, respirando jadeante.

-Ya ves -dijo en tono triunfal-, Bomba no dejó que el fuego tocara las plantas de caucho.

Casson lo miró intrigado.

-¿Las plantas de caucho? -repitió aturdido.

-Las de allá atrás -contestó el muchacho, indicándolas con un ademán-. Los hombres blancos necesitan los árboles de la goma. Los buscan con la ayuda de los caboclos. Salvé algunos para ellos.

El júbilo que se notaba en su voz tuvo la virtud de penetrar hasta el cerebro enfermo de Casson. El anciano tendió una mano temblorosa hacia Bomba, y por primera vez notó cuánto se había quemado el muchacho.

-Te llenarás de ampollas -dijo.

Bomba se miró el cuerpo con indiferencia.

-Sí -repuso-. Tú también estás quemado.

Sin decir más, se levantó en silencio y desapareció en la jungla. Volvió a presentarse poco después con varios puñados de barro del arroyo con los cuales cubrió las manos y el rostro de Casson, abriéndole luego la camisa a fin de ver si tenía el pecho quemado.

Desapareció de nuevo para volver con más barro que extendió sobre sus quemaduras. Luego se sentó al lado del anciano para reposar durante unos minutos.

-La choza ha quedado en malas condiciones -dijo al cabo de un momento-. Falta casi la mitad. La arreglaré.

Cody Casson no respondió. Era un anciano débil que contaría lo menos setenta años de edad. Poseía una cabeza bien formada y facciones que en otro tiempo debieron haber sido muy agradables, aunque estaban ya profundamente surcadas por el paso de los años y a causa de las penurias que sufriera. Su expresión era benigna y simpática. Sus ojos azules habían sido otrora claros y penetrantes, aunque en la actualidad presentaban esa expresión vacua característica de los que tienen las facultades mentales debilitadas.

En ese momento parecía estar reconcentrado en algo. A poco miró a Bomba con una expresión que el muchacho conocía muy bien por haberla visto muchas veces en otras oportunidades.

El viejo naturalista estaba tratando de recordar algo concerniente a los pasados acontecimientos de su vida, de la cual Bomba nada sabía.

-Algo dijiste... respecto... respecto a hombres blancos -expresó de pronto, hablando con lentitud y como si tuviera que esforzarse para poder pronunciar las palabras de acuerdo con sus pensamientos-. ¿A qué te referías?

Bomba se sintió dominado por una curiosa timidez. No podía decir a Cody Casson todo lo que pensaba respecto a los blancos, ni explicarle las vagas ideas que despertaran en su cerebro su encuentro con ellos. ¿Cómo explicar a otro lo que ni él mismo alcanzaba a comprender del todo? Era el muchacho una criatura de la selva, incapaz de expresarse con claridad, razón por la cual era profundamente emotivo.

Interrogado ahora por Casson, sólo pudo relatarle sencillamente los detalles de su encuentro con los caucheros, explicando cómo se había acercado a ellos atraído por la detonación del palo de hierro, cómo los ayudó a defenderse de los hambrientos jaguares, y cómo ellos le habían regalado la armónica, los fósforos y el revólver.

Exhibió esos tesoros con gran orgullo, y hasta ejecutó algunas notas quejumbrosas en el instrumento.

Luego levantó el revólver cuidadosamente.

-Me dijeron que tú me enseñarías a usar esto. Algo me explicaron. Es como tu palo de hierro. Dispara fuego azul y una cosa que ellos llaman cartucho o bala. Mira, me dieron algunos.

Y muy complacido sacó de su morral las cajas de proyectiles.

Casson miraba al muchacho de la selva con expresión fascinada. Bomba se asustó al verlo así. Se interrumpió en la mitad de lo que estaba diciendo y tocó tímidamente el brazo del anciano.

-¿Estás enfermo? -preguntó con ansiedad-. Iré al ygapo para traerte algunas hierbas.

Estaba poniéndose de pie cuando lo detuvo la mano de Casson que se aferró a su brazo.

-¡No, no! ¡No estoy enfermo! -exclamó el viejo-. Tú eres un muchacho blanco, de la misma raza que esos hombres. No deberías estar enterrado aquí en la jungla. Esto está bien para un anciano, para el... viejo... Casson...

Se apagó su voz.

Bomba contempló al anciano con gran ansiedad. Le latía con fuerza el corazón. ¿Estaría por abrirse al fin la puerta que se cerrara sobre la memoria de su viejo amigo? ¿Se enteraría de algo respecto a su familia y parientes? Según recordaba, ésas fueron las extrañas palabras empleadas por los dos caucheros.

Desde largo tiempo atrás sabía que era blanco, y a menudo se sintió jubiloso por esa causa. ¿Pero qué significaba ser blanco?

En primer lugar sabía que la palabra se refería al color de la piel. La suya era diferente de la de los caboclos que viajaban por el río y la de los indios que vivían en el corazón de la jungla.

Pero debía tener un significado más profundo aún. Ser blanco no sólo significaba ser diferente, sino también pensar, obrar y vivir de una manera distinta. ¿Qué era lo que lo diferenciaba a él, a Casson y a sus dos nuevos amigos de los nativos de piel oscura o cobriza?

El problema era demasiado profundo para Bomba, y lo dejaba perplejo a la vez que lo fascinaba. Instintivamente sabía que Cody Casson poseía la solución, o al menos que la había poseído en los días anteriores a la explosión del palo de fuego.

El muchacho volvió hacia el naturalista con un movimiento felino. Quería interrogarle, descubrir la verdad, mas no sabía cómo empezar.

Empero, el viejo Casson, rebuscando en su mente, habló de pronto por su propia voluntad.

-Trato de recordar -murmuró, mientras Bomba se inclinaba más hacia él, ansioso de no perder una sola palabra-. Me esfuerzo, pero hay algo que se cierra en mi mente como una puerta, dejándome afuera, dejándome afuera...

Era doloroso verlo esforzarse por hacer funcionar su cerebro. Bomba se quedó como tallado en piedra, temeroso de que cualquier movimiento pudiera interrumpir la ilación de las ideas del anciano.

Casson comenzó de nuevo, hablando con rapidez y gran emoción.

-Es por ti que quiero recordar, Bomba. ¡Por ti! ¡Te lo debo! Estoy tratando de pensar... Me esfuerzo todo lo posible... De nuevo se cierra la puerta... Ayúdame a abrirla. ¡Ea, casi lo recuerdo! Bartow... Empuja fuerte, Bomba... Tratemos de recordar... Laura, mi querida y dulce Laura... ¡Oh, no puedo! ¡No puedo! La puerta se ha cerrado. No puedo... no puedo...

La última palabra fue un grito.

Con un gemido de desesperación, Cody Casson se volvió boca abajo, aferrándose a las malezas y rompió a llorar desconsoladamente.

CAPÍTULO 10
EL GRITO DE ADVERTENCIA

Esta demostración de emotividad por parte de Casson turbó e intrigó a Bomba. Ante ella se quedó mudo, aunque se despertaba en él un tremendo anhelo de consolar a su amigo. Pensó que los hombres blancos le habrían dado una palmada en la espalda y reído de buena gana para hacerlo sentir mejor. Pero él no pudo hacerlo. Lo contuvo una extraña turbación, de modo que se quedó mirando a Casson y sufriendo con él, pero incapaz de decir nada.

La tormenta duró poco. Se aflojaron los dedos crispados del anciano y un largo suspiro hizo estremecer su cuerpo.

Al ver esto, Bomba lo hizo volver con mucha suavidad y, reuniendo algunas hojas caídas, las colocó a manera de cojín debajo de la cabeza de su amigo.

-Espera aquí y descansa -le ordenó-. Yo iré a buscar algunas hierbas.

Esta vez Casson no presentó objeción alguna. Parecía exhausto y apático. Su pobre mente no se esforzaba ya por recordar los acontecimientos del pasado. Hasta era dudoso que se diera cuenta de que Bomba se había alejado.

El muchacho regresó poco después con un puñado de hierbas que puso en la olla. Echó sobre ellas agua del arroyo y colocó el recipiente sobre un montoncito de ramillas entrecruzadas.

De su morral sacó entonces sus preciosos "palitos de fuego", como llamaba a los fósforos que le dieran Gillis y Dorn. Tenía la idea de encender el fuego con uno de ellos.

Muy entusiasmado rascó la cabeza de uno de los fósforos sobre una piedra cercana. Mientras se hallaba en el campamento de los blancos el milagro se había repetido a cada momento. Después de rascar la cabeza del fósforo había salido del mismo una llamita. Pero, para su gran asombro, falló su experimento. El fósforo no se encendió.

Bomba se sentó en el suelo y contempló el fósforo con profunda atención. Había ocurrido algo que no acertaba a comprender. Bajo la dirección de los buscadores de caucho había hecho fuego con el palito tan fácilmente como ellos. ¿Qué ocurría ahora?

Probó con otro fósforo y luego con otro; pero cuando continuaron fallando, Bomba los arrojó de sí con cierta violencia.

Dejando escapar un gruñido de disgusto, apeló a su sistema del tazón y el palo, y muy pronto tuvo el fuego encendido.

El muchacho se sintió turbado y afligido por el incidente. No podía saber que los fósforos se habían arruinado debido a su paso por las turbulentas aguas del río. Ni Gillis ni Dorn recordaron decirle que el agua robaba su magia a esos extraños palitos de fuego.

Así, pues, Bomba razonó que era él quien tenía la culpa. Debía haber perdido su habilidad desde que se despidiera de los blancos. De manera algo vaga pensó que de nuevo caía en ese tembladeral de ignorancia y soledad del cual lo sacara momentáneamente su encuentro con los hombres blancos.

¿Sería blanco realmente? ¿No había vivido demasiado tiempo en la selva para poder escapar a ese otro mundo misterioso tan diferente del que conocía? Estaba seguro de que Gillis o Dorn podrían haber encendido el fósforo. ¡Cuánto le faltaba para llegar a ser como ellos! ¿Podría alguna vez elevarse hasta el mismo plano que sus amigos blancos?

Pero desechó esas ideas melancólicas y dedicó toda su atención al trabajo que tenía entre manos. Las hierbas que hervían en la olla despedían un olor aromático y algo sofocante. Bomba había aprendido el secreto de las hierbas medicinales de Cándido, un pobre caboclo medio demente que viajaba por toda la selva, alimentándose de huevos de tortuga, peces y la caza que podía derribar con sus flechas.

Cándido era el único nativo que había brindado su amistad a Bomba. Él era quien le enseñó el secreto de la preparación de hierbas medicinales, indicándole dónde debía buscar las plantitas a lo largo del arroyo.

Desde entonces, este remedio primitivo había servido al muchacho para todos los males que sufrieron él y Casson. Sus cualidades tónicas eran extraordinarias. En cierta oportunidad lo había tomado Bomba para curarse de la picadura de una víbora venenosa, y como no había muerto, creía implícitamente en la panacea de Cándido.

Así, pues, cuando el caldo hubo adquirido la consistencia deseada, el muchacho hizo una taza con una hoja y echó en ella parte del humeante líquido. Haciendo sentar al anciano, acercó a sus labios el primitivo recipiente y le ordenó que bebiera.

-Te hará bien-declaró, y Casson bebió la dosis sin resistirse.

Poco después el anciano pareció haberse recuperado notablemente e insistió en sentarse, apoyando la espalda contra un árbol. Desde ese punto observó a Bomba mientras el muchacho se preparaba para limpiar las ruinas que dejara el fuego.

El muchacho de la selva trabajó afanosamente y con gran rapidez. No era tarea fácil limpiar las ruinas, gran parte de las cuales estaban todavía calientes. Además, la noche se acercaba a pasos agigantados. Más adelante reconstruiría la parte dañada de la choza. Por el momento era suficiente que preparara un lecho para Casson y encendiese una hoguera que mantuviese apartadas a las bestias de la jungla.

Mientras trabajaba notó Bomba que los ojos de Casson estaban siempre fijos en él. Sabía que el anciano naturalista se esforzaba nuevamente por abrir esa "puerta cerrada" de su mente.

Al fin terminó su tarea. Dentro de la choza tenía gran cantidad de hojas y ramas para que sirvieran de lecho a su viejo amigo. Encendió una hoguera lo bastante lejos de la choza como para no hacerla peligrar de nuevo, pero lo suficiente mente cerca como para alejara los merodeadores nocturnos. El muchacho fue a buscar agua al arroyo que pasaba detrás de la vivienda, y al retornar puso de nuevo la olla al fuego a fin de preparar la comida de la noche.

No había alimentos disponibles, pues Bomba no había traído nada de su viaje al campamento de los blancos. A pesar de su cansancio, estaba por internarse en la selva en procura de alguna pieza, cuando lo contuvo la voz débil de Casson.

-Hay huevos de tortuga -dijo el anciano-. Los encontré esta tarde cuando estaba observando a las ciganas, esos pájaros castaños que tienen la cabeza adornada por una corona. Están allí, más allá de esa piedra chata.

Indicó el sitio en que había ocultado el alimento. Agradecido por no tener que alejarse, Bomba tomó los huevos y los echó dentro de la olla llena de agua hirviendo. Los huevos de tortuga eran siempre una golosina para los habitantes de la selva.

Cuando estuvieron listos, el muchacho los llevó hasta donde estaba Casson y los dos se sentaron en el suelo para comer su sencilla cena.

Bomba estaba fatigado y hambriento. Ingirió varios huevos a la usanza de la selva, o sea quitándoles la parte superior y apretando luego la blanda cáscara hasta que la clara y la yema salían por la abertura. Transcurrió largo rato antes de que su apetito se hubiera apaciguado lo suficiente como para permitirle conversar.

Recién entonces dijo a su amigo:

-¿Por qué te quedaste en la choza cuando se quemó? Si no hubiera llegado yo a tiempo te habrías quemado vivo. Casson asintió, pasándose la mano por la frente como si se sintiera aturdido.

-Eso es lo que me asombra -dijo-. Había caminado tanto por la selva que me sentía muy cansado, y cuando llegué a casa me tendí para reposar. Debo haberme quedado dormido, y cuando desperté la choza estaba llena de humo. De inmediato adiviné lo que sucedía, y traté de levantarme para salir, pero me fallaron las fuerzas...

-¿Te cegó el humo? -inquirió Bomba.

-No -de nuevo se pasó Casson la mano por la frente-. Tenía el cerebro lúcido y el humo no me atontó. Era debilidad lo que sentía. No puede moverme. Comprendí que si no llegabas tú a rescatarme, debía quedarme tendido en el lecho y morir quemado.

Bomba reflexionó un momento con el ceño fruncido. Estaba preocupado. El anciano debía estar más débil de lo que él había creído. Era necesario que lo cuidara mucho.

Esto le hizo hablar de los indios, de quienes se había olvidado en la excitación de los últimos momentos.

-Corres peligro si te internas mucho en la jungla -advirtió al anciano-. Los cazadores de cabezas han venido desde la Catarata Gigante. Te matarán si te encuentran cuando no esté yo presente.

Casson se encogió de hombros. Había dejado de dar importancia a su vida largo tiempo atrás.

- No les temo -respondió sencillamente.
- Pero yo temo por ti -manifestó el muchacho-. Son mala gente. Algunos de la tribu han estado enfermos y otros han muerto. Dicen que tú eres el culpable y que si te matan ya no se enfermará ninguno de ellos.

Una leve sonrisa curvó los labios del anciano.

-Son tontos -dijo-. Jamás he hecho daño a nadie. Los ayudaría si pudiera.

-Ya lo sé. Así se lo dije a uno de ellos. Le aseguré que eres su hermano y muy bueno. Pero no quiso escucharme. El médico brujo dice que tú debes morir.

Casson no se mostró muy interesado en el asunto.

-Son como niños -repuso-. Un día piensan una cosa y al día siguiente cambian de idea. Además, vienen de muy lejos y no conocen esta parte de la selva. Buscarán durante meses sin encontrarnos.

Tanto optimismo desesperó a Bomba. ¿Qué podía hacer contra la indiferencia de alguien a quien no le asustaba la idea de morir?

-No saben dónde estamos -admitió-: pero los caboclos que viven aquí están bien enterados. Es posible que apresen a uno de ellos y le hagan daño hasta obligarlo a decirle dónde vivimos. Entonces él tendrá que decirlo.

-¿Y que importa que así sea? -suspiró Casson-. ¿Qué importa que vengan? Quizá podamos hablar con ellos y demostrarles lo tontos que son. Si tenemos que luchar, lucharemos. Si nos matan será porque ha llegado nuestra hora.

Pero este fatalismo no agradaba en absoluto al muchacho. La vida corría con fuerza por sus venas, y estaba decidido a conservarla lo más posible.

-Escucha -dijo-. Fortificaré esta casa apilando rocas contra las paredes. En el arroyo está la canoa. Sí los oyes acercarse o ves señales de ellos por la selva, vete a la canoa y aléjate hacía el río. Ellos no tienen embarcaciones, y en el agua no se encuentran las huellas. Te enseñaré a usar el palo de hierro. Los cazadores de cabezas se asustarán si oyen sus disparos. Quizá crean que tenemos una magia muy grande y se alejarán.

Eran muy tenues las esperanzas del muchacho, pero su corazón valeroso no se amilanó ante el peligro. La vida en la jungla era un riesgo constante, pero su gran ingenio y su valor indomable le habían bastado hasta entonces para continuar existiendo y hacer frente al futuro.

Durante largo rato estuvieron ambos en silencio. Casson se hallaba entregado a sus meditaciones y Bomba repetía para sus adentros las dos palabras que pronunciara el anciano: "Bartow" y "Laura".

¿Qué habría querido decir su amigo? ¿Qué estuvo a punto de confiarle?

El muchacho lo ignoraba. Pero de una cosa estaba seguro: jamás olvidaría esas dos palabras. Tal vez algún día llegaría a averiguar su significado. ¿Pero cómo? ¿Se abriría esa puerta que encerraba la mente de Casson? ¿Tendría que buscar la solución del misterio en ese otro mundo exterior, ese mundo de los hombres blancos?

Bomba durmió muy inquieto aquella noche. Varias veces se levantó para reavivar el fuego. Recién al acercarse la mañana cayó en profundo sueño.

Despertó súbitamente al oír un grito de horror que había lanzado Casson.
Otro grito, esta vez de advertencia, terminó de volverlo a la realidad.
-¡Bomba!

Librodot

CAPÍTULO 11
ATACAN LOS VAMPIROS

Bomba despertó de inmediato. Quiso incorporarse, pero volvió a caer de espaldas. Sus miembros parecían terriblemente pesados.

En ese momento llegó a sus oídos otro grito agudo lanzado por su amigo

-¡Vampiros! ¡Los vampiros chupadores de sangre! ¡Rápido, Bomba!

Al acostumbrarse los ojos del muchacho a la penumbra reinante, vieron a la horrible criatura que provocara la advertencia de Casson: un vampiro tan grande como un halcón, con alas que extendidas medían más de sesenta centímetros.

Fiel a su costumbre, el horrendo animal había atacado a su víctima mientras ésta se hallaba dormida. Se había posado sobre los pies de Bombay le chupaba la sangre, mientras que sus grandes alas se movían lentamente a fin de adormilar más al muchacho.

Bomba estaba tan fatigado por sus correrías del día anterior que la tarea del murciélago había sido sencilla, y el animal pudo chuparle la sangre durante largo rato sin que nada lo molestara.

De inmediato comprendió el muchacho lo que le ocurría. Esta era la razón de que no pudiera mover las piernas. El vampiro debía haberle chupado gran cantidad de sangre para debilitarlo de tal manera.

El animal continuaba sobre sus pies, moviendo lentamente sus alas para adormecerlo nuevamente.

Una furia salvaje dominó a Bomba al verse tan impotente.

Con un esfuerzo sobrehumano, logró sentarse y mover sus piernas semiparalizadas.

El vampiro se apartó del pie del muchacho y se elevó unos centímetros, fijando sus ojos malignos en el rostro de su víctima. Bomba se dio cuenta de que el animal, con el instinto de su especie, estaba al tanto de su debilidad y no se dejaría asustar fácilmente.

En ese momento Casson dejó escapar otro grito y otros dos vampiros entraron volando en la choza en ruinas. Lanzando una ronca exclamación, Bomba se puso de pie con un esfuerzo y tendió la mano hacia el pesado garrote que siempre tenía junto a sí cuando dormía. Con la otra mano asió su machete y se volvió resuelto a enfrentarse a los invasores.

Pero en ese momento trastabilló y estuvo a punto de caer. Se sentía extraordinariamente débil. A duras penas podía sostener las armas. Aun para levantarlas por sobre su cabeza debió hacer un esfuerzo gigantesco.

Llamó a Casson con la esperanza de que el anciano le prestara ayuda; pero el naturalista estaba tendido en su lecho improvisado, y sus ojos se fijaban en las horribles criaturas con la expresión temerosa y fascinada de un niño atemorizado.

Bomba lanzó un gemido. Como no le era posible sostener el peso de ambas armas, dejó de lado el garrote y levantó el machete, avanzando hacia el enemigo.

Se oyó el batir de numerosas alas y los vampiros se echaron sobre él como una nube negra.

Bomba retrocedió ante la furia del ataque, golpeándolos con el machete, mientras que con el otro brazo se protegía el rostro del azote de las crueles alas.

Adivinando su debilidad, los murciélagos se tornaron más audaces y malignos. Se echaron encima de él, golpeándole en la cabeza y el cuerpo. El muchacho sintió un dolor agudo en el brazo que protegía su cara y notó que la sangre le corría lentamente por la piel.

Bajó el brazo y se sacudió el rojo líquido. De nuevo blandió el machete, y esta vez halló el blanco, pero el golpe fue muy débil, y en lugar de herir seriamente a su enemigo, sólo consiguió enfurecerlo más.

Se produjo otro ataque concentrado, y Bomba cayó al suelo ante el empuje de las alas. En la caída perdió el machete. ¡Estaba indefenso!

Furioso por su impotencia, Bomba golpeó con ambos puños. Pero sus astutos enemigos esquivaron los golpes y renovaron su ataque con mayor arrojo.

El muchacho no pudo ver que Casson se había levantado de su lecho y trataba de ponerse de pie. Aunque lo hubiera visto, poca habría sido su esperanza. Antes de que su debilitado amigo pudiera prestarle ayuda, los furiosos animales terminarían con él.

Sus golpes lograron mantener a raya al enemigo durante unos segundos, y el muchacho quedó completamente agotado por el esfuerzo. Sus músculos se negaban a obedecer el mandato de su voluntad. Sus manos cayeron sin fuerza, y de nuevo se posaron los vampiros sobre él.

Otra vez se protegió el rostro con los brazos, y los animales le mordieron una veintena de veces. La sangre manaba profusamente de sus heridas. Uno de los vampiros se había posado sobre su pecho y su peso parecía aplastar a Bomba, ahogándolo. Un momento más y acabarían con su vida.

Dando un ronco grito, trató de apartarlo con el brazo. Sus dedos llegaron entonces al suelo y tocaron algo duro y frío. ¡El revólver que le regalaran los blancos!

¿Qué fue lo que emocionó tanto a Bomba cuando su mano asió el cañón del arma? ¿Qué significaba ese entusiasmo que fortaleció su cuerpo al tocar el gatillo? Era una emoción heredada de varias generaciones de antecesores blancos, la sensación de poder casi ilimitado que el contacto con un arma de fuego da a su poseedor.

Apelando al resto de energía que le quedaba, Bomba gritó a Casson que se apartara.

-¡El palo de fuego! -dijo-. ¡Dispararé!

El anciano, comprendiendo lo que quería decirle, retrocedió hacia el rincón más lejano de la choza.

Bomba sintió que le dolía terriblemente el brazo. Las poderosas alas lo habían maltratado terriblemente. Le parecía que no le quedaban ya fuerzas para moverse. Esa sensación de debilidad le advirtió que debía obrar con rapidez si quería continuar viviendo.

Lentamente levantó el revólver y apoyó la boca del cañón contra el cuerpo del vampiro que se posaba sobre su pecho. Luego cerró los ojos, contuvo el aliento y oprimió el gatillo.

Se oyó una estruendosa detonación, resonó un agudo chillido, y el vampiro quedó convertido en una masa sangrienta que cayó al suelo.

El ruido del disparo había asustado a los otros dos animales, y ambos se elevaron a poca distancia, batiendo el aire con sus enormes alas, sin saber si volver al ataque o apelar a la fuga.

Aliviado de su peso, Bomba se levantó apoyándose sobre el codo izquierdo y de nuevo alzó el mágico regalo de los hombres blancos.

A pesar de su fatiga y la debilidad producida por la pérdida de sangre el muchacho se sentía lleno de júbilo. Con esa arma maravillosa había logrado hacer lo que no pudiera cumplir con el garrote y el machete.

Pero le quedaba poco tiempo para entregarse a su alegría. Pasado el primer momento de temor, los murciélagos resolvieron no dejar escapar a su presa y de nuevo volvieron al ataque.

Esta vez Bomba estaba listo para recibirlos.

Casson, que lo observaba desde su rincón, vio que el muchacho levantaba lentamente el revólver. Bomba esperó hasta que el primero de sus atacantes estuvo casi sobre él. No se sentía en absoluto seguro de su habilidad para manejar el arma mortífera, y deseaba no correr el riesgo de errar el tiro.

Se oyó otra detonación, el segundo murciélago batió las alas desesperadamente, y quedó tendido en el suelo. Ya no le llevaban tanta ventaja sus enemigos. Pero el animal que quedaba con vida se lanzó furiosamente contra la cabeza del muchacho.

Bomba oprimió de nuevo el gatillo, pero sólo le respondió el ruido seco del metal al chocar contra el metal. Dos veces más intentó disparar, pero fue inútil que lo hiciera.

El vampiro ya le caía encima.

Obrando puramente por instinto, el muchacho hizo girar el revólver en su mano y golpeó a su enemigo con la culata del arma, dándole de lleno en su fea cabeza y derribándolo al suelo atontado.

Bomba no sabía si estaba muerto o no; pero decidió asegurarse, y continuó golpeándolo hasta que el animal quedó convertido en una masa informe y sin vida.

Así terminó la batalla que había sido como una pesadilla. En todas las peleas en que debió intervenir, Bomba había estado siempre en plena posesión de sus sentidos. Pero en ese feroz combate, la pérdida de sangre y la debilidad consiguiente los habían situado en completa desventaja con respecto a sus enemigos.

Mas no le había fallado el valor. Su indomable espíritu de luchador lo condujo por el sendero de la victoria.

Se quedó tendido en el suelo, respirando jadeante, y pasó largo rato antes de que pudiera incorporarse.

Al fin apartó de sí los cadáveres de los vampiros, lanzando un gruñido de disgusto. Luego contempló el revólver con expresión extraña.

-Ahora soy como los blancos- dijo a Casson, cuando éste se le acercó arrastrándose-. ¡Sé usar el palo de fuego!

Librodot

CAPÍTULO 12
KIKI, WOOWOO Y DOTO

La alegría de Bomba se empañó un tanto cuando recordó que su valiosa arma no había funcionado la última vez que apretara el gatillo.

-Está roto y no hay otros hombres blancos que me den otro -gimió.

Casson tomó el revólver y lo examinó con atención. Largos años atrás había sido un experto tirador y conocía muy bien el mecanismo de las armas de fuego.

Abrió el arma para revisar el tambor.

-Aquí está el defecto -dijo, al ver que todas las balas habían sido disparadas-. No puede disparar si está lleno de cápsulas vacías. No lo tenías bien cargado.

-¡Pero estaba completamente cargado cuando me alejé del campamento de los blancos! -exclamó Bomba, interrumpiéndose al recordar que el día anterior había querido probar su puntería y disparó tres de las balas contra un árbol.

Sintió gran alivio al solucionar así el misterio, y volvió a cargar el revólver de inmediato, decidiendo en ese momento no acostarse a dormir o salir hacia la selva sin antes haber cargado por completo el revólver con los cinco proyectiles, cada uno de los cuales podría significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Mientras empujaba los cadáveres de los vampiros hacia el exterior se le ocurrió una idea.

-Quizás había estado aquí uno de ellos -dijo a Casson-, y es eso lo que lo hizo volver esta noche con los otros.

-¿Por qué lo crees así? -inquirió el anciano, mirándolo con cierta sorpresa.

-Porque estabas tan débil cuando te encontré en la choza -repuso Bomba-. Es posible que el vampiro te haya chupado la sangre mientras dormías. Luego comenzó el incendio, y el humo debe haber asustado al animal. Pero te había extraído tanta sangre que tú no tuviste fuerza para salir de la casa cuando sentiste el calor de las llamas.

-No se me había ocurrido eso, pero quizás así sea -admitió Casson-. Sé que jamás me sentí tan débil como entonces. Me parecía como si no pudiera mover las piernas ni los brazos, y tal vez es por eso que esta noche no te pude ayudar. Quería hacerlo y lo intenté. Hubiera dado la vida por estar a tu lado. Mas no me fue posible.

Aunque a duras penas podía moverse, Bomba marchó hacia el arroyo y se lavó las heridas. Luego sacó un ungüento curativo y lo aplicó a todos los sitios en que había sido mordido. Hecho esto, cayó en su lecho improvisado y estuvo descansando hasta la llegada del día.

Fue entonces cuando su vitalidad y perfecto estado de salud le valieron de mucho. De haber sido menos resistente podría haber sucumbido a causa de la gran pérdida de sangre.

No obstante su fortaleza, transcurrieron varios días antes de que se recuperase por completo. Tuvo que renunciar por el momento a la caza y a la pesca, ya que no podía aventurarse a entrar en la selva.

A medida que iba fortaleciéndose, se ocupó en reconstruir la parte de la choza que arruinara el fuego. La vivienda que habitaban desde varios años atrás era sencilla en extremo, aunque comparada con los primitivos albergues de los indios era casi un palacio.

Tenía cuatro paredes y una puerta por la que entraban la luz y el aire, mientras que muchas de las chozas de los caboclos sólo tenían un techo y estaban abiertas por los cuatro costados, exponiendo a sus moradores a la furia de las tormentas tropicales. Las de los nativos que habitaban en lo más profundo de la selva eran aún más simples y por lo general consistían en hamacas de algodón colgadas entre dos árboles y un par de gigantescas hojas de palmera unidas en lo alto para que sirviesen de techo.

Había un piso de madera colocado por Casson largos años atrás, y les servía para mantenerse alejados de los escorpiones y las víboras que habitaban en el ygapo. La vivienda había tenido dos hamacas, las cuales destruyó el fuego, algunos viejos cajones cuyas marcas borrara el transcurso del tiempo, un cofre en el que Casson guardaba su preciosa colección de mariposas y flores, algunos libros científicos, unos cuantos utensilios de cocina muy viejos, y algunas piezas de vajilla de loza en muy malas condiciones.

La vestimenta de los moradores de la choza era tan primitiva como el moblaje. Casson vestía un viejo par de pantalones llenos de remiendos y una andrajosa camisa de algodón que lavaba de cuando en cuando en el arroyo. Pero Bomba, hijo de la jungla, prefería el atavío de los indios, o sea el taparrabos al que agregó la piel del puma para protegerse del frío cuando se veía obligado a dormir al raso durante la noche.

El muchacho trabajó afanosamente en la reconstrucción de la casa, la cual estaba decidido a fortificar lo más posible a fin de que sirviera de fuerte en caso de que los atacaran los cazadores de cabezas. Utilizó para ello ramas de un árbol durísimo que crece en abundancia en la selva amazónica. Luego rellenó todos los intersticios con barro, el que al ser expuesto a los fieros rayos del sol tomó la consistencia de la piedra. Después lo aseguró todo con una fuerte cuerda de hierbas entrelazadas, y completó su tarea apilando piedras y montones de barro contra la parte inferior de las cuatro paredes.

Y en todo momento mientras trabajaba así afanosamente, pensaba Bomba en las dos palabras que pronunciara Casson cuando se enteró de su visita al campamento de los blancos.

"Bartow", "Laura". Las repitió para sus adentros quizás mil veces. ¿Qué significaban? ¿Qué importancia tenían para su vida y su destino?

Varias veces estuvo a punto de pedir a Casson que se lo explicara. Pero recordó a tiempo el terrible paroxismo de desesperación que sufriera el anciano la última vez que dijera esas palabras. El muchacho temía provocar una escena similar. Casson podría morir a causa de una emoción tan profunda, y como lo amaba tanto, no quiso poner en peligro su vida molestándolo con sus preguntas.

Al cabo de pocos días la choza estuvo terminada. Bomba se sentía orgulloso de su habilidad, y aun Casson salió de su apatía usual para felicitarlo.

Pero una vez finalizada la tarea y recobradas ya sus fuerzas, el muchacho se sintió dominado por un desasosiego insoportable. Casson, hombre melancólico y poco amigo de conversar, no era compañía adecuada para un mozo de su edad.

Bomba deseaba internarse en los senderos de la jungla. Allí estaban sus enemigos, pero también tenía numerosos amigos. Iría a ver a los dos loros llamados Kiki y Woowoo, al mono gigante Doto y a Tatuc, el jefe de la tribu de los monos. Exceptuando a Casson, eran ellos sus mejores amigos. Con ellos se entendía perfectamente. Rara vez se sentía solitario en su compañía.

Era muy mala la soledad. Ese dolor resultaba para Bomba más terrible que el de la carne lastimada. Huía de él como no habría huido de un dolor físico. Se trataba en realidad del anhelo profundo de hallar a otros de su clase; aunque el muchacho sabía solo que era una extraña enfermedad, un dolor perteneciente a una parte misteriosa de su ser a la que no conocía.

Así, pues, al sentir que la enfermedad comenzaba a molestarle sintió el impulso irresistible de huir de ella y de buscar el olvido entre los únicos amigos que conocía.

Bomba decidió llevarse consigo la armónica y sus ojos relucieron al ocurrírsele la idea. Ya había aprendido a arrancar del instrumento los sonidos que le agradaban. Quizás les agradaría a sus amigos que les diera una demostración de su habilidad. Al menos, se llevarían una sorpresa.

El muchacho tenía dos buenas excusas para justificar su viaje ante Casson. Necesitaban carne, pues se habían estado alimentando de huevos de tortuga y la monotonía de la dieta les resultaba cansadora. Además, deseaba ponerse en contacto con los nativos más amigos y pedirles un par de hamacas para reemplazar a las que destruyera el fuego.

Cuando anunció sus intenciones, Casson no hizo más que asentir distraído y continuó con lo que estaba haciendo. Así pues, Bomba tomó su machete, su arco y flechas, su precioso palo de fuego y su armónica y se internó en la selva después de haber recomendado a Casson que estuviera alerta por si se presentaban los cazadores de cabezas, y que, si tenía tiempo para ello, tratara de escapar por el río.

No había marchado mucho tiempo cuando comenzó a ver entre los árboles las caras de sus salvajes amigos que lo observaban con gran atención.

Los llamó con suavidad y se le acercaron. Kiki y Woowoo se posaron sobre sus hombros y le dieron cariñosos picotazos en las mejillas.

Doto el enorme mono iba saltando de rama en rama por encima de su cabeza, arrojándole de vez en cuando un puñado de ramillas. Bomba se sintió más calmado y alegre.

Los habitantes de la selva lo querían y confiaban en él. Esto se debía seguramente a que era uno de ellos y pertenecía a la selva. Así lo pensó en ese momento.

Empero, una voz misteriosa parecía decirle al oído que estaba en un error. No pertenecía a la selva. No era un caboclo. ¿Qué era entonces? ¿Adónde estaba su hogar?

¡Bartow! ¡Laura! Se dijo que en esas dos palabras debía estar la solución del enigma. Una y otra vez se presentaron las palabras a su mente, hasta que le pareció que hasta los monos debían oírlas.

Al sentir que de nuevo lo asaltaba la soledad, Bomba se sentó sobre un tronco y sacó la armónica de su morral. Reuniría a sus amigos a su alrededor. Ellos lo ayudarían a rechazar la enfermedad que llegaba de la nada y no dañaba su cuerpo, sino esa misteriosa parte de su ser que le era desconocida.

Pero las primeras notas quejumbrosas de la armónica produjeron un efecto muy raro en los habitantes de la jungla. Habían comenzado a agruparse alrededor del muchacho, como lo hacían siempre que él se presentaba entre ellos. Mas al oír el quejido de ese objeto curioso que Bomba tenía en la boca todos desaparecieron como por encanto.

El muchacho se quedó muy sorprendido, pero al cabo de un momento sonrió alegremente.

-¡Doto! ¡Doto! -llames. ¿Dónde estás?

Se movieron las hojas de un árbol cercano y Doto espió cautelosamente por entre las ramas. Tenía la frente fruncida y por su cómica expresión parecía preguntarse si Bomba le estaría jugando una broma pesada.

-¡Mira! La música es agradable y no hace daño a Doto. El muchacho ofreció la armónica al mono a fin de que éste la pudiera ver mejor.

-Música agradable -dijo-. ¡Escucha!

Una vez más se llevó el instrumento a los labios y ejecutó una nota quejumbrosa que resonó en el silencio de la jungla.

La respuesta que recibió fue tan sorprendente como inesperada.

Se oyó un rugido atronador, se agitaron las malezas, y un enorme jaguar se presentó a su vista.

CAPÍTULO 13
EL PODER DE LA MÚSICA

Bomba se sorprendió tanto al ver al jaguar que estuvo completamente inmóvil durante un momento.

Aun tenía la armónica entre los labios, la súbita exclamación que la sorpresa arrancó de sus labios se tornó en una nota musical extraña y disonante.

El lamento produjo un efecto extraño en la bestia. Ésta se había acurrucado como para saltar, pero de pronto se contuvo. Jamás había visto a un ser humano con una boca tan brillante ni había oído un sonido así. Las bestias de la selva son criaturas apegadas a las costumbres, y todo lo nuevo les resultaba desconcertante.

Bomba notó de inmediato el efecto producido por la música y se aprovechó de la ventaja obtenida. Comprendió que la fiera estaba confundida y un tanto azorada. Si era posible trataría de evitar una lucha con ella en circunstancia tan poco ventajosa para él.

Así, pues, mientras su mano derecha se deslizaba lentamente hacia el revólver que tenía en la cintura, mantuvo el instrumento sobre sus labios y continuó ejecutando un aire compuesto de una serie de notas disonantes.

Se relajó la actitud amenazante del jaguar y el animal se sentó en el suelo, fijando sus ojos verdosos en el muchacho, quien a su vez lo miraba con igual intensidad.

Bomba era presa de gran nerviosidad, mas no lo demostró en su actitud. Todo dependía de que no perdiera el valor. Evidentemente, la bestia no sabía qué hacer.

Mientras continuaba tocando la armónica, recordó el muchacho un cuento que le relatara Casson en un momento de expansión. Se refería a los encantadores de serpientes de un país lejano cuyo nombre no recordaba Bomba. Casson había dicho que cuando esos hombres ejecutan una melodía, con un instrumento musical, conseguían que las serpientes más feroces y ponzoñosas se convirtieran en animales tan inofensivos como conejos, dejándose manejar al antojo del encantador.

Claro está que un jaguar no era una serpiente, ¿pero no se aplicaría a ellos la misma regla? Ya notaba que había conseguido contener a la bestia. ¿Duraría mucho la ventaja que tenía sobre ella?

De cualquier modo, tenía su machete y su revólver para defenderse. El muchacho continuó tocando. No sabía cuánto tiempo podría continuar así, pero le era necesario seguir.

Un detalle notó enseguida. Cuando tocaba con suavidad, el jaguar daba muestras de placer. Sus músculos parecían relajarse, y de no haber sido por la música, Bomba estaba seguro de que lo habría oído ronronear.

Pero cuando las notas eran más ásperas y sonoras, la bestia se movía inquieta y gemía lastimeramente, sacudiendo la cabeza como para no oír el sonido que le molestaba.

Bomba no supo cómo interpretar esa actitud del animal. ¿Despertarían las notas más altas su furia y lo obligarían a atacar? ¿O le molestarían tanto que tendría que alejarse?

Con la esperanza de que el efecto fuera este último, sopló con todas sus fuerzas. Era necesario arriesgarse para terminar con esa situación.

El resultado no se hizo esperar. La mirada que apareció en los ojos del jaguar no fue de rabia, sino de confusión y dolor. Se levantó enseguida, miró a su alrededor con incertidumbre y luego volvió grupas para perderse en la espesura.

Bomba continuó tocando hasta que estuvo seguro de que la bestia se había alejado para no volver. Luego, reaccionando de la tensión nerviosa sufrida, se tendió en el suelo, débil y tembloroso.

Al alivio que sentía se agregaba su gratitud hacia los hombres blancos. Sus regalos le habían salvado la vida dos veces. ¿Habría algún límite para su magia?

Ignoraba que los mismos blancos se habrían asombrado si hubieran conocido la aplicación que acababa de dar a la armónica. Lo único que el muchacho tenía en cuenta era el resultado. Se trataba de otro eslabón que lo unía a los hombres de su raza.

Un chillido procedente de lo alto lo sacó de su ensimismamiento, y al levantar la vista vio la cara de Doto, el que había desaparecido con la celeridad del rayo al presentarse el jaguar.

Con una sonrisa traviesa, Bomba ejecutó algunas notas. De nuevo se echó hacia atrás el mono, aunque no con tanta alarma como antes.

Cuando la cara de Doto volvió a aparecer por entre las ramas, Bomba logró atraerlo cada vez más hasta que el animal se dejó caer del árbol y se puso de cuclillas al lado de su amigo.

Animados por esa demostración de valor, los otros comenzaron a regresar, mirando primero con gran atención y desde lejos, pero acercándose cada vez más a medida que la curiosidad los impulsaba a hacerlo.

Al fin, cuando los tuvo a todos a su alrededor y Woowoo y Kiki estuvieron de nuevo sobre sus hombros, Bomba pasó el instrumento a Doto.

El mono lo tomó con cierta vacilación, retirando las manos varias veces antes de que al fin sus dedos se apoderaran del extraño juguete. La nerviosa charla de los monos se mezcló con los chillidos de los loros, los cuales tendieron sus alas multicolores sobre la cabeza del muchacho.

Doto contempló el extraño objeto con gran concentración.

No estaba seguro de que le gustara, y Bomba tardó bastante en persuadirlo de que se lo llevara a la boca. Luego, soplando varias veces, consiguió hacer comprender al mono lo que debía hacer.

Un chillido horrible salió de la armónica. Doto la dejó caer al suelo como si fuera un hierro candente y huyó amedrentado hacia el árbol más cercano.

Lo siguieron algunos de los monos más tímidos, pero la mayoría se quedó junto a Bomba. Un monito joven, más audaz que sus hermanos, levantó el instrumento.

De inmediato descendió Doto del árbol, protestando acerbamente. Dio varios tirones de orejas al atrevido monito y le quitó el instrumento de un manotón entregándolo de inmediato a su dueño.

El muchacho sonrió alegremente al tomar la armónica. Doto no la quería, pero deseaba asegurarse de que ningún otro mono se apoderara de ella.

Era muy agradable hallarse en la selva con los amigos. Bomba hubiera querido quedarse más tiempo con ellos, pero tenía mucho que hacer y no era conveniente que dejara solo a Casson demasiado tiempo.

Así, pues, se despidió de sus amigos, aunque éstos le imploraron que se quedara y partió en dirección al ygapo.

No se había alejado mucho cuando oyó una algarabía terrible entre los árboles y se dio cuenta de que ocurría algo desusado.

Asiéndose de una rama baja, trepó a uno de los árboles cercanos.

Los chillidos aumentaron de volumen, y a través del follaje pudo ver Bomba que se acercaba la numerosa tribu de los monos. Saltaban velozmente de rama en rama, aullando de ira y terror.

¡Estaban en un apuro! ¡Iban a buscarlo para pedirle su ayuda!

CAPÍTULO 14
LA BANDADA DE BUITRES

Bomba descendió a tierra y se dispuso a esperar.

Un momento más tarde los monos llegaban a su lado, dejándose caer de las ramas y rodeándolo sin dejar de aullar y chacharear ni un solo instante.

Bomba se volvió hacia un viejo mono de rostro rojizo que era el jefe de la tribu.

-¿Tatuc, ba? -le preguntó, lo cual significa en el lenguaje de los monos: "¿Qué ocurre, Tatuc?".

En su jerga monosilábica, la cual Bomba había llegado a comprender lo suficiente como para captar su sentido esencial, Tatuc le dio la noticia de que su tribu había sido atacada por una bandada de buitres mientras trataban de defender a dos de sus pequeñuelos que las aves voraces atraparon para llevarse a sus nidos.

Su resistencia enfureció a las aves de presa, las cuales llegaban ahora en gran número. Y los monos, que son muy tímidos, excepto cuando se encuentran acorralados, buscaron a Bomba en procura de socorro.

Mientras el muchacho escuchaba la noticia de labios de Tatuc, se oyó un siniestro batir de alas y una nube de aves de presa descendió hacia ellos.

Excepto al ser atacados o cuando se les roba su presa, los buitres rara vez se enfrentan a criaturas vivientes, pues prefieren alimentarse de carroña sin que nadie los moleste.

Pero cuando escasea el alimento no vacilan en caer sobre corderos u otros animales pequeños a los que se llevan en sus garras. En esa oportunidad los monitos habían sido presa fácil, y la tentativa de sus madres para defender a sus hijuelos había despertado la ferocidad de los buitres, provocando ese ataque en masa con el que querían vengar la ofensa.

Contra las aves de presa los monos estaban en inferioridad de condiciones. Sólo podían huir de ellas, pero a pesar de la rapidez de sus movimientos, los buitres los alcanzaban con facilidad.

Los pobres animales se apiñaron alrededor de Bomba, charlando y aullando, en procura de protección. Su amigo era poderoso. ¿Acaso no lo habían visto amedrentar al jaguar? ¿Por qué no habría de hacer lo mismo con los buitres?

En el momento en que la negra hueste enemiga se aproximó, Bomba echó mano a su revólver. Su expresión era ceñuda, pero en su corazón reinaba el júbilo que le producía siempre el combate.

De nuevo se sintió dueño de un poder incontenible. En todas sus batallas con aves de presa, fieras o reptiles de la jungla jamás se había enfrentado a ellos con tanta confianza en sí mismo. El revólver, regalo de los blancos, ponía de su parte toda la ventaja.

Cuando la nube de buitres se lanzó al ataque, Bomba levantó su arma y disparó contra el montón.

Los monos se sintieron al principio más asustados por la detonación que los mismos atacantes, y se alejaron del muchacho, aullando con más desesperación que antes. ¿Qué había sucedido? ¿Es que su mejor amigo se volvía contra ellos?

Pero el muchacho les gritó para tranquilizarlos, al mismo tiempo que disparaba de nuevo contra el enemigo.

Se contuvo el ataque por un momento. Aturdidos por las fuertes detonaciones y los terribles fogonazos, así como por la caída de sus compañeros, las enormes aves volaron por los alrededores presas de la incertidumbre, batiendo el aire con sus alas y atronando el espacio con sus agudos chillidos.

Empero, la tregua duró muy poco. Los asaltantes volvieron al ataque de inmediato, aprestando las garras y con los picos dispuestos a destrozar a sus víctimas.

Uno de ellos apresó a un monito pequeño, arrancándolo de los brazos de su madre, la que lanzó un aullido de dolor, dando luego un salto y esforzándose por recobrar a su hijo.

Las amplias alas de los buitres estaban tan cerca que Bomba sintió que lo rozaban. Instintivamente se protegió los ojos con un brazo para impedir que se los saltaran a picotazos. Con la otra mano levantó cuidadosamente el revólver, apuntó al buitre que tenía en sus garras al monito y oprimió el gatillo.

El proyectil no hirió al ave en ningún sitio vital, pues Bomba había temido hacer daño al cautivo. Pero logró romper una de las alas del buitre. Con un agudo chillido, el ave soltó su presa y, batiendo trabajosamente el ala herida, desapareció por sobre los árboles para ir a caer a cierta distancia.

La mona dio un salto hacia adelante, tomó a su hijo y se acurrucó sobre él para protegerlo con su cuerpo.

Los buitres volvieron al ataque con renovado vigor. La oposición con que se encontraban sólo sirvió pasa enfurecerlos más. Se echaron sobre sus víctimas como una masa negra y destructora, y sobrevino una batalla que Bomba jamás olvidaría.

Los monos, acorralados y en peligro de perder la vida, lucharon furiosamente para defenderse. Pero sin la ayuda de Bomba habrían perdido la refriega. Y aun el muchacho, armado con su nuevo revólver, tuvo que apelar a toda su fortaleza y agilidad para resistir el ataque concertado de las terribles aves.

Las rechazó lo mejor que pudo, blandiendo su machete con la mano izquierda, mientras que disparaba cuando le era posible sembrando el terreno de cadáveres y buitres heridos.

Pero el enemigo continuaba atacando. Parecían ser miles.

CAPÍTULO 15
LA FURIA DE LA TORMENTA

El fuerte viento, precursor de la tormenta tropical, se presentaba en el momento más peligroso de la vida de Bomba.

Todas las criaturas de la jungla huyen en busca de abrigo ante la furia de la tormenta. El muchacho lo sabía muy bien, así como lo comprendían todos los seres vivientes de la selva.

Al primer soplo del fiero huracán, los pericos huyeron lanzando chillidos. Los animales de la selva corrieron en procura de sus cubiles y los roedores se introdujeron en sus cuevas.

Aun los salvajes buitres retrocedieron ante el embate del viento y la lluvia de castañas que caían de los árboles inclinados por el huracán. Se hubieran roto sus alas y sus cabezas si llegaban a recibir encima algunos de esos peligrosos proyectiles que, con su envoltura original, son bastante pesados como para matar a un hombre.

Apenas habían levantado vuelo las aves de presa cuando un segundo golpe de viento más fuerte que el primero advirtió a Bomba y al grupo de monos heridos que la tormenta se preparaba para estallar.

Algunos de los animales habían perdido a sus hijos y otros a sus compañeras. Lo que más afectó a Bomba fue ver al viejo Tatuc tendido en medio de un charco de sangre y con los colmillos clavados todavía en el cuello del buitre que se llevara hacia la muerte.

Mas no había tiempo para llorar. Las tragedias como ésa eran comunes en la selva cruel, donde perecían unos para que otros vivieran. Así, pues, aunque Bomba lamentó la muerte de su viejo amigo, no se atrevió a quedarse más tiempo en ese sitio.

Dando una áspera orden a los monos, aturdidos por la pérdida de su jefe, hizo que buscaran refugio en las ramas más altas. Los animales le obedecieron con lentitud, sin cuidarse mucho de lo que les sucediera, y dejando a sus muertos tendidos en el campo de batalla. Los caídos brindarían un festín a los hambrientos buitres cuando éstos regresaran al pasar la tormenta.

Pero Bomba no podía dejar así a Tatuc a merced del enemigo. Le repugnaba pensar que los buitres habían de comérselo. No pudo salvarle la vida, pero algo lo obligó a hacer un último favor a su amigo. Así pensando, levantó el cadáver, se lo echó al hombro y, tan rápidamente como le fue posible, se alejó en busca de un refugio seguro.

Ya era hora. Los árboles se inclinaban ante el embate del huracán. Las pesadas castañas caían con fuerza sobre la tierra. Por sobre las copas de los árboles, el cielo se mostraba de un color gris plomizo. La tormenta estaba a punto de desencadenarse.

No había avanzado el muchacho una docena de pasos cuando se descargó la tempestad. La lluvia comenzó a caer como un diluvio cegador que lo azotó con la fuerza ,le un látigo. El viento se tomó huracanado, aunque por suerte soplaba desde atrás. Ningún ser viviente habría podido enfrentársele sin ser arrebatado por sus furiosos embates.

Bomba avanzó llevado por las fuertes ráfagas. Con la cabeza gacha y el cadáver de Tatuc sobre los hombros, fue adelantando más por el sentido del tacto que el de la vista, dirigiéndose hacia una choza abandonada que se hallaba a poca distancia de allí.

Los relámpagos iluminaban el negro cielo a cada momento. Los truenos constantes hacían temblar la tierra. Pero el muchacho llegó al fin a la choza, y, saltando por sobre el árbol caído que cruzaba la entrada, depositó su carga en el suelo.

Se trataba de una choza típica de la jungla. Largo tiempo atrás había sido abandonada por sus ocupantes. Consistía en unos cuantos postes plantados en tierra, con otros que se unían en lo alto para servir de soporte. Las paredes habían sido construidas del mismo material, pero ahora sólo quedaban en pie dos de ellas, dejando los otros dos costados abiertos por completo. Una liviana estructura de delgados arbustos sostenía la frágil techumbre hecha con hojas de palmera colocadas unas sobre otras.

Centenares de insectos se arrastraban por debajo del techo, y cada tanto caía alguno sobre los hombros de Bomba, quien se hallaba agachado junto al cadáver de Tatuc.

En cierta oportunidad fue un escorpión el que cayó sobre el muchacho, quien se vio obligado a obrar con gran rapidez y matar al insecto antes de que éste le inyectara en las venas su mortal veneno.

Durante largo tiempo estuvo Bomba sentado junto a su muerto compañero. La lluvia caía torrencialmente y los truenos resonaban uno tras otro.

Pero las tormentas de la jungla, aunque terribles mientras duran, rara vez tardan mucho en aquietarse. Cuando al fin cesó la lluvia y se apagó en la distancia el retumbar del trueno, Bomba se puso de pie con un suspiro y dejó a Tatuc solo en la cabaña.

Luego, con el machete y un palo aguzado que encontró en las cercanías, cavó una sepultura para su amigo. La tierra estaba blanda y la tarea no le llevó mucho tiempo.

Hecho .esto, el muchacho regresó a la cabaña, levantó el cuerpo de Tatuc, lo llevó hasta la tumba y allí lo puso.

Durante varios minutos estuvo parado allí con la cabeza gacha y el corazón dolorido, mirando apesadumbrado los restos del amigo a quien conocía desde varios años atrás. Bomba tenía muy agradables recuerdos de esa amistad, la cual había llenado casi por completo la carencia de compañía humana. ¡Cuántas veces alivió el dolor de su corazón solitario visitando a Tatuc!

-Los buitres no te comerán, viejo amigo -dijo sencillamente.

Luego cubrió el cuerpo con hojas de palmera y rellenó la tumba con tierra, colocando encima gran cantidad de pesadas piedras para que ninguna bestia salvaje pudiera turbar el sueño eterno de su amigo.

Finalizada su tarea, el muchacho se arrojó boca abajo cerca de la sepultura. Allí estuvo tendido largo tiempo, completamente inmóvil. Lo abrumaba una intolerable sensación de soledad.

Le parecía que no era más que un granito de polvo en el mundo. ¿A quién le importaba que viviera o pereciese? Los blancos se habían ido y no creyó que volvería a verlos jamás. Tatuc estaba muerto. Sólo le quedaba Casson; pero el anciano estaba medio loco y no recordaba, y vivía envuelto en la apatía.

¡Pero una vez había hablado y estuvo a punto de recordar! Tal vez, si Bomba era paciente, recobraría la memoria en alguna otra oportunidad. Entonces quizá se enteraría de lo que quiso decir cuando pronunció esas dos palabras que quedaran grabadas indeleblemente en el cerebro del muchacho: "Bartow" y "Laura".

Bomba se incorporó al fin y por última vez contempló la sepultura de Tatuc.

-Adiós -murmuró, ahogando un sollozo.

Girando sobre sus talones y enjugándose las lágrimas, se internó en la empapada selva sin saber que iba a correr el riesgo más grande de su vida. guerreros estaban todavía en esa parte de la jungla. Desde su primer encuentro, no había vuelto a ver rastros de ellos, aunque no olvidó en ningún momento el peligro que representaban.

CAPÍTULO 16
¡APRESADO!

La tormenta había pasado, pero quedaban los rastros de su paso.

Las castañas yacían a montones en el suelo. Aquí se veía un árbol derribado por un rayo, más allá reposaba postrado otro monarca de la selva arrancado por la furia del huracán.

Una y otra vez se vio obligado Bomba a desviarse de su camino; sin embargo avanzaba rápidamente, tanto era su conocimiento de la selva. Esquivaba las raíces sobresalientes y las fuertes enredaderas casi por instinto.

A veces tenía que usar su machete para abrirse paso por entre las malezas. En otros sitios, donde los matorrales no eran demasiado altos, viajaba a la usanza de los indios, saltando con gran agilidad por sobre los obstáculos que se interponían en su camino.

Sus pasos lo llevaban hacia el ygapo, pues debía cruzarlo a fin de llegar al río tras el cual se hallaba la maloca o aldea de los Araos, una tribu más o menos amiga con la cual él y Casson no tenían dificultades, aunque jamás hubo gran cordialidad entre ellos.

De estos indios esperaba obtener un par de hamacas de algodón para reemplazar a las que perdiera a causa del fuego. En el trayecto recogería algo para pagar por ellas, quizá una jaboty o agouti, o tal vez algunos huevos de la tortuga de la selva, los cuales eran muy apreciados por los nativos de la región.

También era posible que se enterara de algo respecto a los planes de los cazadores de cabezas, si es que esos terribles guerreros estaban todavía en esa parte de la jungla. Desde su primer encuentro, no había vuelto a ver rastros de ellos, aunque no olvidó en ningún momento el peligro que representaban.

Tal como dijera Casson, la mentalidad de los salvajes era bastante similar a la de los niños. Eran ignorantes y supersticiosos, y cualquier incidente inesperado podrían interpretarlo como una señal de disgusto de los dioses, lo cual les haría regresar a su hogar situado cerca de la Catarata Gigante.

Pero Bomba sabía que no era posible confiar en tal perspectiva. Estaba seguro de que en esos momentos la partida de invasores podría estar registrando la selva, firmes en su empeño de terminar con la vida de Casson, y que, probablemente, tratarían de completar su obra matándolo a él también.

Era probable que los Araos supieran algo respecto al paradero de los cazadores de cabezas, los cuales eran tan enemigos suyos como de los blancos. Bomba pensó que quizá le sería posible hacer un trato con los nativos mejor dispuestos para que lo ayudaran a él y a su viejo amigo en caso de necesidad, o al menos que le informaran por medio de un mensajero si la situación se tornaba peligrosa.

La naturaleza se mostraba en toda su hermosura después de la tormenta. El cielo era un azul turquesa, y el aire parecía purificado por la lluvia. El vívido verdor de los arbustos y la hierba brillaba con los reflejos de las esmeraldas.

Los seres vivientes habían salido de sus refugios a los cuales huyeran al presentarse la tempestad. Nubes de mariposas multicolores volaban de flor en flor. Los colibríes de alas verdosas, pecho blanco y cresta y cuello púrpura, saltaban de aquí para allá como gemas vivientes, mientras que los rayos del sol hacían resplandecer sus cuerpecitos con todos los colores del arco iris.

Se veían también a los quetzales y los guardarríos que brillaban con tonos iridiscentes; bandadas de guacamayos de color escarlata, y flamencos igualmente llamativos, cada uno parado sobre una de sus delgadas patas; garzas, avefrías, tucanes y veintenas de otras aves extrañas que hacen de la selva amazónica la pajarera natural más extraordinaria del mundo.

Bomba poseía el alma de un poeta, y la belleza del paisaje penetró profundamente en su conciencia. Durante un tiempo olvidó casi lo que por allí lo llevaba, tan encantado se sintió ante la hermosura de lo que la naturaleza ponía ante sus ojos con tanta generosidad. Se detuvo para mirar a su alrededor, asombrándose ante tanta maravilla.

No sólo los seres vivientes le producían ese efecto; también llamaban poderosamente su atención las plantas, los árboles y las flores. A poca distancia se elevaba un gigantesco moral de sesenta metros de altura cuyos pimpollos relucían con reflejos escarlatas; poco más allá vio graciosas palmeras, la amarilla flor trompeta de tamaño tan grande que los niños y mujeres indias las usaban como sombreros, enormes fucsias con sus campanillas purpúreas, heliotropos, orquídeas, todas ellas brillando con los siete colores del arco iris.

Predominaba en toda la región una belleza que un artista no habría podido pintar ni un soñador concebir.

Empero, al aproximarse Bomba al borde del pantano, la belleza comenzó a desaparecer y la naturaleza tomó un aspecto más sombrío. La orgía de colores terminaba en los límites del ygapo para ser reemplazada por la melancolía y la desolación.

Con un estremecimiento involuntario, el muchacho dejó atrás la región que había estado a punto de hacerlo sumir en sus sueños y comenzó a abrirse paso por el laberinto del pantano, arte del mismo estaba cruzado por profundas lagunas en las cuales debía pasar con el agua hasta la cintura. Otros sitios estaban relativamente libres de agua, pero cubiertos por completo de cieno.

Claro está que Bomba conocía el pantano tan bien como la jungla y sabía cómo mantener un curso razonablemente recto a través del desagradable lugar y cómo evitar las partes más profundas y peligrosas.

Se hallaba ya a mitad de camino cuando se presentó a su vista un espectáculo que le heló la sangre en las venas. Acostumbrado como estaba a ver toda clase de reptiles de la selva, y especialmente en el ygapo, experimentó una impresión de asco y disgusto al contemplar la escena.

En una laguna de poca profundidad, a unos diez metros de donde se encontraba, vio una masa de serpientes que se retorcían y eran de un color muy similar al cieno en el cual estaban.

-¡Sucurújus! -murmuró Bomba, al notar que el grupo estaba constituido por varias veintenas de las terribles anacondas del Amazonas.

Las había de todos los tamaños, algunas de dos metros de longitud, mientras que otras medían hasta seis y siete. Al principio parecieron no notar su presencia. Casi todas dormían, algunas con el cuerpo sumergido casi por completo en el cieno blancuzco. Otras se habían deslizado sobre los cuerpos de sus hermanas, mientras que varias yacían perezosamente sobre el borde de la laguna.

Bomba se dijo que era una suerte para él que no cruzara el pantano después de la puesta del sol. De haber pisado esa masa movediza habría sufrido una muerte horrible.

El muchacho odiaba a la anaconda mucho más que a cualquier otro habitante de la jungla. Su odio databa de aquella vez que fuera atacado por uno de los reptiles y Casson disparó su rifle, con lo cual, aunque logró atemorizar a la anaconda, sufrió efectos tan terribles su cerebro.

La mano de Bomba se posó en la culata de su revólver, el cual se había cuidado de cargar mientras se hallaba en la choza, antes de enterrar a Tatuc. Era un blanco muy tentador el que se ofrecía a su vista.

Unos cuantos tiros disparados contra esa masa viviente habría diezmado el número de las serpientes. En cierto sentido, hubiera sido la venganza justa por el daño que sufriera Casson. Su dedo acarició el gatillo con ansia.

Pero el muchacho se contuvo. Mejor era dejar las cosas como estaban. Las anacondas parecían adormecidas y no le prestaban la menor atención. ¿Para qué provocan un conflicto que podía ser evitado?

Además, los cartuchos eran preciosos, y debía conservarlos siempre que le fuera posible.

Así, pues, lanzando un suspiro, contuvo su impulso y, desviándose hacia la derecha, dio un amplio rodeo alrededor del nido de los ofidios sin dejar de observar cuidadosamente el terreno por si alguno de ellos llegaba a cruzarse en su camino.

Mas fue de lo alto de donde se presentó el peligro.

Un cuerpo oscuro y siniestro se deslizó silenciosamente desde un árbol que se hallaba al lado de Bomba.

Un instante más tarde algo que parecía una banda de hierro rodeó con terrible fuerza el pecho del muchacho.

Librodot

CAPÍTULO 17
APRESADO POR UNA BOA CONSTRICTOR

Un estremecimiento de horror recorrió el cuerpo de Bomba.

De inmediato se dio cuenta de lo que sucedía. Una enorme boa apostada sobre el árbol a la espera de una presa se había echado sobre él. Los anillos de la serpiente se apretaban alrededor de su pecho con fuerza irresistible.

En el primer momento se creyó condenado a morir. Y así habría sido si la boa hubiera retenido su cola enrollada alrededor de la rama. Eso era lo que le daba el punto de apoyo necesario para destrozar a su víctima.

Pero la rama estaba resbaladiza a causa de la lluvia reciente y la furia con que el reptil se lanzó al ataque hizo que su cola se desprendiera.

El enorme cuerpo cayó al suelo con un golpe sordo. Los anillos no se aflojaron; pero, por otra parte, no podrían apretarse más hasta que el reptil, que se agitaba furiosamente, pudiera hallar otro árbol en el cual enrollar su cola para tener un punto de apoyo.

Bomba sintió como si sus pulmones estuvieran a punto de estallar. A cada momento esperaba verse aplastado y convertido en una masa informe.

La serpiente se había enrollado alrededor de su cuerpo; pero, por suerte, sus brazos quedaban libres. Así, pues, desenfundó su machete con la mano derecha y comenzó a tirar tajos al reptil.

Por un momento los terribles anillos parecieron apretarse más. La furiosa boa levantó su horrible cabeza y tiró un mordisco al cuello del muchacho. Bomba lo esquivó y los colmillos se hundieron en su hombro.

Una y otra vez levantó Bomba su machete, dando siempre en el blanco. De pronto sintió que los anillos se aflojaban levemente.

Una vez más se levantó la terrible cabeza para morderlo de nuevo. Y en ese momento el puñal dio de lleno en el cuello del reptil. La cabeza del reptil cayó hacia un costado. Bomba la asió con la mano izquierda y, apelando a todas sus fuerzas, asestó otro tajo que logró separar a la cabeza del cuerpo. Los anillos se aflojaron por completo y el cuerpo de la boa cayó a los pies del muchacho.

Bomba arrojó de sí la cabeza con una exclamación de disgusto no exenta de alivio, y apartándose luego para escapar a los latigazos del cuerpo que se agitaba en las garras de la muerte.

Había estado a punto de perecer. Lo había salvado el hecho de que la cola de la serpiente se deslizó de la rama. De nada le habría servido su arrojo y su fortaleza.

Con un estremecimiento de repulsión examinó a su enemigo, después que se hubieron calmado sus movimientos.

Bomba había visto serpientes mucho más grandes; pero se dijo que ésta era lo bastante larga como para ultimarlo. El reptil tenía unos tres metros de largo y era tan grueso como la pierna del muchacho.

Lo mejor que pudo se examinó la herida. Le dolía bastante, mas no le preocupaba mucho. Sabía que la boa no era ponzoñosa; su arma principal era su terrible fuerza. Le dolería el hombro por unos días, pero eso era todo. Se lavó la herida con agua de una laguna cercana y luego limpió su sangriento machete con un montón de hojas.

-Te portaste bien -dijo a su arma, volviéndola a la funda-.Has servido a Bomba muchas veces, pero nunca mejor que hoy.

Una vez más reanudó su viaje; pero, advertido por su reciente aventura, tuvo buen cuidado de vigilar los árboles con tanta atención como el terreno.

Antes de mucho había cruzado ya el ygapo y oyó a la distancia el llamado musical de una caída de agua. Era aquél un sonido que le alegraba el corazón. Una y otra vez había visto

la catarata, observando encantado el paso del torrente al saltar éste sobre el borde de un acantilado y caer unos seis metros hacia los rápidos que corrían hacia el río.

Bomba amaba la catarata. Ella le hablaba de manera vaga y misteriosa, dándole la impresión de fuerzas potentes e incontenibles. En la belleza salvaje de las aguas impetuosas había algo que hacía vibrar las más íntimas fibras de su ser y despertaba en él una extraña sensación que se reflejaba en sus ojos y en su rostro.

¿Qué era lo que causaba su emoción? Bomba meditó sobre ello, tal como cavilaba siempre sobre muchos otros pensamientos y emociones extrañas que le intrigaban.

Se preguntó si los caboclos sentirían como él respecto a la magnífica cascada. Recordó haber visto a uno de ellos salir de la jungla y pararse un momento junto a las torrentosas aguas para contemplarlas.

No había notado cambio alguno en la expresión del caboclo. El hombre no pareció apreciar la belleza del espectáculo. De haber amado a la catarata como la amaba Bomba, su rostro se habría iluminado y habrían reído sus ojos, tal como viera el muchacho su propia risa un día en que descubriera de pronto su rostro reflejado en las límpidas aguas de un estanque.

Bomba no se había reconocido en aquel momento. Se echó hacía atrás como si hubiese visto algo misterioso que se ocultaba debajo del agua. Pero luego, cuando cobró valor, miró de nuevo por sobre el borde y vio que el rostro que lo miraba desde abajo era el suyo.

Sin embargo ahora su rostro se mostraba grave. Trató de reír de nuevo como cuando viera la catarata por primera vez. La risa resultó forzada. ¡Qué extraño era que cambiaran así sus emociones! Era evidente que había en él algo más de lo que podía ver y tocar. ¿Sería quizás porque tenía lo que los blancos llamaban alma? ¿Qué era el alma?

Muchas horas solitarias había pasado Bomba pensando en ello.

¿Por qué no veía nunca esa sonrisa y esa expresión en el rostro de Casson? ¿Por qué las caras de los nativos parecían siempre tan inexpresivas y estúpidas como la de algunos animales? ¿Por qué se mostraban siempre iguales los rostros de los indios, excepto cuando cambiaban para indicar ira? ¿Por qué no les atraía la belleza como a él?

Bomba estaba seguro de que las tribus nativas que vivían cerca de la gran cascada, que podían regalarse los ojos en ella cuando quisieran, no la amaban tanto como él. Sólo la consideraban la guarida de los espíritus buenos y malos, y creían que estos últimos salían de allí durante la noche. En las horas en que la oscuridad cubría la tierra se quedaban dentro del círculo de la maloca, donde las hogueras ardían constantemente.

El muchacho no creía que en la cascada habitaran malos espíritus. Era hermosa, y para él todo lo hermoso debía ser bueno.

¿Por qué pensaban ellos de manera tan diferente? ¿Era porque no tenían alma? Desechó esta idea como improbable. Pero quizá sus almas estaban dormidas. ¡Ah, eso debía ser! ¡Estaban dormidas!

Pero la suya estaba despierta. Al menos despertaba ya. Talvez se debía esto a que era blanco. La idea lo emocionó agradablemente. Ahora estaba seguro de haber descubierto la verdad. Las almas de los nativos estaban dormidas; las de los blancos estaban despiertas. ¡Y él era blanco!

Tan absorto había estado en sus meditaciones que no prestó atención al paso del tiempo. De pronto, al mirar al sol se sobresaltó. Era necesario que se apresurase.

Lanzando una última mirada a la hermosa caída de agua, a la que resolvió volver lo más pronto posible, se internó de nuevo en la selva, avanzando rápida y silenciosamente, deseoso de recuperar el tiempo que perdiera al entregarse a sus ensueños.

Se reprochó por haberse demorado. Había olvidado momentáneamente que el pobre Casson estaba solo en la choza y sería fácil presa de los cazadores de cabezas si éstos lograban descubrir su paradero.

Iba marchando rápidamente cuando se detuvo de pronto. ¡Acababa de ver en su camino las huellas recientes de un jaguar!

CAPÍTULO 18
EN EL POZO DE AGUA

Bomba empuñó rápidamente el revólver mientras sus ojos estudiaban los alrededores con profunda atención.

Nada vio que le causara desazón. No había señales del temible monarca de la selva.

Empero, esto no le hizo relajar su vigilancia. El muchacho conocía la astucia de la bestia, la cual era tan artera como feroz. Su pelaje lustroso se perdía de vista entre las hierbas y matorrales de la jungla.

Quizás en ese mismo momento sus ojos verdosos estaban fijos en él desde algún matorral. Posiblemente se hallaba acurrucado sobre la rama de uno de los árboles circundantes con el cuerpo tan aplastado contra la madera que sería imposible distinguirlo.

Pero era mejor no quedarse esperando demasiado tiempo. El mismo peligro corría allí que en cualquier otra parte de la selva. La muerte podía caerle encima en cualquier momento. No obstante, se alegraba de haber notado la señal de advertencia.

Con el revólver en la mano, listo para usarlo en cualquier momento, Bomba reanudó la marcha, observando los alrededores cuidadosamente.

Recién al cabo de media hora se sintió más tranquilo, aunque no relajó un ápice de su vigilancia.

El jaguar había pasado por allí poco antes, pero lo más probable era que no se hubiese dado cuenta de la proximidad del muchacho.

Bomba se alegró de que no todos los animales de la jungla fueran sus enemigos. Tuvo repetidas pruebas de ello mientras avanzaba rápidamente.

Los monos lo seguían por las ramas de los árboles, hablándole y arrojándole puñados de hojas y pequeñas bayas.

Los papagayos le chillaban a cada paso, y en cierta oportunidad uno de ellos se posó sobre su hombro, acompañándolo así una distancia considerable.

Poco después encontró Bomba una jaboty, o tortuga de la selva. Saltó sobre ella con gran entusiasmo y, asegurándola con una cuerda de hierbas, la colgó viva sobre sus hombros. Si también pudiera cazar un agutí o una capivara, tendría algo para regalar a los Araos cuando encontrara su maloca. Podría ofrecerles golosinas que les agradaban mucho y ellos accederían de buen grado a darle las hamacas que necesitaba. Desde hacía largo rato le molestaba la sed que se iba tornando cada vez más insoportable. El calor y el ejercicio le habían secado los labios y la garganta, y le parecía que tenía la lengua hinchada.

Miró a su alrededor con la esperanza de hallar un cacto al cual podría haber hecho un tajo con su machete y bebido el refrescante líquido que esas plantas almacenan en su interior, detalle que, de ser conocido, habría salvado las vidas de muchos exploradores que perecieron de sed a la sombra misma de las espinosas plantas.

Mas no había ninguna en los alrededores, y el hecho de no poder satisfacer su necesidad sólo sirvió para acrecentarla más.

El muchacho sabía que a poca distancia había un pozo de agua alimentado por corrientes subterráneas que jamás se secaban. Más de una vez había saciado en él su sed.

Se volvió entonces y partió en dirección al pozo, apartándose del sendero para tomar un atajo, pues sabía que el camino regular usado por las bestias de la jungla se hallaba todavía a cierta distancia.

De pronto se detuvo, levantando el machete con el cual había estado abriéndose camino por la espesura. ¿Qué era lo que acababa de oír?

Era el ruido particular de una serpiente que se deslizaba por entre las malezas; pero, al parecer, el reptil se alejaba atemorizado por el paso del muchacho.

Ya se encontraba cerca del pozo. Apresuró el paso, pasándose la lengua por los labios resecos. Unos minutos más y vería el agua cristalina en la que se reflejaban los árboles circundantes. ¡Cuán dulce y fresca era! ¡Qué bien saciaría su sed!

Por suerte, la sed no le hizo olvidar su cautela acostumbrada. Sabía que allí iban todas las fieras de la jungla. Así, pues, avanzó con gran cuidado hacia los árboles que rodeaban el pozo.

Silenciosamente apartó los matorrales y miró por entre ellos.

Lo que vio allí le hizo rechinar los dientes de furia. Un profundo gruñido partió de su seca garganta. Por un momento Bomba volvía a ser el animal primitivo de la selva.

Estaba sediento y no podía beber. Otros habían llegado al pozo antes que él.

Tres pumas se habían reunido junto al borde del agua y bebían tranquilamente.

De nuevo ahogó Bomba un gruñido. Con un movimiento impaciente levantó el revólver, pero enseguida volvió a bajarlo. La cautela le indicó que era mejor no enfurecer a enemigos tan peligrosos. Le llevaban una ventaja de tres a uno, y Bomba deseaba seguir viviendo.

De pronto oyó un ruido a sus espaldas.

El muchacho se volvió rápidamente, aprestando todos los músculos para hacer frente al recién llegado.

Librodot

CAPÍTULO 19
LUCHA DE TITANES

Se oyó ruido de patas acolchadas que se acercaban. Se apartaron los matorrales y Bomba vio el cuerpo gigantesco de un terrible carnívoro que avanzaba hacia él.

Era algún otro habitante de la selva que llegaba para calmar su sed en el pozo. El pulso de Bomba latió aceleradamente. Ahora tenía enemigos tanto delante como detrás. Se habían reunido allí para beber; era posible que tuvieran también un festín, y fuera él quien les proveyera del banquete. La perspectiva no era nada halagüeña, y el muchacho se estremeció violentamente.

Apretó con más fuerza su arma, preparándose para vender cara su vida, aunque comprendió que ante tales enemigos no tenía posibilidad de salvación.

Se apartaron por fin los matorrales y una gran cabeza asomó por entre ellos.

Bomba levantó su revólver, pero lo volvió a bajar al ver mejor al recién llegado.

-¡Polulu! -exclamó el muchacho, acercándose al puma de un solo salto y acariciándole el flanco como un muchacho civilizado podría haberlo hecho con un perro-. Has llegado a tiempo. Tú conseguirás que yo beba. ¡Mira!

El puma restregó su cabeza contra el cuerpo del muchacho y juntos fueron hacia los árboles que rodeaban el pozo.

Cuando Polulu vio a los otros pumas, sus ojos relucieron con furia, su cola azotó los matorrales y un gruñido partió de su garganta.

Aunque el puma se portaba dócilmente con el muchacho que le salvara la vida, era la ferocidad personificada cuando se veía frente a otros habitantes de la selva. Debido a esto y a su tamaño gigantesco, lo respetaban y temían todos los animales de la jungla. No permitía oposición ninguna, y apartaba cruelmente de su camino a cualquiera que osara poner en tela de juicio su soberanía.

Había comprendido que Bomba estaba sediento y temía acercarse al pozo debido a la presencia de los otros carnívoros. ¡Pues bien, Polulu se encargaría de arreglar el asunto! ¡Su amigo bebería enseguida!

Bomba observó a su compañero con gran interés cuando éste avanzó majestuosamente por entre las malezas y se aproximó a los pumas que se hallaban al borde del pozo.

Las bestias dejaron de beber, mas no se apartaron del lugar. Su actitud indicaba que no tenían el menor apuro por partir de allí.

Polulu continuó avanzando hacia ellos. Al verlo aproximarse, los otros pumas se levantaron de un salto y se reunieron a un costado del estanque, como si desearan combinar sus fuerzas contra un enemigo común. La batalla parecía inminente.

Cuando estaba ya a pocos pasos de ellos, Polulu se detuvo y lanzó un gruñido de advertencia.

Le contestaron tres rugidos, y Polulu comprendió que, confiados en la ventaja del número, sus hermanos de raza aceptaban el reto. Desafiaban su autoridad, cosa que ninguno de ellos se habría atrevido a hacer si hubiera estado solo.

A pesar de haberse criado en la selva y estar acostumbrado a luchar para vivir, Bomba se dijo en ese momento que no tenía derecho a pedir a su amigo que se enfrentara contra tres enemigos pava dirimir una cuestión que no le afectaba directamente.

Pero tal pensamiento era inútil. En la selva es necesario obrar con premura y no detenerse a pensar como él lo hacía. Además, el puma era ya presa del entusiasmo del guerrero innato y nada podría detenerlo hasta que hubiese ganado la batalla o perdido la vida en la lid.

Polulu se adelantó más, balanceando la cabeza, con los ojos relucientes y los dientes al descubierto.

Las otras bestias retrocedieron con lentitud y de mala gana, gruñendo con creciente irritación a medida que se veían empujadas hacia la selva.

Todavía no estaban realmente furiosas. Les intrigaba la extraña conducta de Polulu. Por lo general, los animales compartían el pozo de agua sin disputar, dominando sus instintos feroces hasta haber satisfecho la necesidad común.

Pero ya comenzaban a fastidiarse al verse arrojados de allí tan ferozmente. Cuando Polulu quiso alejarlos aún más, a fin de dar libre acceso a Bomba, sus gruñidos se hicieron más amenazadores y sus cuerpos se acurrucaron junto al suelo como para saltar.

Ya se hallaban a considerable distancia del pozo, y Polulu se volvió para mirar a Bombay darle a entender que el camino estaba libre.

El muchacho habría querido esperar que el trío de enemigos se hubiese ido de allí; pero comprendió que Polulu se sentiría ofendido y asombrado si no se acercaba. ¿Acaso no había alejado a los enemigos de Bomba? ¿No estaba de guardia? ¿Es que su amigo desconfiaba de su fortaleza?

El muchacho no vaciló más.

Rápidamente y saltando con la agilidad de un ciervo, traspuso la distancia que lo separaba del pozo.

Tan súbita fue su aparición que tomó completamente de sorpresa a los felinos.

Bomba se echó boca abajo en el suelo y bebió varios tragos de agua fresca antes de que los pumas se dieran cuenta de lo que sucedía.

Allí tenían a un nuevo enemigo más débil que Polulu. Se encresparon sus pelajes y comenzaron a avanzar acurrucados, moviéndose casi tan sinuosamente como víboras.

Polulu rugió fieramente y asestó un terrible zarpazo al puma más cercano, abriéndole una herida desde la cabeza hasta la paletilla.

Con un horrible aullido de ira y dolor el puma herido saltó sobre su atacante. Pero Polulu era mucho más veloz que su contendiente. Sus poderosas mandíbulas se cerraron sobre la garganta de su adversario y comenzaron a lacerar la carne con terrible salvajismo. Por más que se debatió el otro le fue imposible desprenderse de Polulu.

Los otros animales atemorizados momentáneamente por el terrible castigo que infligía Polulu a su compañero se recobraron al fin y continuaron avanzando hacia Bomba.

El muchacho levantó el revólver y oprimió el gatillo. La bala voló con derechura hacia el blanco, atravesando el ojo del puma más cercano y alojándose en su cerebro.

La bestia dio un salto en el aire y cayó muerta.

La detonación pareció enloquecer al otro. Con un aullido de furia saltó hacia Bomba.

Rápido como el rayo, el muchacho esquivó el ataque, rehuyendo por una fracción de centímetro el golpe del pesado cuerpo y el mortal manotazo del animal.

Al dar el salto Bomba tropezó con una raíz y estuvo a punto de caer. En su esfuerzo por recobrar el equilibrio, el revólver saltó de su mano.

El puma se había vuelto y se agachaba para saltar de nuevo. Bomba no tenía tiempo para agacharse y recoger su arma, razón por la cual se consideró perdido.

Pero en el momento mismo en que el felino se disponía a saltar, otro cuerpo enorme pasó por sobre Bomba y chocó con su atacante en el aire.

Era Polulu que ya había terminado con su primer enemigo e iba al rescate de su compañerito.

Destrozando y lacerando con garras y colmillos, las feroces bestias cayeron al suelo y rodaron varios metros. Ambos se esforzaban por llegar a la garganta de su contendiente. No se dio cuartel en esa lucha a muerte.

Encantado de haber salvado la vida cuando todo parecía perdido, Bomba se apartó de los dos combatientes y buscó su revólver.

Enseguida se dio cuenta de que Polulu, fatigado por la primera pelea, estaba en desventaja frente al joven puma. El muchacho dio una vuelta en derredor de los dos carnívoros, buscando la oportunidad de ayudar al amigo que tan lealmente lo salvara.

La ocasión se presentó más pronto de lo que esperaba.

El puma joven se aferró al lomo de Polulu. Sus colmillos se hundieron en el cuello del veterano, buscando la espina dorsal. Polulu rodó sobre sí mismo, esforzándose por desalojar al enemigo. El movimiento colocó al puma al alcance del revólver de Bomba.

Sin vacilar un instante, el muchacho disparó su arma. La bala dio en la cabeza del animal y, aunque no lo mató, lo atontó lo suficiente como para que soltara a su víctima.

Un momento más tarde otra bala penetraba en su cerebro. La bestia se debatió convulsivamente durante un momento y luego se quedó inmóvil.

Bomba se acercó a su amigo. El viejo puma estaba exhausto y sangraba por una docena de heridas.

El muchacho le puso el brazo alrededor del cuello y Polulu restregó su cabeza contra su cuerpo, tratando de lamerle la cara.

¡Polulu! -exclamó Bomba, mientras acariciaba la enorme cabeza-. Eres muy valiente. Eres fuerte. Eres el rey de todos los animales de la selva.

Polulu ronroneó complacido como para dar a entender que ya lo sabía.

CAPÍTULO 20
UN RECIBIMIENTO INESPERADO

El puma y el muchacho descansaron largo rato, mientras Polulu se lamía sus heridas, y cuando Bomba reinició su viaje, el carnívoro lo acompañó un trecho por la jungla.

Se hacía tarde y Bomba se preguntaba ya si podría visitar la aldea de los Araos y regresar a su casa el mismo día.

Naturalmente, no le preocupaba la idea de pasar la noche en la selva. Lo había hecho muchas veces y nunca se asustó por ello. Ahora, acompañado por Polulu, estaría a salvo de cualquier peligro.

¿Pero, y Casson? Debía pensar en el anciano. En cualquier momento podría producirse el ataque de los feroces cazadores de cabezas de Nascanora. Y cuando tal cosa ocurriera Bomba deseaba estar al lado de su viejo amigo para vivir o perecer con él, según lo quisiera el destino.

Continuó avanzando lo más rápidamente posible, con la jaboty colgada sobre los hombros y Polulu marchando a su lado. Se acercaba ya a la maloca, y si era posible llevar a cabo su misión y regresar antes de medianoche estaba dispuesto a hacerlo.

Apretó el paso acompañado de Polulu, quien con su presencia alejaba no sólo a los enemigos de Bomba, sino también a sus amigos, los monos y papagayos los cuales se apartaban apresuradamente al ver el terrible guardián que iba a su lado.

Cuando se acercaron al sitio donde Bomba esperaba encontrar a la tribu el muchacho se despidió de Polulu, diciéndole que si los indios lo veían acompañado por un puma considerarían poco amistosa su visita.

Aunque el carnívoro quizás no entendió claramente estas palabras, se hizo cargo de que ya no lo necesitaban, y después de restregar una vez más su cabeza contra el cuerpo del muchacho, se alejó de su lado. No obstante, Bomba tuvo el presentimiento de que no se había apartado mucho y de que se mantenía cerca por si era necesario acudir de nuevo en su ayuda.

El muchacho comenzó a sentirse algo preocupado porque no tenía más nada que llevar a los Araos. Tanto tuvo que hacer para conservar la vida durante ese día lleno de sobresaltos que no había tenido tiempo para buscar otra presa.

En cierta oportunidad le pareció que la fortuna iba a favorecerlo. Fue cuando vio a un tapir parado cerca de un arroyo. Pero el animal lo había visto, y desapareció como una sombra en las profundidades de la jungla antes de que Bomba pudiera tender su arco.

Esto le molestó bastante. La carne de tapir habría sido un suculento presente para los Araos. Cargado con un regalo así era difícil que los indios no lo recibieran cordialmente.

Empero, no disponía de más tiempo para cazar. Al menos contaba con la tortuga, y podía prometer a los nativos que más adelante les llevaría más caza si le daban las hamacas que necesitaba.

En ese momento resonó en los alrededores el redoblar de un tambor. Bomba se detuvo aguzando el oído.

Era seguro que se hallaba cerca de una maloca india. El médico brujo de la tribu estaba batiendo el tambor para propiciar a alguno de los dioses que adoraban los nativos.

¿Sería la aldea de los Araos? Así debía ser, si no se equivocaba en sus cálculos. Empero esto no era seguro, ya que esas tribus cambiaban frecuentemente de ubicación al seguir los senderos de caza o buscar mejores sitios para pescar.

No obstante, aunque se tratase de alguna otra tribu, Bomba no creía tener motivos para temer un ataque. Los cazadores de cabezas eran los únicos enemigos reales que tenía en la selva.

Así pues, continuó la marcha, tratando de ahogar un vago presentimiento que se despertaba en su interior y parecía advertirle que no todo era como debería ser.

Muy pronto se dio cuenta de que estaba muy próximo a la aldea.

De acuerdo con la etiqueta india batió palmas y lanzó un grito de aviso. El eco de su grito murió en la selva, mas no hubo respuesta para el mismo.

Bomba esperó pacientemente, sin dar muestras visibles de intranquilidad. Al cabo de un momento volvió a gritar elevando más la voz.

Tampoco obtuvo respuesta esta vez, y comenzó a sentirse muy preocupado.

Si los indios hubieran estado dispuestos a recibirlo amistosamente, ya habrían enviado a un explorador para ver quién era el visitante y qué deseaba, y darle la bienvenida a la maloca.

Bomba gritó por tercera vez sin obtener respuesta. Todos los sonidos indicadores de actividad humana se habían apagado, y en los alrededores reinaba un silencio sepulcral.

De pronto el muchacho tuvo la impresión de que la jungla estaba llena de formas sombrías y furtivas. Le pareció que tras de cada árbol y cada matorral se ocultaba un enemigo que aprestaba ya el arco para atravesar al intruso con sus flechas.

Sin embargo, Bomba se quedó donde estaba, sin mover ni un solo músculo ni dar señales de alarma.

Oyó de pronto un ruido leve a sus espaldas y giró rápidamente sobre sus talones.

Allí, donde un momento antes no había habido nada, se hallaba un magnífico guerrero indio de piel morena y un metro ochenta y cinco de estatura.

No sonreían los labios del indio. Sobre su rostro se veía una mueca tan feroz que Bomba sintió que le daba un vuelco el corazón.

CAPÍTULO 21
POR EL GROSOR DE UN CABELLO

Casi de inmediato logró Bomba dominar su nerviosidad.

Contestó a la mueca del indio con una alegre sonrisa que dejó al descubierto sus blancos dientes y tocándose el pecho con ambos puños, exclamó en voz alta y firme:

-¡Karo Katu Kama-rah!

Con estas palabras quería indicar que era el "Buen amigo blanco".

Sin cambiar de expresión, el indio le respondió con un gruñido e indicó la jaboty colgada sobre los hombros de Bomba.

El muchacho se quitó la tortuga de sus espaldas y la ofreció al nativo, quien la recibió lanzando otro gruñido y haciendo señas a Bomba de que lo siguiera, se encaminó por entre los matorrales hacia la maloca.

Bomba lo siguió, adivinando que a él también lo seguían y vigilaban. Un sexto sentido le avisó que ojos hostiles se clavaban en su espalda. No obstante ni una sola vez logró atisbar a los indios, ni oyó tampoco el ruido de pasos que no fueran los suyos y los del guía.

Al cabo de pocos minutos llegaron a la maloca.

Se trataba de una pequeña aldea india constituida quizá por unas treinta viviendas colocadas en círculo en un diminuto claro.

Las "chozas" eran de las formas más sencillas. Algunas de ellas eran simples hamacas pendientes de dos postes. Varias hojas de palmeras formaban la techumbre de tan rústicas viviendas, por completo insuficientes para proteger a sus moradores de las tormentas tropicales menos fuertes.

Pero la casa del jefe era algo más completa y se parecía más a la choza que Bomba compartía con Casson, salvo que sólo contaba con dos paredes.

El jefe lo recibió en el centro del claro, rodeado por una docena de jóvenes guerreros de impresionante musculatura El cacique era un hombre anciano, arrugado y sin dientes. Sus ojillos inexpresivos se clavaron en el muchacho con extraordinaria fijeza.

Bomba contempló al círculo de guerreros que lo rodeaban. En ninguno de los rostros vio una expresión acogedora. Todas lo contemplaban con la misma mueca que viera en la cara del que lo había conducido hasta la aldea.

Se quedó inmóvil mientras que el guía avanzaba hacia el jefe y ponía la tortuga a sus pies. Siguió una breve conferencia en lengua india que Bomba no pudo oír. Luego el jefe le hizo señas de que se aproximara. Obedeció el muchacho, sin cambiar de expresión a pesar del tumulto de emociones que agitaba su pecho.

Evidentemente, la conferencia no había favorecido su causa. Los rostros se mostraban, si es posible, aún más hostiles y se oyeron murmullos que proclamaban el desagrado de los nativos.

¿Sería posible que la tribu hubiera hecho algún tratado con los cazadores de cabezas y se hubiese unido a ellos en su intención de matar a los dos blancos?

Bomba lo consideró posible, pero muy improbable. Existía una antipatía profunda entre las dos tribus, y era probable que los cazadores de cabezas pensaran terminar con los Araos una vez que hubiesen matado a Bomba y a Casson.

Mucho más probable era que la visita de los feroces guerreros a esa región fuera atribuida por los Araos a los dos blancos, y que habría llegado a su punto culminante la superstición que tenían con respecto al viejo naturalista. Quizás era realmente un ser malvado, como afirmaban los cazadores de cabezas. De ser así, debían terminar con él. Y, si lo mataban, era posible que los temibles visitantes regresaran a la Catarata Gigante sin molestar más a los Araos.

Bomba estaba acertado en esta conjetura. La tribu se sentía muy preocupada por la presencia de sus temidos enemigos. En cualquier momento podrían ser diezmados por ellos. Si los blancos no hubieran residido en la región, los otros indios no se habrían presentado.

De tal modo se preparaban para descargar sobre las inocentes cabezas de Casson y Bomba la irritación que les causaba el inconveniente. Y recién acababa de ponerse en sus manos uno de sus ofensores. ¿Qué mejor oportunidad de quitarlo de en medio? Con Casson se entenderían más adelante.

El instinto de Bomba le había sido fiel cuando le advirtió que estaba en peligro. Vio la muerte reflejada en los rostros del grupo que lo rodeaba.

Sabía que sería inútil tratar de escapar. Al mirar por sobre el hombro vio que acababa de aparecer una veintena más de nativos, los cuales eran sin duda los que lo siguieron y lo espiaron por la jungla.

Las mujeres y los niños de la tribu se habían reunido a un extremo de la maloca, y contemplaban la escena con indiferencia.

Cuando Bomba llegó al círculo de guerreros apostados cerca del jefe, una docena de manos nervudas se tendieron para apoderarse de él. Un momento más y sería un prisionero de quienes creía que lo recibirían bien. Nadie mejor que él sabía lo que significaba estar en poder de los indios del Amazonas.

Pero antes de que las manos cayeran sobre su cuerpo se oyó un grito proveniente del grupo de mujeres y niños.

Mientras todos se volvían sorprendidos ante interrupción tan inesperada, una niña de no más de seis o siete años de edad se apartó del grupo y corrió hacia el muchacho.

El muchacho se quedó asombrado al ver que la niñita lo tomaba de la mano y se volvía para enfrentar al jefe.

-¡Kama-rah! -exclamó impetuosamente-, ¡Kari Katu Kama-rah!

Y, así diciendo, tocó el pecho de Bomba.

CAPÍTULO 22
CAMBIA LA SITUACIÓN

Una babel de furiosas exclamaciones partió de labios de todos ante la intervención de la niña.

-¡Pirah! -dijo el jefe en tono severo no exento de afecto-. ¡Da-rah!

Pero Pirah no dio señales de querer apartarse. Pateó el suelo con uno de sus piececitos y se aferró con más fuerza de la mano de Bomba.

El muchacho reconoció en ella a la hija más joven del jefe Hondura. La había visto más de una vez al pasar cerca de la aldea en sus excursiones de caza.

Aunque las mujeres de la selva son por lo general más estólidas que los hombres, Pirah prometía ser una excepción a la regla.

Era ella la única a la que le agradaba jugar a la caza, y cargaba un arco tan grande como su cuerpo y aprendía a disparar contra el blanco cuando sus manitos apenas si podían tirar de la cuerda.

Su espíritu dominador y sus travesuras habían divertido siempre al viejo jefe, que rara vez le prohibía nada, y la pequeña Pirah había llegado a ser la niña mimada de toda la tribu.

Pero ahora cuando defendía la causa de Bomba, el que quizás se había presentado para echar sobre la tribu algún encantamiento maléfico de Casson, el ser malvado, su padre no pudo aceptar su intervención.

Los guerreros más jóvenes fruncieron de nuevo el ceño, y las manos se tendieron otra vez hacia el muchacho.

Pero relucieron los ojos de la niña y sus manitos apartaron a los guerreros.

-¡Kama-rah! -gritó de nuevo, volviéndose hacia su padre.

Mas Hondura también frunció el ceño, y su expresión se tomó tan severa que Pirah se atemorizó en extremo.

-¡Da-rah! -ordenó de nuevo su padre, y esta vez obedeció la niña, regresando hacia el grupo de mujeres con lágrimas en los ojos.

Una vez que se hubo retirado su pequeña defensora, Bomba fue asido por los salvajes.

Ya creía el muchacho que llegaba el fin, pero de nuevo se produjo una interrupción.

Peto, el médico brujo de la tribu, se aproximó a él avanzando con los ojos cerrados, como si caminara en sueños.

Los guerreros se apartaron ante el hombre del misterio.

Peto se apoderó de Bomba y comenzó a palparle todo el cuerpo, la cara, las manos, el pecho y las piernas.

Luego el médico brujo sufrió un espasmo violento, retorciéndose y temblando, mientras que le salía espuma por la boca y los ojos se le ponían en blanco.

Bomba había resistido el manoseo sin protestar, aunque no tenía esperanzas que de él resultara nada bueno.

El viejo hechicero prorrumpió en un rápido discurso, hablando a veces en voz muy queda, y elevándola luego hasta gritar a voz en cuello.

Los indios lo observaban en silencio, esforzándose por no demostrar la emoción que los embargaba.

Peto continuó abriendo y cerrando los ojos rápidamente, mientras que en su rostro se dibujaban mil visajes diferentes. A veces tendía la mano para pellizcar con fuerza terrible las piernas de Bomba.

Al fin, cuando el muchacho creía ya que no le sería posible continuar resistiendo la tensión nerviosa, el hechicero abrió los ojos, miró fijamente a Bomba, y gritó con todas las fuerzas de sus pulmones.

-¡Kari Katu Kama-rah!

Las palabras produjeron un efecto extraordinario en los indios. Desapareció de sus rostros su expresión de desagrado y gritaron a coro

-¡Kari Katu Kama-rah!

Bomba estaba salvado. Peto acababa de declarar que el muchacho de la selva era su amigo, y Hondura y sus guerreros estaban dispuestos a aceptar el veredicto del hechicero.

El jefe llamó a Bomba y el muchacho se puso de cuclillas a su lado. Los hombres de la tribu se reunieron a su alrededor, tan cordiales ahora como hostiles habían sido un momento antes. Había desaparecido su actitud amenazadora. El cambio era extraordinario.

Bomba se maravilló de su buena fortuna que le hizo ganarse el aprecio de Peto. Aparte de salvar su vida por el momento, tendría otras consecuencias. No era cosa de poca monta tener de su lado a los Araos ahora que se hallaban por allí los cazadores de cabezas que querían ultimarlo a él y a su anciano amigo.

Mientras el jefe interrogaba a Bomba, Pirah se acercó tímidamente y se sentó al lado del muchacho, tomando de nuevo su mano entre las suyas.

Bomba le sonrió alegremente y Pirah le contestó de igual forma. Eran tan pocas las sonrisas que veía el solitario muchacho que en ese momento se sintió muy feliz.

El jefe pareció muy complacido, y miró a Bomba con más cordialidad que antes.

A las preguntas que le formulaba el muchacho acerca de Nascanora y sus guerreros, Hondura replicó que el jefe de los cazadores de cabezas lo había visitado ofreciéndole la amistad. Empero, Hondura sabía que el corazón de Nascanora era tan negro como la noche y que los invasores querían engañarlo haciéndole creer en su amistad hasta que estuvieran listos para caer sobre ellos y matarlos a todos. Pero él no descuidaba la vigilancia, y sus guerreros estaban alertas en todo momento.

- ¿Dijo algo Nascanora respecto a Casson? -preguntó ansiosamente el muchacho.
- Sí. Quería que uno de los míos lo guiara hasta la choza de Casson. Pero le dije que no sabíamos dónde estaba la casa y Nascanora frunció el ceño. Finalmente se fue repitiendo su oferta de amistad.

Hondura admitió que él también había creído que Casson podría ser un ser malvado, como afirmara Nascanora. Pero ahora que Peto había hablado, sabía que Casson y Bomba eran buenos. Así, pues no haría nada para ayudar a Nascanora en sus planes contra los blancos.

Estas palabras fueron como un bálsamo para el corazón de Bomba. Había cumplido la parte principal de su misión. Casson se alegraría mucho.

La cuestión de las hamacas se solucionó fácilmente. Hondura le habría dado con gusto media docena si Bomba las hubiera querido llevar. Pero el muchacho aceptó sólo dos y el jefe ordenó que las trajeran e hicieran con ellas un envoltorio liviano.

Fue necesaria mucha diplomacia por parte de Bomba para que el muchacho finalizara su visita rápidamente sin ofender a su anfitrión. Los indios hubieran querido que se quedara con ellos a pasar la noche; pero Bomba logró hacerles comprender que debía regresar de inmediato al lado de Casson, y al fin cedieron sus nuevos amigos.

El jefe había notado que Bomba no tenía ya flechas, y como regalo de despedida insistió en suministrarle una docena de las mejores que poseía.

Agradeciéndole la atención y prometiendo regresar lo antes posible con regalos para ellos, Bomba se despidió de Hondura y de la pequeña Pirah, la que se aferró a su mano hasta último momento.

En señal de cortesía, varios guerreros jóvenes lo acompañaron un trecho por la selva y cuando finalmente se despidieron de él, repitieron las palabras de Peto.

-¡Kari Katu Kama-rah!

Bomba respondió amablemente a este saludo, y cuando los indios desaparecieron como sombras, se sintió más solo que nunca.

La selva le parecía demasiado silenciosa. El chillido de los loros era menos estridente que de costumbre y la charla de los monos sonaba queda y lejana.

Sus ojos se fijaron en las huellas de un tapir, y esto lo sacó de su ensimismamiento. Las siguió por corto trecho y se encontró con su presa tan súbitamente que estuvo a punto de traicionar su presencia. Pero el viento soplaba hacia él y por suerte no había hecho ruido alguno al avanzar.

El tapir se hallaba comiendo y ofrecía el mejor blanco que puede desear un cazador.

Bomba puso en su arco una de las flechas de Hondura y soltó la cuerda. El proyectil fue con derechura al blanco. Se clavó en la nuca del animal y éste cayó muerto sin moverse siquiera.

De cuatro saltos cubrió el muchacho la distancia que los separaba.

Era una suerte que hubiese hallado caza. Ahora tendría algo bueno que llevar a la choza. Era agradable tener carne nueva-mente, después de haberse alimentado tanto tiempo con los huevos de tortuga.

Cortó los mejores trozos de carne con su machete, los envolvió con hojas frescas y se colgó el bulto junto con las hamacas que pendían de sus hombros.

Bomba se sentía muy alegre. El día finalizaba bien. Había ganado la amistad de los Araos y puesto un obstáculo en el camino de Nascanora. Llevaba consigo dos hamacas, comodidad que él y Casson habían echado mucho de menos. Tenía una buena cantidad de flechas, y además llevaba la carne de tapir, con la cual podrían preparar una buena cena. ¡Sí, el día había terminado muy bien!

La idea de la cena hizo que Bomba apresurase el paso. Desde la mañana no había comido otra cosa que un puñado de nueces tostadas que le pusiera Pirah en la mano al partir y se sentía hambriento.

Por espacio de una hora continuó avanzando rápidamente por la selva, escudriñando con la vista todos los árboles y matorrales, pues caía la oscuridad y los animales de presa saldrían muy pronto en su cotidiana expedición de caza.

De pronto aminoró el paso, pues su instinto le advirtió de un peligro. No sabía de qué se trataba; pero adivinó que, fuera lo que fuese, no se encontraba muy lejos.

Tan silenciosamente como una pantera se deslizó hacia adelante sin que sus pies quebrasen ni una sola ramita.

A poco, el olor del humo de una hoguera le advirtió de la proximidad de seres humanos. Se acercó cautelosamente, espiando por entre las malezas y vio de pronto algunas formas oscuras que rodeaban a la hoguera. Siguió avanzando hasta que pudo oír fragmentos de la conversación que sostenían con voz gutural.

El muchacho se tendió boca abajo y se abrió paso a rastras por entre las malezas hasta que llegó al borde de la zona iluminada por el fuego. Una vez apostado allí, levantó lentamente la cabeza y miró al grupo.

Había treinta o más salvajes sentados en cuclillas alrededor del fuego. En uno de ellos reconoció al hombre con quien se encontrara en la selva en la encrucijada de los caminos.

¡Eran los cazadores de cabezas, los indios que querían matarlo a él y a Casson!

CAPÍTULO 23
PALABRAS DE AMENAZA

Los ojos de Bomba recorrieron el círculo y se fijaron en el rostro horriblemente surcado de cicatrices de un fornido salvaje que, por los símbolos pintados en su pecho, era el jefe de la tribu.

¡Supo entonces que ése era Nascanora, su temible enemigo!

Bomba lanzó un profundo suspiro y agradeció a su instinto selvático que le había advertido del peligro, salvándolo de caer en poder del enemigo.

Al parecer, los salvajes habían estado llevando a cabo algún encantamiento, según lo indicaba el caldero colgado sobre el fuego y la presencia del médico brujo que estaba revolviendo su contenido. El hechicero finalizó su tarea y comunicó al jefe la voluntad de los dioses.

Que ésta se ajustaba a los planes de Nascanora lo demostraron las palabras que pronunció el jefe.

-Cody Casson -dijo-. Los dioses dicen que es un ser malvado. Él trae mala suerte a nuestra tribu. Debe morir.

Le respondió un gruñido de asentimiento procedente de todos los indios.

Bomba permaneció inmóvil, sintiendo que su corazón latía con violencia. Había llegado en el momento oportuno. Ahora podría enterarse de los planes del enemigo.

De manera que querían matar a Casson, ¿eh? Pues bien, primero tendrían que ultimar a Bomba. Sus labios se apartaron de sus dientes, y sus dedos buscaron el mango del machete.

-Ya sabemos dónde vive Casson -continuó el jefe-. Morana encontró el lugar y nos dijo que Bomba el muchacho salvaje, se ha ido. Casson está solo. Iremos ahora y apresaremos al ser malvado. Lo traeremos aquí...

-¡Sí! -gritaron sus súbditos con voz potente-. Vamos ahora.

-Nos apoderaremos del ser malvado -gritó Nascanora, haciendo una mueca horrible-. Lo ataremos a un árbol y encenderemos una hoguera. Quemaremos a Cody Casson. Así el ser malvado no traerá más mala suerte a la tribu de Nascanora.

Bomba no esperó más.

Rápida y silenciosamente, retrocedió arrastrándose por entre las malezas. Sabía que su vida y la de Casson dependían de que pudiera alejarse sin que los salvajes descubriesen su presencia.

Cuando estuvo lo bastante lejos como para poder levantarse sin peligro, se sobresaltó al oír un griterío infernal cuyo volumen se elevaba por momentos.

Al principio creyó que, a pesar de todas sus precauciones, lo habían descubierto y lo perseguían. Pero había sido tan cuidadoso que desechó esa idea.

El alboroto se debía seguramente a que acababa de finalizar la conferencia y los indios estaban preparándose para partir hacia la choza donde el indefenso Casson esperaba a Bomba.

Con la velocidad de un ciervo partió el muchacho, dispuesto a ganar la carrera a los nativos. Debía llegar a la casa antes que ellos para evitar que ultimasen a su viejo amigo.

Pero los indios también eran veloces y muy hábiles para trasladarse por la jungla. Sabedor de que tomarían la ruta más directa, Bomba se vio obligado a viajar dando un amplio rodeo.

Su principal esperanza se cifraba en su velocidad. Si ésta no le fallaba y si no le ocurría algún accidente, era posible que llegara a la choza a tiempo para preparar la defensa antes de que se presentara Nascanora con sus guerreros.

Corrió con toda la velocidad de que eran capaces sus piernas, sin detenerse ante ningún obstáculo.

En el camino que eligiera había un primitivo puente tendido sobre uno de los ríos que abundaban en la región. No era más que el tronco de un árbol húmedo y resbaladizo a causa de la lluvia reciente.

De haber seguido Bomba su costumbre usual en tales ocasiones, quitándose sus sandalias a fin de poder afianzarse bien sobre el tronco, podría haber pasado sin ningún riesgo como lo hiciera en muchas otras oportunidades.

Pero tal era su apresuramiento y tan seguro estaba de poder mantener el equilibrio, que esta vez no se detuvo a quitarse el calzado.

Había cruzado casi todo el puente, llegando casi a la otra orilla, cuando resbaló y cayó al agua.

No habría corrido ningún peligro si al caer no se hubiera golpeado la cabeza contra el tronco. Esto lo aturdió por un momento; pero, por suerte, lo revivió el contacto con el agua fría, y salió a la superficie tosiendo y resoplando.

Comenzó a nadar hacia la costa, pero al mismo tiempo sintió que algo le mordía la pierna con terrible fuerza. Bomba comprendió de inmediato que se trataba de una piraña, el voraz pez que tanto abunda en todos los tributarios del Amazonas.

Fue una suerte para él que se hallara tan cerca de la orilla, a la que pudo llegar tras un breve esfuerzo. Al levantarse a tierra, otra piraña se prendió en su pie y continuó mordiéndolo aun después que el muchacho hubo salido del agua.

Bomba sacudió la pierna furiosamente y el pez se soltó para volver a caer al agua. El muchacho no perdió tiempo en examinar sus heridas, aunque eran muy dolorosas y empeorarían con el transcurso de las horas.

Estaba furioso consigo mismo. Era una vergüenza que él hubiese perdido pie en el puente, cuando siempre se había enorgullecido de su habilidad para mantenerse en pie en cualquier terreno. El accidente lo había demorado mucho. Tal vez sería la causa de su muerte y la de Casson.

El trayecto le pareció interminable mientras continuaba corriendo a toda velocidad. Se sentía debilitado por el hambre y cansado por las numerosas aventuras que le acaecieran durante el día. Tuvo la impresión de que sus pies pesaban como plomo. El que fuera mordido por la piraña estaba ya muy hinchado, y cada paso que daba le producía un dolor espantoso.

Y a su dolor físico se agregaba la agonía del temor de la aprensión que aumentaba por momentos. ¿Lo habrían precedido sus enemigos?

¿Estarían ya en la choza?

Al fin llegó a las proximidades de la cabaña. A pesar de lo turbado que estaba, no perdió la serenidad ni la cautela.

Se acercó a la choza tan silenciosamente como una sombra. Ni una sola ramilla se quebró a su paso. Se dejó caer sobre manos y rodillas y se arrastró en esta posición por espacio de cien metros hasta una elevación del terreno desde la cual podría observar la casa. Al llegar a ese sitio, apartó las enredaderas para mirar su objetivo.

Era tal la oscuridad que solamente los ojos de un animal de la jungla podrían haber distinguido algo entre las densas sombras. Pero Bomba poseía una vista casi tan aguda como la de Polulu.

Ni el más leve sonido interrumpía el silencio de la noche. No obstante, el muchacho vio una sombra cerca de la cabaña, y a poca distancia había otras que la rodeaban por completo, formando un siniestro anillo mortal.

Su corazón comenzó a latir con terrible violencia y le costó trabajo respirar.

La desventaja era mucha. Treinta contra dos... Mejor dicho, treinta contra uno, pues Casson no sabría defenderse y Bomba tendría que hacerlo todo solo.

El muchacho de la selva reflexionó con rapidez.

La fuerza solamente no le serviría de nada. Debía emplear la estrategia, tal como lo hiciera en el caso de la cooanaradi.

¿Pero cómo? Se devanó los sesos, ideando una estratagema sólo para desecharla enseguida por inútil. Y a cada instante esperaba oír el espantoso grito de guerra de los salvajes en el momento en que se lanzaran contra la choza.

De pronto encontró la solución.

Con increíble rapidez, y siempre sobre manos y rodillas, se encaminó hacia un árbol hueco que fuera su cuarto de juegos desde su más tierna infancia. En él había guardado Bomba muchos de sus tesoros.

El principal entre ellos era la piel de una enorme anaconda que matara Casson largos años atrás. Le había gustado mucho a Bomba, y en muchas oportunidades se la había puesto encima, arrastrándola tras de sí. Con frecuencia la usó para asustar a sus amigos de la jungla.

Los monos y los loros habían huido presa del pánico, y cuando Bomba se quitaba la piel, regresaban tímidamente y le lanzaban miradas de reproche por haberles hecho una broma tan pesada. Polulu le mostró los dientes la primera vez que lo vio así, y algo corrido abandonó su actitud hostil cuando Bomba se quitó la piel y se rió de su equivocación.

Ahora serviría para algo más serio. El rostro de Bomba se mostraba sañudo cuando se puso la piel y envolvió su parte superior sobre sus hombros.

La cabeza seca, con las enormes fauces abiertas, estaba intacta, y el muchacho la sostuvo frente a su rostro al prepararse para salir de su escondite. El horrible objeto hubiera sido capaz de atemorizar al más valiente.

Mas para el buen resultado de la estratagema se necesitaba luz. Los indios debían ver el temible monstruo con toda claridad.

Bomba buscó a tientas uno de los trozos de pino que le servían para iluminar su cuarto de juegos. Halló uno lleno de resina y ocultándose tras el árbol, lo encendió. Al cabo de un momento ardía alegremente.

Lanzando un aullido horroroso que resonó en la selva silenciosa despertando innumerables ecos, Bomba salió de su refugio, arrojó la antorcha encendida hacia el claro y se lanzó sobre el círculo de indios que rodeaban la choza.

La treta dio resultado. Se oyeron gritos de terror, y los salvajes retrocedieron al ver a una espantosa serpiente que corría sobre dos patas y hacía un ruido como el de mil demonios aulladores.

El camino hacia la casa estaba expedito. A grandes saltos llegó Bomba a ella y se introdujo por la puerta.

Con un grito ahogado, Casson asió una lanza que descansaba contra la pared y se aprestó a defenderse.

-¡No, no, Casson! ¡No me ataques! -exclamó el muchacho, dejando caer la piel al suelo-. ¡Soy yo, Bomba! ¡Mira!

CAPÍTULO 24
Dos CONTRA TREINTA

El viejo naturalista dejó escapar una exclamación de asombro y alivio y bajó la lanza.

-¿Pero por qué...? ¿Qué...? -balbuceó, al dejar de lado el arma.

-¡Los indios! -jadeó Bomba, cerrando la puerta y colocando la pesada tranca que hiciera al reconstruir la casa-. ¡Nascanora y sus cazadores de cabezas! Están aquí. Ya oíste sus gritos. Han venido para prenderte y quemarte vivo.

Un destello de comprensión iluminó los ojos opacos de Casson.

-¡Pero no lo harán! -gritó el viejo con el coraje y la energía de la que se enorgulleciera otrora el muchacho-. Lucharemos. No me importa por mí; pero si me matan, también terminarán contigo. ¡Y no lo harán! ¡Los rechazaremos!

-Sí -convino Bomba-. Pero son muchos. Tendremos que luchar duramente. Usaremos arcos y flechas, y cuando se nos terminen los proyectiles, seguiremos peleando, tú con la lanza y yo con el palo de fuego y el machete. Sí lucharemos.

Empero, por un rato pareció que no sería necesario defenderse. Después de sus primeros aullidos de temor y de sus rápidas corridas ante la espantosa aparición, los indios no dieron muestras de su presencia y el silencio volvió a reinar en los alrededores.

Transcurrió una hora sin que se oyera nada.

Bomba y Casson aprovecharon ese período de tregua para hacer todos los preparativos necesarios para la batalla que parecía inminente. Estimulado por el peligro que los amenazaba, el anciano recobró parte de su antigua energía y habilidad para pensar.

Bomba ignoraba cuánto duraría el cambio por el cual se sentía agradecido. Lo aliviaba ver mejor al anciano y por ese motivo se renovaron sus esperanzas. Naturalmente, era imposible saber hasta qué punto podría ayudarlo Casson; pero existía la posibilidad de que su ayuda, aunque insignificante, inclinara la balanza en su favor.

Juntos prepararon las flechas de que disponían y las pusieron al alcance de la mano. Bomba cargó el revólver y abrió todas sus cajas de cartuchos. El muchacho, al reconstruir la cabaña, había hecho aspilleras en los cuatro costados a fin de poder descargar por ellas sus armas.

Aprovechando el momento de respiro comió algunos puñados de arroz y maíz, y bebió varios tragos de agua. Fue aquélla una comida muy escasa pero lo fortaleció notablemente.

El silencio continuaba persistiendo y los ocupantes de la choza se sentían algo perplejos.

- ¿Crees que se habrán ido? -preguntó Casson.

Bomba sacudió la cabeza.

- No lo creo -repuso quedamente-. Han venido desde muy lejos y no regresarán a su hogar sin tratar de matarnos. Al principio creyeron que la serpiente era algún encantamiento mágico y se asustaron. Pero Nascanora los convencerá de que no fue nada y volverán. Tendremos que luchar.

No había acabado de pronunciar estas palabras cuando se oyó un coro de horribles aullidos y los salvajes efectuaron un avance arrollador hacia la puerta de la cabaña.

La madera se torció, pero la fortísima tranca, casi tan dura como el hierro, se negó a ceder.

Bomba se levantó de un salto y tomó su arco. Puso una flecha en la cuerda y tomó puntería por la aspillera.

Vibró la cuerda y la flecha partió silbando. Se oyó un grito agudo lanzado por el indio herido, el cual levantó las manos y se desplomó de cara al suelo.

Casson también había tomado un arco, intentando seguir el ejemplo de Bomba. Pero, debido a su vista débil y a sus manos temblorosas, el proyectil no dio en el blanco.

No obstante, uno de los indios había caído, y aunque era poca la ventaja si se consideraba el número de sus enemigos, el efecto moral estaba de parte de los sitiados. Habían infligido la primera baja, advirtiendo a los atacantes que pagarían muy caro el triunfo.

Los indios desaparecieron como por arte de magia, buscando refugio tras los árboles que rodeaban el claro.

Bomba oyó de pronto el ruido de hachas al golpear la madera. Los nativos estaban derribando un árbol. ¿Qué se propondrían con ello?

La respuesta no se hizo esperar. Una docena de salvajes emergieron de entre las sombras llevando entre ellos un pesado tronco de tres metros de longitud. Evidentemente, tenían el propósito de usarlo como ariete para echar abajo la puerta.

Bomba comprendió que si lograban hacerlo él y Casson estarían perdidos. Una vez que esa horda invadiera la cabaña, nada podría enfrentarse a su número.

Ya no había tiempo para disparar flechas. A mano tenía un arma mucho más efectiva: ¡El palo de fuego de los blancos!

Estaban tan cerca los indios que no podría errar. Tan rápidamente que las detonaciones resonaron como un solo trueno continuado, disparó las cinco balas de su revólver.

A tan corta distancia cada tiro hizo un efecto terrible. Cayeron varios y otros retrocedieron tambaleándose hacia los árboles. Entre los heridos reconoció Bomba a Nascanora. El tronco cayó al suelo y los sobrevivientes huyeron presa del pánico.

No era sólo el ataque los que los llenó de pavor, sino también la forma en que fue llevado a cabo. Quizá ninguno de ellos había oído antes la detonación de un arma de fuego. Los fogonazos y el rugido del arma confirmaban su convicción de que la choza estaba habitada por dos brujos.

¡Una serpiente que caminaba sobre dos patas! ¡Fuego que hablaba al matar! ¿Qué posibilidad tenían de vencerlos con sus arcos y flechas, especialmente si no podían ver el blanco?

Bomba entregó el revólver a Casson para que lo volviera a cargar, y mientras tanto puso otra flecha a su arco. Pero aunque aguzó la vista para escudriñar la oscuridad circundante, no vio a nadie contra quien disparar.

Durante largo rato reinó el silencio en los alrededores de la choza, y por primera vez se permitió Bomba abrigar la esperanza de que sus enemigos se hubieran retirado, al menos por esa noche, y quizá para no volver. Sus pérdidas habían sido muy graves y era posible que no quisieran volver a arriesgarse.

Pero al hacerse esta conjetura no tuvo en cuenta que Nascanora era un hombre de ingenio al que no le faltaban recursos.

Desde los árboles llegó volando algo que dejó en el aire una estela de fuego, y un momento más tarde se oyó un golpe sordo sobre los troncos que formaban la pared.

Varios objetos llameantes siguieron al primero, y el terreno que rodeaba la casa se vio iluminado momentáneamente por los extraños proyectiles luminosos.

Casson frunció el ceño intrigado.

¿Qué hacen? -preguntó.

Bomba también se había formulado esa pregunta. Y de pronto, al ocurrírsele la solución, se sintió completamente abatido.

-Son flechas encendidas contestó-. Están tratando de quemar la choza.

Por un momento los dominó la desesperación

No habían contado con que sucediera algo a. contra lo que no podrían defenderse.

El primer impulso del muchacho fue el de salir y arrancar las flechas incendiarias. Mas comprendió de inmediato que era imposible hacerlo. A la luz de las improvisadas antorchas presentaría un blanco magnífico para que los indios lo atravesaran con sus flechas.

De pronto oyeron los dos un crujir amenazador que les indicó que la pared comenzaba a quemarse. El crujido se fue tornando cada vez más resonante

Estaban en un terrible aprieto. Si se quedaban en el interior, perecerían quemados Si salían, nada podría salvarlos de las flechas de sus enemigos invisibles.

¡Invisibles! Fue esto lo que hizo que Bomba apretara los dientes dominado por la ira. A menudo se había enfrentado a la muerte; pero siempre lo hizo teniendo a la vista al enemigo y, por consiguiente, pudo defender su vida Ahora se le negaba hasta ese privilegio. Él y Casson podrían ser ultimados impunemente por los indios que se ocultaban tras los árboles, Mucho antes de poder llegar hasta ellos habrían caído muertos.

Otras flechas encendidas siguieron a las primeras, y Bomba comprendió por el aumento de la luz que la pared debía estar llena de ellas.

Los crujidos se convirtieron en un rugido terrible, y el muchacho se dio cuenta de que el fuego se propagaba por los troncos. Las llamas comenzaban a pasar por entre los intersticios, y el calor se hizo insoportable.

Los dos trataron de apagar el fuego interior atacando las llamas con varias tabla pero por cada llama que extinguían se presentaban veinte más. La pared ardía ya, y era imposible dominar el incendio. El fin parecía aproximarse.

Bomba se despidió de la vida. Era muy doloroso morir tan joven. Todos sus sueños se habían desvanecido. Nunca volvería a ver a los hombres blancos ni podría resolver el misterio de su existencia.

Ya tenían las manos y los rostros ampollados por el calor, y se vieron obligados a retroceder hacia el otro extremo de la cabaña. Allí había un poco de agua y se mojaron todo el cuerpo, empapando luego algunos trapos que se envolvieron alrededor del cuello y el rostro.

-¡Bomba! -dijo Casson-. Yo soy un anciano y me siento fatigado. Pero tú eres un muchacho que debería seguir viviendo.

El anciano continuó, pero las palabras que siguieron fueron ininteligibles.

No había ya esperanza. No podían salvarse y no existía nadie que los ayudara.

¿Nadie?

Bomba dio un respingo como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

Saltó hacia una de las aspilleras y dejó escapar un grito prolongado y ululante que resonó en todos los ámbitos de la jungla.

Una y otra vez repitió el grito con toda la fuerza de sus pulmones.

Era la llamada que empleara muchas veces para llamar a su lado a sus amigos de la selva... y siempre tuvo un efecto inmediato.

¿Se presentarían ahora sus amigos? ¿Serían capaces de enfrentarse al fuego?

CAPÍTULO 25
EN EL MOMENTO PRECISO

¡Las bestias de la selva respondieron de inmediato!

Se oyó de pronto un sonido lejano similar al de un huracán. Fue creciendo de volumen hasta convertirse en un ruido estruendoso. A poco se vieron en los alrededores de la choza centenares de monos.

Los animales vieron la choza incendiada y adivinaron el peligro que corría Bomba. Vieron a los salvajes al acecho y comprendieron que eran los enemigos de su compañerito.

Un momento más tarde cayó desde los árboles una lluvia de pesadas castañas que derribaban a todo el que tenía la mala suerte de ser tocado por ellas.

Los salvajes que quedaban con vida huyeron lanzando gritos de desesperación. Y su abatimiento se convirtió en pánico cuando oyeron un espantoso rugido y vieron a Polulu que se lanzaba sobre ellos con ojos relucientes y las garras dispuestas a destrozar todo lo que se cruzara en su camino.

Bomba oyó los chillidos de los asustados salvajes, la cháchara de los monos y los rugidos del puma. Sus amigos de la jungla le habían respondido. ¡El y Casson estaban salvados!

Con los ojos llenos de lágrimas, corrió hacia la puerta, quitó la tranca y la abrió.

Volvió luego al lado de Casson, que estaba casi desmayado, lo puso de pie y lo arrastró hacia el exterior, tendiéndolo bajo los árboles.

¡Cuán fresco le pareció el aire nocturno cuando lo aspiró a pleno pulmón! ¡Y cuánto más se alegró al sentir sobre su rostro el golpe de varias gotas de lluvia!

Casson se había desmayado y el muchacho se asustó al ver la palidez de su rostro. Corrió hacia el arroyo que pasaba por detrás de la cabaña y volvió con un poco de agua que empleó para humedecer el rostro del anciano. Luego le frotó las muñecas y le dio suaves palmadas en las mejillas hasta que el naturalista abrió los ojos y dejó escapar un gemido.

Los monos parecían muy excitados, y charlaban entre sí, felicitándose por la salvación de su amigo. Hubieran bajado a hacer compañía a sus amigos; mas no pudieron hacerlo porque Polulu había vuelto de perseguir a los salvajes y estaba al lado de Bomba, contra cuyo cuerpo se restregaba como un gato.

Luego el puma se tendió en el suelo a poca distancia de los dos, y Bomba comprendió que su fiel guardián pasarla allí la noche. ¡Ay del salvaje que se atreviera a regresar estando allí Polulu!

En verdad no había que temer otro ataque ni esa noche ni las que siguieran. Los indios habían pagado muy caro su atrevimiento. Cinco de ellos yacían muertos en el suelo, y probablemente otros diez quedaron heridos y fueron alejados por sus compañeros.

Por lo menos la mitad de los atacantes habían quedado incapacitados, y entre los heridos se contaba el mismo Nascanora. Los que estaban ilesos huían en ese momento por la selva, ansiosos de alejarse lo más posible de la cabaña donde la magia de los blancos era tan grande que hasta las bestias de la selva los ayudaban.

Tan pronto como hubo vendado lo mejor posible las quemaduras de Casson. Bomba volvió su atención hacia la cabaña.

Mas nada podía hacer que no hiciera mejor la naturaleza. La lluvia caía en torrentes y empapó la pared incendiada hasta que las llamas se apagaron por completo.

Por fortuna el fuego no se había propagado mucho a las otras tres paredes, y allí también se extinguieron muy pronto las llamaradas.

Los monos se dispersaron poco a poco después que Bomba les hubo agradecido su ayuda y prometido verlos muy pronto.

Al ver que arreciaba la fuerza de la tormenta, Bomba condujo a Casson hacia la choza. El techo se había sostenido firmemente y el piso estaba seco. El muchacho acostó al anciano en una de las nuevas hamacas que trajera consigo, y luego se tendió en la otra para tomarse un bien merecido descanso.

Lo último que vio antes de dormirse fue que Polulu acababa de entrar y estaba tendido junto al umbral de la puerta.

Bomba durmió hasta tarde, y cuando al fin abrió los ojos vio que el fiel puma se había alejado. El animal se quedó hasta que hubo pasado la posibilidad del peligro, marchándose luego en busca de su alimento cotidiano.

El muchacho se sentía muy fatigado, mas no se ocupó de sí mismo al descubrir la condición en que estaba Casson. Los acontecimientos de la noche anterior habían sido una experiencia terrible para el anciano naturalista, que se encontraba con una fiebre muy alta. No reconoció a Bomba, y, presa del delirio, habló incoherentemente. De tanto en tanto se sumía en un profundo sueño que duraba horas, para despertar de nuevo y agitarse nerviosamente mientras pronunciaba frases sin sentido.

A veces salían de sus labios las palabras "Bartow" y "Laura"; pero aunque Bomba trató de interpretar sus otras palabras, no pudo descubrir nada del misterio que lo rodeaba.

El muchacho cuidó a Casson asiduamente, empleando los sencillos pero efectivos remedios cuya preparación le enseñara Cándido, el caboclo medio loco, y al cabo de siete días amainó la fiebre.

Desde ese momento en adelante Casson mejoró rápidamente, y Bomba se alegró al notar que, a medida que recuperaba las fuerzas, su mente parecía más lúcida. A veces parecía recobrar la memoria y comenzaba a hablar con gran entusiasmo; pero antes de haber podido formar una frase, se le escapaba la idea original. En esos momentos se mostraba muy abatido y rompía a llorar desesperadamente.

Un día llamó a Bomba a su lado.

-Bomba -le dijo, colocando su delgada mano sobre el hombro del muchacho-, me he esforzado por decirte lo que tienes derecho a saber mas no puedo recordarlo. A veces estoy a punto de recordarlo, pero casi en seguida lo olvido de nuevo. Pero se me ha fijado en la mente un nombre. Hay alguien que está enterado y puede decirte mucho.

-¿Quién es? -exclamó Bomba profundamente emocionado.

-Jojasta -replicó Casson-. Recuerda bien ese nombre, Jojasta.

-Jamás lo olvidaré -prometió el muchacho-. ¿Pero quién es y dónde vive?

-Es el médico brujo de la Montaña Movediza -manifestó el anciano.

-¿La Montaña Movediza? -repitió Bomba, lleno de asombro. Jamás había oído ese nombre tan raro.

-Se halla muy lejos de aquí y es muy difícil llegar a ella -explicó Casson-. Pero te diré cómo has de hacer para ir. Sí, eso ya lo sé. Pero lo otro no puedo recordarlo. Por intermedio de Jojasta podrás averiguar lo que quieras y debes saber. Tienes que ir.

Casson se echó hacia atrás completamente agotado y Bomba comprendió que no tenía más que decirle. No obstante, lo que oyera lo había llenado de esperanzas.

Debía decírselo a sus amigos y hacerlos partícipes de su alegría. Tomó su armónica y echó a andar hacia la jungla, ejecutando una melodía quejumbrosa y soñadora.

Muy pronto lo rodearon sus amigos, Kiki, Woowoo, Doto y una veintena más. Bomba les sonrió y ejecutó para ellos una nueva melodía. Se sentía lleno de alegría y ellos participaban de su entusiasmo.

-Todos ustedes son mis amigos -gritó el muchacho-. Ayudaron a Bomba cuando los hombres de mal corazón llegaron a la cabaña. Bomba los ama a todos. No quiere dejarlos, pero debe irse. Siempre los recordará, y algún día regresará al lado de ustedes. Pero Bomba debe partir. Ha de encontrar a los hombres que tienen el alma despierta. Bomba también tiene alma, y debe hallar a los hombres blancos. Bomba también es blanco.

Se arrancó la piel de puma para descubrir su pecho.

-¡Mira, Woowoo! ¡Mira, Kiki! ¡Mira, Doto! -gritó lleno de gozo y orgullo-. ¡Miren todos! También se lo diré a Polulu, ¡soy blanco! ¡Bomba es blanco!

Librodot